

JUNIO
**Universidad
de México**

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

509

♦ José María Valcárcel
en la Exposición
Universal

La situación
política italiana

♦ Magris, Saba, Montale, Svevo y otros

TRIESTE:
LUGAR DE LA ESCRITURA

Radio UNIVERSIDAD

xeun 860 A.M. 96.1 F.M.

◆ SERIES DE SERVICIO A LA COMUNIDAD

DIÁLOGO JURÍDICO.

Usted aporta los hechos, nosotros le decimos sus derechos. Coproducción con la Facultad de Derecho.

Conduce: Enrique Larios.

EN VIVO.

Lunes 12:00 horas AM/FM

VASOS COMUNICANTES. Coproducción con la Secretaría de Asuntos Estudiantiles.

Conducen: Paloma Mora y Manuel Martínez.

Viernes 12:00 horas AM/FM

◆ SERIES DE MÚSICA

Lunes: LA GUITARRA EN EL MUNDO.

Por Juan Helguera.

Martes: CLÉRIGOS, JUGLARES Y TROVADORES.

Por Juan Arturo Brennan

Miércoles: HACIA UNA NUEVA MÚSICA.

Por Ana Lara.

Jueves: MÚSICA COMPARTIDA.

Por Javier Platas.

EN VIVO

Viernes: PENSAMIENTO

MUSICAL EN LA HISTORIA.

Por Fernando Álvarez del Castillo.

18:00 horas FM.

NOTAS SOBRE NOTAS.

Las últimas noticias en el mundo musical internacional.

Por Juan Helguera.

Viernes 14:00 horas AM

◆ SERIE DE LITERATURA

POESÍA DE FIN DE SIGLO. Entrevistas y lectura en voz del autor.

Poetas de hoy con poesía de mañana.

Conduce: Javier Narváez.

Lunes, miércoles y viernes 17:15 horas AM

ANTOLOGÍA POÉTICA.

La memoria poética de la Fonotece "Alejandro Gómez Arias" de Radio UNAM.

Por David Vázquez.

Jueves 17:15 horas AM

◆ SERIES VARIAS

MISCELÁNEA.

Coproducción con la revista *Univer-*

sidad de México. Entrevistas y reseña de la revista.

Lunes 16:00 horas AM.

◆ SERIES INFANTILES

ENTRE PIES Y PIZAS. Cuentos, trabalenguas, adivinanzas y mucha música, para hacer reír, jugar e imaginar a los niños.

Sábados y domingos 7:45 horas

AM/FM

EL RINCÓN DE LOS NIÑOS. Por

Rocío Sanz. Cuentos y leyendas

(Retransmisión)

Sábados y domingos 8:00 horas

AM/FM. En junio: Mitos

prehispánicos, Comentarios sobre obras de Stravinsky y Cuentos de Germán Berbiales.

◆ SERIES INFORMATIVAS

PROPUESTA UNIVERSITARIA.

Noticiario, entrevistas y comentarios de actualidad. Conduce: Antonio Morales Cortés. EN VIVO.

Lunes a viernes 7:00 horas AM/FM

NOTICIARIO. Lunes a viernes

15:00 horas AM

REPORTE INFORMATIVO. Lunes

a viernes 19:30 horas AM



Universidad de México

Director: Alberto Dallal Editor en Humanidades: León Olivé Editor en Ciencias: Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Alberto Dallal, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Mario Melgar Adalid, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitlor, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Secretario de Redacción: Armando Pereira Coordinación editorial: Octavio Ortiz Gómez Corrección: Julio Trujillo

Publicidad y Relaciones Públicas: Susana Trejo Administración: Javier Martínez

Diseño: Bernardo Recamier

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510 México, D. F.

Tel. 606 1391. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810

Precio del ejemplar N\$ 10.00. Suscripción anual: N\$ 100.00 (US \$ 90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares.

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Índice

	2	<i>Presentación</i>
Umberto Saba	3	<i>Ciudad vieja</i>
Claudio Magris	4	<i>Los lugares de la escritura: Trieste</i>
Jorge de la Luz	7	<i>Trieste en Joyce</i>
Livia Veneziani Svevo	9	<i>Joyce y Svevo en Trieste</i>
Italo Svevo	11	<i>Carta a Livia</i>
Giani Stuparich	12	<i>La bora</i>
Enzo Bettiza	14	<i>El fantasma de Trieste</i>
Umberto Saba	19	<i>Ulises</i>
Eugenio Montale	20	<i>Recuerdo de Roberto Bazlen</i>
Umberto Saba	22	<i>El ghetto de Trieste</i>
Scipio Slataper	24	<i>Mi carso (fragmentos)</i>
María Elena Altamirano Piolle	27	<i>José María Velasco en la Exposición Universal de París</i>
José Francisco Ruiz Massieu	31	<i>La partitocracia y la reforma política en Italia</i>
Fulvio Tomizza	37	<i>Los esposos de la calle Rossetti</i>
Giani Stuparich	39	<i>Vacaciones en Capodistria</i>
César Cansino	41	<i>La transición italiana</i>
Julio Trujillo	43	<i>El testimonio de los sentidos. Entrevista a Álvaro Mutis</i>

Miscelánea

Dionisia Urtubees	50	<i>Jorge Donn o la luminosidad</i>
Hernán de Jesús Becerra Pino	51	<i>La eternidad por fin comienza un lunes de Eliseo Alberto</i>
Carlos Álvarez Asomoza	52	<i>Lengua y literatura náhuatl</i>
Armando Pereira	53	<i>Anamorfosis</i>
Ignacio Padilla	54	<i>Javier Tomeo o la jaula del Hombre Omega</i>
	55	<i>Colaboradores</i>

Fotografías de Trieste de Alfonso Mottola, del libro *L'onda di Trieste*, Ed. Vallecchi, 1968.

Presentación

Hay sitios geográficos que marcan límites o fronteras, ya sea en el tiempo, ya en el espacio. Son lugares —ciudades, puntos del campo o de los mares, a veces territorios que se comprimen y expanden— que establecen pasos o transiciones. En la época actual, en los tiempos recientes hemos atestiguado el surgimiento de zonas enteras de profunda transición: Irak, el Asia Menor ex-soviética, los pueblos de la otrora Yugoslavia, los territorios de las prolongadas querellas por Palestina. En los procesos del devenir cultural y artístico se reflejan estos fenómenos geográficos y a veces se extienden durante largos decenios y hasta siglos los monopolios de famas, conflictos, invasiones: hábitos y lengua árabes en Europa, cristianos en el Imperio Romano, los Cruzados, los dominios ingleses y españoles en India y América. Al parecer, en la historia nada queda puro o intocado; todo —hasta la poesía, el arte, las actitudes que dan nombre y fisonomía a la cultura— se entremezcla, se bifurca, recrea, no se extingue por completo, resucita, transmuta, estalla, se adueña y establece... Teresa Meneses y Héctor Orestes Aguilar han preparado los materiales de una “cartografía mínima —nos explican— para visitar esa urbe de papel, ese lugar que ha propiciado la pasión por la escritura”: Trieste. Y aducen que “Trieste constituye un caso extremo: una metrópoli fronteriza, un centro en la periferia. Cosmopolita y provinciana, caja de resonancia para todas las lenguas del mundo y prétendido bastión de la italianidad, puente hacia la ‘otra Europa’ y último enclave de un Occidente muy poco seguro de serlo, Trieste encarna radicalmente un fenómeno típico de Europa Central y América Latina: la asincronía, la convivencia de tiempos en apariencia cancelados con tiempos que no acaban por definirse”. Las variadas muestras de estas letras nos dejan pensando, ciertamente, en la movilización —más efectiva, salvable y fructífera— de la poesía y de la cultura. Cada texto, en concreto, nos invita a percibir, meditar y descubrir.

Incluimos también en este número de nuestra revista un análisis panorámico de la situación política de la Italia de estos tiempos y un examen de la obra de nuestro gran pintor José María Velasco en su incursión europea de 1889. La primera medición la realizan José Francisco Ruiz Massieu (publicamos un fragmento clave de su estudio más extenso sobre la situación política italiana) y César Cansino, experto de la División de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). El otro análisis se debe a la máxima conocedora de la vida y obra de Velasco, en este momento de memoria visiblemente renovada —se ha montado una gran exposición del pintor mexicano en el Museo Nacional de Arte de la Ciudad de México—: María Elena Altamirano Piolle, miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas de nuestra Universidad. Y dentro de la obligada revisión de lo recientemente acontecido, evocamos la imagen de Jorge Donn, un bailarín de bien ganada fama mundial quien murió hace pocos meses y dejó un notable vacío en la compañía de Maurice Béjart. Nuestro redactor Julio Trujillo entrevista al poeta colombiano radicado en México Álvaro Mutis.

Las ilustraciones se deben a la mano y a la imaginación de Nunik Sauret, hábil manipuladora de formas, colores y significaciones. ◇

Umberto Saba

Ciudad vieja

Cuando regreso a casa, a menudo
tomo una oscura calle de la ciudad vieja.
En un charco se refleja un farol
amarillento, y hay bullicio en la calle.

Aquí, entre gente que viene y va
del mesón a la casa o al lupanar,
donde hombres y mercancías son despojos
de un gran puerto de mar,
reencuentro al paso lo infinito
en la humildad.

Aquí marino y prostituta, el viejo
que blasfema, la hembra que disputa,
el dragón que se sienta en la fonda
de frituras,
la alborotada joven que enloquece
de amor,
son todas creaturas de la vida
y del dolor;
palpita en ellas, como en mí, el Señor.

Aquí entre los humildes, me parece
que mi pensamiento se purifica
mientras más infame es la calle. ◇

Los lugares de la escritura: Trieste

Traducción de Teresa Meneses y Héctor Orestes Aguilar

En cuarto año del *Gymnasium*, cuando teníamos catorce años, un compañero mío de la escuela que entre finales de la preparatoria y principios de la universidad se distinguía por su costumbre de dividir equitativamente sus ahorros entre la adquisición de las obras completas de Kant y Hegel y sus metódicas incursiones en los modestos *nights* triestinos, solía preguntar a bocajarro, cuando el padre lo presentaba a alguno de sus conocidos: "Perdone, ¿usted es teísta, ateo o panteísta?" El interrogado, a menudo un comerciante de café o un funcionario de seguros de mediana edad, esbozaba perplejo un vago gesto de aprobación, con el que trataba de expresar sus cumplidos por la precoz profundidad filosófica del muchacho y de esconder su reprobación ante su malcrianza; mientras, el padre, ex-oficial austrohúngaro, se apresuraba a disculparse, prometiéndose hacerle entender en privado a su hijo, tal vez con la ayuda de una cachetada, las reglas de la buena educación y la exhortación a no entrometerse entre los hombres y sus dioses.

El problema de aquellos respetables señores era auténtico, porque aparte de la juventud de mi inquisitivo camarada, esa pregunta sorpresiva e indiscreta difícilmente podía tener una respuesta precisa, y probablemente habría hecho vacilar, así fuese por un instante, incluso a un obispo o a un presidente de la liga en favor del pensamiento libre, en la medida en que no se puede responder a semejantes cuestionamientos con la misma seguridad con la que se declara el lugar de residencia o el número del código fiscal. También la pregunta sobre la relación entre el escritor y su tierra incomoda un poco, por su indiscreción, al interrogado, porque implica la posibilidad de que pueda hacerse constar en acta y definir el horizonte que nos envuelve y el aire que se respira, el correr de las horas y la melodía de nuestra existencia, la entonación y el estilo con los que vivimos y conducimos diariamente, conscientes o ignorantes, nuestra vida. Existen verdades que no se pueden describir o declarar como se hace con un teorema o con una profesión ideológica, sino solamente contar, como hacían los maestros hasidis, requeridos para explicar una verdad de fe, contando una parábola, una historia con personajes y vicisitudes específicas.

¿Qué relación existe entre quien escribe y los lugares en

los que para él se condensa la imagen determinante del mundo; entre sus palabras, por grandes o mínimas que sean, y la simetría de ciertas calles, los colores de un otoño, el sabor de un manjar o el olor de las algas? Si es necesario formular esta pregunta, si las páginas del escritor no la han respondido ya antes, resulta inútil preguntárselo y esperar su respuesta; sus páginas lo dicen, en la manera en que representan el gesto de un personaje o evocan una noche, la pregunta y la respuesta son un tanto cuanto inútiles y frustrantes, fácilmente oscilan entre una sofisticada elucubración intelectualizada y un patético sentimentalismo.

Difícilmente Joyce o Singer, alabados por ilustrar la relación entre su obra e Irlanda y los burgos judío-polacos, podría decir algo lógico con relación a la presencia, real y no teorizada, de Dublín o de Yampol en sus libros. No tiene mucha importancia, desde este punto de vista, que la pregunta vaya dirigida a un gran creador o a un modesto artesano de palabras a quien vierte en libros duraderos la realidad de todos o a quien apostilla su pequeña fugacidad cotidiana con notas marginales. El retórico habla de la vida, y lo mismo sucede con los lugares primigenios de nuestra existencia, en los que nuestra vida sumerge sus raíces esenciales y que se asemejan al sol del que habla Fausto, cuya luz nos hace ver las cosas pero no se deja atrapar directamente por la vista.

Reacio e incapaz, el periodista de tercera página entiende que quiere eludir la pregunta que le es planteada, aun si precisamente esta resistencia a definirse, a hablar de las raíces de su persona, de su sentido de la vida, es quizá la prueba más palpable de su triestinidad. Busca con relucencia palabras suyas, inconfundiblemente suyas para eludir esas ramificaciones que, como los meandros de una circulación sanguínea, ponen en la predecible urdimbre de su sintaxis y en el repertorio de su léxico las aguas vitales provenientes de lugares, tradiciones, rostros, figuras, inflexiones de pronunciación, pasiones, nostalgias y rencores que allende el Isonzo parecen hacerse incomprensibles.

Mientras que en la hoja su evasión va tomando forma lentamente en la arquitectura de las frases, él descubre que de la pluma le vienen palabras ya dichas por otros, pero no por esto las siente menos suyas, como no se sienten menos per-

sonales las palabras con las que se cuenta la propia historia y que existen ya en el vocabulario o en boca de otros. "Quisiera decirles", escribe Slataper al principio de los tres primeros párrafos de *Il mio Carso* (*Mi Carso*), en 1912: confesaba que le habría gustado decirle a sus lectores, es decir, a los italianos, que había nacido en una casucha en el Carso o bien en un bosque de robles en Croacia o en la llanura morava. Habría querido hacerles entender que no era un italiano y que solamente habría "aprendido" esa lengua con la que escribía, que no le sosegaba sino más bien le reavivaba "el deseo de regresar a la patria porque aquí me siento muy mal". Pero sus lectores "avezados y sagaces", añadía, de inmediato habrían entendido, en cambio, que él era "un pobre italiano que trata de evadir sus solitarias preocupaciones", un hermano suyo, atemorizado, por lo demás, ante su perspicacia.

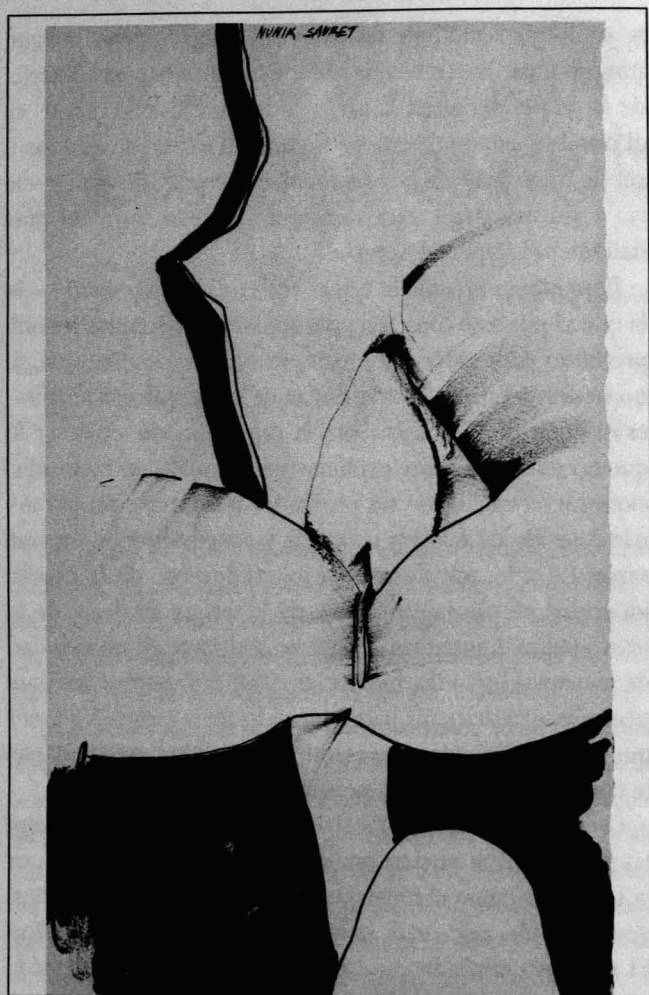
Esa diversidad, que constituye la triestinidad de Slataper, es señalada como real pero indefinible, auténtica cuando es vivida en la retrógrada interioridad del sentimiento e inmediatamente falseada cuando es proclamada y exhibida. El patrimonio plurinacional, que Slataper siente confluir en sí mismo, está tan fusionado en su persona que no se puede precisar; los mañosos y lerdos lectores se han equivocado al no advertir su real diversidad de triestino respecto a los italianos, pero ésta última se sustrae a toda formulación explícita, inevitablemente engañosa: Slataper no nació ni en el Carso, ni en Croacia, ni en Moravia, el italiano es su lengua madre e italiana su nacionalidad, aunque resuma en sí misma una argamasa compuesta. La patria de la que él sien-

te nostalgia realmente no existe en ningún lugar, porque ningún lugar le ofrece una identificación completa. Trieste, de la que él denuncia la carencia cultural que lo repele, es el nombre amado de esta patria que no existe, de esta esencia de la propia vida que no logra expresarse, de esta precaria y sin embargo irreconciliable síntesis entre el mar italiano y el Carso esloveno.

Pero esa imprecisable e incomprensible diversidad —de la que el poeta se complace, porque necesita sentirse incomprensible para saber que existe, ya que de otra manera, al no poder definirse, podría dudar de su propia existencia— es el lugar de la poesía. Sólo la poesía puede expresar lo que no puede definirse explícitamente, contar las contradicciones irreconciliables sin pretender resolverlas, proporcionándoles de tal manera sustancia y convirtiéndolas en una razón de vida, transformar la incertidumbre de la propia identidad en un viaje en busca de la misma, es decir, de la identidad más auténtica. Trieste se convierte en una ciudad de escritores, grandes, mediocres o fallidos, porque los contrastes que destruyen y paralizan su historia inducen a creer que sólo escribiendo, expresando inmovilidad, puede dársele consistencia a la propia persona.

Creer en Trieste significaba —y significa todavía— darse cuenta de que se vive en una ciudad de papel, cubierta por la literatura como el imperio que, en una parábola de Borges, está cubierto por su mapa trazado por los cartógrafos. El triestino también es el resultado de una sustracción, como el austriaco del que habla Musil, que era un austro-húngaro menos el húngaro. En Trieste uno adquiere fami-





liaridad con el anacronismo con el que está entretejida, por doquier, la historia de todos; uno se acostumbra a soportar pero también a amar y a gozar ese desatino general que es el mundo.

Cuando regreso a Trieste, aunque sea después de una ausencia de pocos días —en estos años me ha sucedido cientos de veces— me parece que salgo de un tiempo rectilíneo, que sigue de frente dejando el pasado a las espaldas, para reingresar a un tiempo discontinuo y contradictorio, que avanza y retrocede replegándose cada vez sobre sí mismo, suspendiendo la sucesión de las cosas haciéndolas simultáneas, alineando una al lado de la otra, como detritus en la playa, estaciones y épocas diferentes y lejanas.

Trieste es como esa casa —situada en un suburbio de la ciudad— que el protagonista de una novela de Gramigna, un escritor imaginario, atraviesa, reviviendo en ese instante atemporal la totalidad de su existencia. Se encuentra en un *collage* en el que nada se ha transferido al pasado y ninguna herida se ha cicatrizado con el tiempo, en el que todo está presente, abierto y doloroso, en el que todo coexiste y es contiguo: imperio habsbúrguico, fascismo y 1945, nostalgias real-imperiales, nacionalismo e independentismo, patriotas italianos de apellidos eslavos y viceversa, irritados eslovenos y liberal-nacionales obsesionados por los seis husos horarios del mundo eslavo que comienza a las puertas de la ciudad, memorias del éxodo istriano e intolerancia por sus víctimas, la obstinada sabiduría de la *Mittleuropa* judía, la reluctante

inteligencia eslovena y aquella épica y sosegada del Friuli, culto de la italianidad que le reclamará a Italia no ser la verdadera Italia y no entender el amor triestino por Italia y termina por no querer saber nada más de los italianos.

Afuera, en el mar, el viento dispersa las nubes, encrespa las olas y deja huir a las burbujas una a una, hacia las costas blancas y la tierra púrpura de Istria, en un horizonte claro, en una luz de nórdica lejanía que parece el fondo transparente de la vida misma, la promesa de todo lo que carecemos. Pero adentro, en los cafés y en las hosterías, el tiempo se ha condensado en grumos distantes y adyacentes; pasar de una mesa a otra quiere decir salir de una época a través de una invisible puerta temporal y entrar en otra. Esta desconexión, tan evidente, es ahora la desconexión del mundo y del arte que lo reproduce; tal vez por esto uno se siente tan en casa en esta ciudad en la que un viajero a principios de siglo decía sentirse como “en ningún lugar”, en la irrealdad, y quizá por esto uno siente un poco de molestia al sentirse tan en casa entre esos dispersos entes del tiempo.

De esa inmovilidad nace el deseo o la necesidad de escribir, la escritura ensayística y oblicua de quien se siente un pasajero clandestino en la historia. Quien se encuentra en los márgenes de la vida escribe de algo para aludir a otra cosa, a la fugitiva e incontrolable vida que lo hace tambalear; rodea y atrapa con palabras irónicas y estrujantes esa vacuidad que es su destino y encomienda esas palabras a una botella, porque no sabe bien a bien cuál sea el público para el que escribe, cuál sea el centro de su periferia. Como en la parábola de Borges, el viento de la existencia arranca aquí y allá el mapa de papel que cubre la ciudad, y entre los rasgones y los pliegues de ese papel ajado aparecen encantadores fragmentos del mundo, esbozos carmesíes del Carso, el gran reclamo y abandono del mar, la luz y las reverberaciones de las costas, el ala del viento, la mesa de una taberna donde alegremente uno se desentiende del malentendido de la existencia.

Entre esos pliegues, entre las orejas de burro de ese papel se goza un agradable placer de vivir, y se tiene la sensación de que todo debe volver a comenzar, que la vida todavía está por venir. La fascinación del no-tiempo triestino, de su mosaico heterogéneo e inconexo, se encuentra en esta promesa siempre suspendida y diferida, este crepúsculo de la vieja Europa que siempre espera que le llegue su hora.

De esta inolvidable promesa nace una sanguínea y artera melancolía, la prudencia del vino que nos avisa que ha llegado el momento de irse pero que invita a quedarnos un poco más, una luminosa poesía de la amistad. Ese lugar mítico de la fantasía, que hace entrever la felicidad para contradecirla de inmediato, es un regazo materno del que se escapa pero que nos jala hacia atrás, un cordón umbilical que se resiste a dejarse cortar, que obliga al triestino a amar la ciudad de lejos y a denigrarla de cerca, a maldecirla constantemente y a hablar de ella todo el tiempo. Hace ya veintitrés años, dice orgullosamente en dialecto triestino un amigo residente en Milán, que no pongo un pie en Trieste. ♦

Trieste en Joyce

Todos los biógrafos de James Joyce (Rathgar, Dublín, 1882- Zurich, Suiza, 1941) coinciden en que su presencia, intermitente y fija, en Trieste, entre 1904 y 1920, fue definitiva en el devenir de su vida y obra.

Exiliado voluntariamente, siempre le acompañó, como establece Jean-Michel Rabaté, “el recuerdo de una ciudad natal que no dejó de cultivar y de celebrar tanto en sus textos como en su corazón”. Nino Frank ha recordado que en los años de París, donde luego se estableció Joyce por consejo de Ezra Pound, le bastaba con cambiar de idioma en las conversaciones para que floreciera la plenitud de su ánimo, “por su apego a todo lo italiano —rememora Frank—... el matrimonio se expresaba casi siempre en esta lengua, incluso en dialecto triestino: ‘Jim’ le decía su mujer, pero lo que seguía sonaba como pronunciado a la sombra de San Giusto. Los dos hijos, Giorgio y Lucía, habían nacido allí y en Trieste habían aprendido a hablar. Es comprensible —agrega Frank— que esta ciudad de exilio haya sido para Joyce como una segunda Dublín, en la que encontró cierta mezcla de comicidad y de elevada melancolía, un irredentismo, y esa niebla de los puertos del septentrión que se infiltra en las almas”.

Y Valéry Larbaud precisaba sobre las influencias del pensamiento irlandés de anteguerra en *Ulises*: “Sí, en la medida en que pudo madurar en Trieste.” No han faltado los comentarios sobre las privaciones que los Joyce padecieron en Pola, hoy ex-Yugoslavia y Trieste, impartiendo clases en las sedes de la Berlitz School. “Sin embargo —clarifica Louis Berrone—, en Trieste no dejó de pasar buenos ratos; no olvidemos la alegría de Joyce ante el nacimiento de sus hijos, su amor a Nora y su afecto a sus amigos; su satisfacción al terminar *Música de Cámara, Dublineses*, el *Retrato*, su entusiasmo al comenzar *Ulises*. Pero también —puntualiza— hemos de recordar el grito de Kev en *Finnegan’s Wake*: ‘*And trieste, ah trieste ate I my liver*’ [Y trieste, ¡Ah trieste me comí el hígado!] Y podemos comprender el deseo de Joyce de conseguir un puesto seguro de profesor, y su esperanza de encontrarlo en Italia.”

La inestabilidad económica y la falta de noticias editoriales de su patria, le obligaron a aceptar un cargo de redactor de inglés en un Banco de Roma, pronto le desagradó el ambiente arqueologizante y comercial. Por ello escribía a su hermano Stanislaus: “Me gustaría regresar a Trieste porque me acuerdo de ciertas noches de verano, cuando yo recorría sus calles pensando en algunas frases de mis relatos.”

En 1907, nuevamente en Trieste, tiene entre sus alumnos a Ettore Schmitz (Italo Svevo), con quien establece una profunda amistad, éste describe así al autor de *Ulises*:

Delgado, esbelto, alto, podría parecer un deportista si no se moviera con el abandono de una persona a quien sus propios miembros interesan muy poco. Creo que de hecho aquellos miembros habían sido muy descuidados y estaban

completamente en ayunas de deporte y de gimnasia. Quiero decir que de cerca no parece el batallador valeroso que sus intrépidos escritos harían esperar. Muy miope, lleva lentes muy gruesos, que le ensanchan los ojos, y este ojo azul, grande aun sin las gafas, mira con eterna curiosidad y con frialdad considerable.

"Mercader de gerundios", también le definía Svevo, y Livia, su hermosa mujer de radiante cabellera, a su vez trascenderá a las páginas de Joyce bajo la forma de Anna Livia Plurabelle.

Vida y obra son en James Joyce una y mil configuraciones, él mismo aludía unitariamente a su producción. Entre 1911 y 1914, en Trieste, Joyce sintió una poderosa atracción erótica por una joven judía, alumna suya, Amalia Popper. *Giacomo Joyce*, escrito en los mismos años, será el fruto de esta experiencia imaginaria y vivencial. "Joyce —como diría Alfredo Matilla, su traductor al español— decidió no publicar esta obra y usarla, en cambio, como punto de referencia para las que más tarde escribió." "*Giacomo Joyce* —como también estableció Richard Ellmann, su primer editor— es el medio camino entre *A Portrait of de Artist* y *Ulysses*. La primera se hallaba casi terminada, y comenzaba la segunda cuando redactó *Giacomo*."

En un texto que ciertamente llega hasta "la húmeda tibia pronta acogedora oscuridad de su feminidad", de Amalia Popper, "Trieste anda en carne viva" por sus líneas. *Giacomo Joyce* es una suerte de poema-talismán para todos sus escritos posteriores. Igualmente sucedería con "La semilla en la ceniza" de Gilberto Owen, un mexicano de origen irlandés. ◇



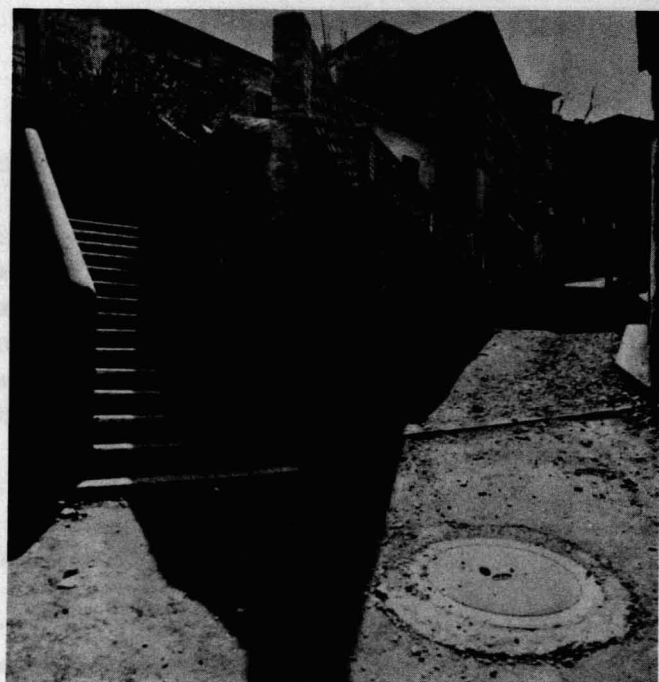
Joyce y Svevo en Trieste

Ettore tenía cuarenta y tres años y consideraba su vida ya cerrada. No obstante, el destino le reservaba felices sorpresas.

El escritor parecía dormir en lo profundo, casi ignorado por nosotros y aparentemente guardado por él mismo en una suerte de compasión: "Recuerdo que hace unos años yo era un hombre de negocios al que interrumpieron con la pregunta: '¿Es cierto que usted es autor de dos novelas?' Me ruboricé como se ruborizaría un autor en esas circunstancias y, dado que el negocio apremiaba, dije: 'No, no, no, es mi hermano.' Pero aquel señor, no sé por qué, quiso conocer al autor de esas dos novelas y se dirigió a mi hermano, el cual no se sintió muy halagado por la atribución que evidentemente disminuía su reputación profesional."

Para hacerlo salir de aquella especie de duermevela era necesaria una chispa y esta se encendió en el casual encuentro con el escritor irlandés James Joyce.

Ya en el primer viaje a Inglaterra Ettore había sentido la necesidad de perfeccionar su inglés. Conocía perfectamente el idioma alemán, bastante bien el francés (lo practicaba conmigo en la época de nuestro noviazgo), pero sólo manejaba un inglés elemental. El estudio de la lengua fue el origen de su afortunada amistad con Joyce. Éste había llegado de Dublín a Trieste en el otoño de 1903, acompañado por su joven esposa Nora Barnacle. Joyce era joven, tenía poco más de veinte años, pobre, y estaba en los inicios de su maravillosa carrera literaria. Arribó a Trieste luego de una aventura tragicómica: tomó el tren Viena-Trieste y por error bajó en Lubiana a las cuatro de la mañana. Cuando al día siguiente preguntó a un transeúnte en la calle San Nicolás por la dirección de la escuela Berlitz de Trieste, entendió que se había equivocado de ciudad. Lleno de aprensión porque llevaba consigo poco dinero, esperó todo el día y parte de la noche en la estación de Lubiana el tren a Trieste. Para colmo, dejó a su esposa en un pequeño jardín vecino a la estación y fue en la búsqueda de la escuela Berlitz de ese lugar para pedir un préstamo. Tomó por equivocación una calle de la ciudad vieja donde unos marineros ingleses



discutían con unas damas de mala nota. Quiso ser intérprete y pacificador pero las cosas se complicaron: de improviso llegó la policía y él fue arrestado junto con los otros y pasó todo el día en prisión, mientras la pobre esposa lo esperaba sentada en una banca del jardín, sin dinero, ignorante de la lengua de esa ciudad extranjera.

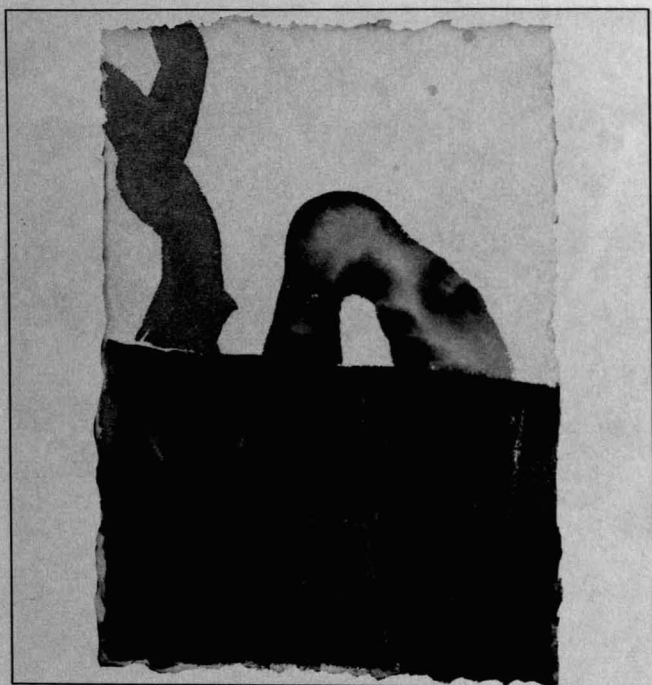
¡Cuántas veces oí contar con entusiasmo endiablado a Joyce esta aventura, cuyo recuerdo lo divertía muchísimo!

Después de haber enseñado por algún tiempo en la escuela de Berlitz, se había independizado y vivía dando lecciones particulares de inglés, corriendo de casa en casa. Ettore, que deseaba aprender la lengua, quería encontrar un guía experto para conocer mejor la moderna literatura anglosajona. Él se dirigió a Joyce, que en aquella época era el profesor de moda para la rica burguesía triestina, y así se encontraron.

Entre el maestro, en muchos sentidos irregular, pero de altísimo ingenio (conocía dieciocho lenguas, entre antiguas y modernas), y el alumno, se desarrollaron unas lecciones fuera de lo común. No se trabajaba mucho la gramática, se hablaba de literatura y se tocaban cientos de temas; yo tam-

bién participé. Joyce era divertidísimo en sus expresiones y hablaba en dialecto triestino, como nosotros, más bien un triestino popular aprendido en las oscuras calles de la ciudad vieja donde gustaba detenerse. Incluso en Suiza y en París el dialecto triestino permaneció como modo de expresión habitual de la familia y de sus hijos, nacidos en Trieste: Giorgio con la bella voz heredada del padre, y Lucía que se volvió bailarina y una hábil diseñadora. Aún recuerdo sus magníficas ilustraciones para un poema de Chaucer dedicado a la virgen María.

No obstante la diferencia de edad y de nacionalidad, la amistad entre ellos surgió de inmediato. El irlandés, que no hablaba con nadie de su trabajo literario, trajo muy pronto



sus manuscritos a la Villa Veneziani. Eran los poemas de *Música de cámara* y algunos relatos de *Dublineses*. Recuerdo haber bajado al jardín después de la lectura del relato "Los muertos", último capítulo de *Dublineses*, para tomar unas flores y hacerle un homenaje al escritor. Mi marido le presentó a su vez sus dos libros olvidados, primero *Una vida*, por el cual tenía una particular ternura y después *Senilidad*, como para decirle: "Yo también fui escritor." Joyce los leyó de inmediato y durante las lecciones sucesivas declaró que, según su opinión, Svevo había sido injustamente descuidado. Agregó con fervor que ciertas páginas de *Senilidad* no podrían haber sido superadas por los grandes maestros de la novela francesa. Aquellas palabras inesperadas fueron un bálsamo en el corazón de Ettore. Él lo miraba con grandes ojos encantados, agradecido y anonadado. Nunca imaginó escuchar tales elogios a propósito de sus novelas olvidadas. Aquel día no pudo separarse de Joyce, lo acompañó hasta su casa, en la plaza Vico, hablándole a lo largo del camino de su desilusión literaria.

Era la primera vez que le abría el corazón a alguien para mostrar su profunda amargura. Joyce habló difusamente de

lo que significaba ese encuentro en su búsqueda de la conciencia y de otros intelectuales que seguían ese camino mayor. Recitaba para sí de memoria las últimas páginas de *Senilidad*, se lanzaba contra la ceguera de la crítica, afirmando que Svevo era un novelista muy original, el único escritor moderno que llegaría a interesarlo. Pero aún frente a similares elogios el ambiente triestino se mostraba sordo e incrédulo.

El irlandés encontraba en Ettore una mentalidad afín a la suya, un método analítico que congeniaba. Louis Gillet llegó a decir, en 1937, en una conferencia ofrecida en París, que Joyce había recibido la influencia de sólo dos escritores italianos: Giambattista Vico e Italo Svevo.

Así, durante las lecciones hablaron continuamente de proyectos y asuntos literarios. Mi marido confió a su amigo el propósito de desarrollar un relato en torno a un viejo y una jovencita —realizado más tarde con el título de *La novela del viejo y la bella jovencita*— y Joyce habló con él muy particularmente de la concepción de Bloom luego desarrollada en *Ulises*.

El carácter dubitativo de Ettore, frente al temperamento combativo y tenaz, la profunda seguridad del irlandés (que había respondido en su juventud a un viejo poeta: "Es cierto, no recibí su influencia, pero lo deplorable es que usted no podrá recibir la mía porque es muy viejo") tuvieron un benéfico influjo. Esto también se siente en el retrato que Ettore hizo muchos años después en la conferencia que presentó en el "Convegno" de Milán el 18 de marzo de 1927:

El Joyce de ahora tiene más de cuarenta años, pero ha permanecido como cuando llegó a Trieste. Delgado, alto, grácil, podría parecer un deportista si no se moviese con el abandono de una persona cuyo propio cuerpo no le importa del todo. Ese cuerpo ha estado descuidado y no ha conocido jamás el deporte y la gimnasia. De cerca no parece el esforzado combatiente que sugeriría su valerosa obra. Muy miope, lleva gruesas gafas que le agrandan los ojos, y esos ojos azules, de gran importancia también sin los anteojos, miran con una eterna curiosidad y con una gran frialdad. No puedo menos de figurarme que esos ojos no serían menos curiosos y fríos si se posaran sobre un adversario con el cual Joyce tuviera que medirse.

La admiración y la aprobación de Joyce fueron para Ettore un bálsamo milagroso para su profunda herida en el amor propio, siempre viva y ardiente. Sólo entonces dejó de considerar sus novelas como errores de juventud. Sumergido en el veredicto negativo, su talento había permanecido sepultado en la "tristeza del silencio", como solía decir.

Y he aquí qué el amigo despertaba en él, y esta vez para siempre, al escritor.

La guerra mundial debió separarlos. Joyce se refugió en Zurich, trasladándose después a París. No regresó más a Trieste, pero debía comparecer de nuevo en la vida de Svevo y asumir un papel importantísimo. ◇

Italo Svevo

Carta a Livia

Traducción de Guillermo Fernández

Trieste, 17 de junio de 1900

Mi querida, mi buena, mi dulce Rubia:

Acabo de levantarme de la cama, descansado después de haber dormido mucho. Soñé que estabas muerta y que yacías en un ataúd, sobre mi cama. No puedes imaginar la alegría que experimenté esta mañana al ver un buen sol y convencerme, persuadirme de que estabas viva en Salsomaggiore. Ese sueño debió de ser muy breve. No más que un instante. El ataúd era oscuro y tú estabas dentro de él, resplandeciente. En el cuarto sólo estabas tú, muerta, inmóvil, con los ojos y la boca apretados, con una expresión de terquedad; tu madre, que no paraba de hacer cosas (ni siquiera en sueños puede estar quieta), colocando flores, y yo, pensativo y observando tu fisonomía, en la cual creí ver un marcado gesto de reproche por no haber sabido hacer feliz la vida que me habías confiado. Tu madre andaba muy atareada, como si estuviera en la oficina. No se cansaba de acomodar tu larga cabellera, que caía como un río de oro. Yo pensaba: ¿Para qué? Ella, en cambio, se veía feliz, como si aún estuvieras viva.

Me desperté felizmente convencido y esperanzado de poder morir antes que tú. Ahora me invade una dulce conmoción y deseo que lo sepas. Estoy solo en la casa y esta tarde me ocuparé de la correspondencia. No he salido de casa, a pesar de ser domingo, únicamente para escribirte. Creo que ya te he pensado muerta en otras ocasiones. Ya sabes cuánto me acompaña el pensamiento de la muerte. Pero nunca antes había sido tan evidente. Ese sueño me hace gozar ahora como todas las cosas referentes al gozo de poseerte. Poseerte legítimamente, pero ¿honestamente? Es innegable que no debí casarme contigo. Y justo ahora que me siento moralmente cerca de ti, comprendo que este resto de juventud que podría dedicarte no esté hecho para semejante intensidad de sentimiento. En los primeros días de tu ausencia recobraba el antiguo deseo de tomarte a tu regreso, de acostarme junto a ti y acaso agotar allí todas las fuerzas, toda la vida. En cambio, hoy querría tenerte cerca de mí, tomarte una mano y dejarte dormir sin desprenderme de ella, con el intenso deseo de que durmieras y descansaras hasta curarte. Igual que Tolstoy (él también llegó a este convencimiento al envejecer), pienso que las relaciones más fáciles se dan entre hermana y hermano. Por lo menos, confiesa que para ser un buen hermano no me faltaría ninguna de las grandes cualidades. No tienes idea de lo que sería capaz con tal de que no sufieras. No puedes saberlo porque me gustaría fulminarte cuando en mi físico surge el marido celoso. Por lo tanto, tu marido es tu enemigo. El marido que, por una parte, no te da todo lo que debería, y por la otra, procura quitarte la más pequeña satisfacción que podría derivar de tu belleza. En resumidas cuentas, soy un pequeño delincuente neurótico... ◇

Ettore

Giani Stuparich

La bora

Traducción de Guillermo Fernández

Mientras alrededor de la casa domina el estruendo de la bora, una muchacha aprende en su manual de geografía que "en Italia, la velocidad del viento rara vez rebasa los 42 km. por hora".

De entre todas las ciudades italianas, sólo Trieste tiene el gran privilegio de recibir en el año las frecuentes visitas, sobre todo en invierno, de un viento que, cuando es ligero, alcanza la velocidad de 60 km. por hora, y en ciertos días que sopla con furor, supera los 140.

Visitante descortés y violento, por el cual la ciudad vive con el Jesús en la boca. Y bien que lo conocen todos los constructores y los ingenieros de la luz y de teléfonos, que nunca toman las debidas providencias ni calculan cumplidamente la violencia de este enemigo de los cables que van de poste a poste, de las chimeneas y de los tejados. Lo saben los marineros que no refuerzan bien las amarras. Lo saben los ciudadanos que, pese a conocerlo por tradición y experiencia, nunca se preparan como es debido para afrontarlo sin riesgo.

Sin embargo, siempre hay alguien que lo desea. Esa muchacha que estudia mecánicamente, en voz baja, su texto de geografía, pero su atento corazón sigue al diablillo que anda afuera. Cuando levanta sus ojos del libro, puedo ver en ellos una extraña luz de alegría. Yo conozco el motivo: mientras más aúlla el viento, mayor es su esperanza de que éste no deje de soplar durante toda la noche y que mañana, cuando vaya a la escuela, sople gentil y gallardo. Un entretenimiento: correr a su encuentro y luchar contra él, o dejarse llevar por su fuerza. Mañana, ella y sus compañeras se tomarán de la mano y, entre gritos y risas, disfrutarán la fiesta del viento: cabelleras revueltas, mejillas y ojos resplandecientes.

Lo sé. Cuando éramos muchachos, los días de fuerte bora nos excitaban gozosamente; para nosotros era una especie de diversión. Buscábamos los lugares donde soplaban con mayor fuerza y las zonas más expuestas: ciertas calles donde la bora era como un torrente, las riberas y los muelles, los altozanos. Competencias de resistencia y equilibrio, carreras peligrosas. Recuerdo una vez que en el muelle Audace, en

aquel entonces llamado San Carlo, a cuatro de nosotros se nos ocurrió llegar hasta la cima de la pequeña columna. Tan impetuosa era la bora, que levantaba enormes olas que batían y bañaban toda la extensión del muelle. A esa edad, el riesgo es un licor picante y embriagador. En cierto momento, los cuatro que nos manteníamos bien tomados de la mano, tuvimos que echarnos al suelo, pues la violencia del viento y del agua comenzó a arrastrarnos hacia el mar. Pero le dimos batalla a la bora: nos refugiábamos detrás de la base de un poste, y sin soltarnos en ningún momento de la mano, aprovechando las rachas de viento menos violentas, nos fuimos refugiando ora detrás de un poste, ora detrás de una columna, hasta que llegamos a la cima. Con qué gritos, con qué triunfo salvaje trepamos y nos sentamos sobre la pequeña columna de la rosa de los vientos. Nos pusimos a cantar en medio del aullido furibundo del viento, empapados hasta los tuétanos, con el mar enfurecido que azotaba nuestro islote y nos salpicaba con violencia, ensordeciéndonos, cegándonos, salando nuestras bocas, corriendo sobre nuestra espalda.

Tal vez muchos triestinos conserven, desde aquellos verdes años, una secreta simpatía por la bora. Y cuando los forasteros hablan de ella con temor, los triestinos sonríen con la resignada y cierta orgullosa complacencia de quien tiene en su casa un mastín temible. No es aventurado pensar que la bora, entre los demás factores climáticos de la región, mucho tiene que ver con la índole de los triestinos. Nunca es bueno generalizar a este respecto, pero no deja de seducir la idea de que el carácter áspero y cauteloso, el gusto por la contienda y la inconstancia en la tenacidad, característicos del triestino, deriven de la bora.

Es necesario verla nacer. Hace algunos años, en el mes de febrero, tuve la ocasión de ver su llegada. El aire lucía neblinoso y soñoliento. Desde el sitio en que yo estaba, la ciudad parecía envejecida, bajo un velo uniforme de casancio; los muelles, más que extenderse decididos hacia el mar, parecían emerger y flotar débilmente sobre las aguas, como barcasas a punto de desmoronarse; la colina estaba grisácea y opaca.

* La *bora*, deformación véneta del latín *borea* y del griego *boreas*, es un viento que sopla con gran violencia en Trieste y a lo largo de la costa dálmata, procedente del noreste. (N. del T)

De pronto, el borde de la colina comenzó a aclararse; la cortina de niebla empezó a levantarse, deshilachándose, dejando ver un jirón de cielo muy azul, como si surgiera un mundo renovado. En un principio no entendí a qué se debía aquello, pero poco después, al ver que la niebla se espesaba sobre la ciudad, que rodaba y desaparecía, devolviéndole al mar su limpieza, sentí que el viento comenzó a vibrar a mi alrededor, su roce leve, picante sobre mi piel, y percibí la ligera fragancia de las piedras y los pinos. Entonces entendí lo que ocurría. Estaba naciendo la bora. Se perfilaba en los bordes de los cerros y, bajando a grandes saltos, caía sobre la ciudad y el mar. Las casas volvían a recortarse con nitidez, se limpiaban, se acercaban; los muelles se liberaban del sutil velo de la niebla y mostraban su maciza corporeidad; en las dársenas, el agua del mar recobraba color y movimiento. Una frescura, un rejuvenecimiento en todas partes.

Qué bello sería gozar durante mucho tiempo esta límpida y fresca etapa del viento recién nacido, de este alemán y un poco exitante "borinello" de las matinales brisas del estío. Pero estábamos en invierno y, segundo a segundo, aquel jovencito se ponía más flamenco. Minutos después, ya resonaba su voz y su látigo agitaba las aguas en retumbantes olas; el aire se enfriaba con su aliento. Cuando me alejé de la ribera, para regresar a las calles de la ciudad, el mar era ya todo espuma y la voz cantante del viento crecía en un aullido prolongado.

A la luz del sol, bajo un cielo más puro y evidente aun para los ojos más atolondrados, el imperio de la bora es menos cruel en la ciudad. Aun cortando la respiración y embistiendo con bruscas rachas, permite espaciar la mirada y gozar del espectáculo de las calles. Se perciben entonces, en el movimiento de la ciudad, cosas extraordinarias: ritmo, pausas, composición de las formas y de los volúmenes en movimiento; todo es insólito, todo obedece a una nueva necesidad dinámica que, si debiera perpetuarse, cambiaría por completo el aspecto normal de la ciudad. Las calles parecen más anchas, el empedrado adquiere tonos brillantes de metales bruñidos; las aristas de los palacios y de las casas parecen más netas y tajantes; carretas, automóviles y tranvías pasan como flechas, como si quisieran huir, como si escaparan de alguna persecución; los hombres tienen en los pies el impulso de la carrera, el porte marcial en una marcha difícil y en la ropa las vibraciones y las ansias del vuelo. La posición vertical cede su lugar a la inclinada, y podría pensarse en las pistas de patinaje si la agilidad y los movimientos de las figuras que en ellos se deslizan no se vieran, en cambio, por las calles, como obstaculizados por una invencible resistencia, tenaz y deformadora. Los demás sentidos perciben esa invisible resistencia. En efecto, la substancia del viento está en todo y en todas partes y es como un torrente que invade, choca y arrastra, sacude y rumorea, con calmas repentinas y veloces remolinos.

Pero también existe la bora feroz; la bora que se ensaña bajo los cielos plomizos que amenazan con rigores pavorosos. Se camina entonces por la calle con la cabeza agachada, muy cerca de las paredes, se da vuelta en las esquinas con cautela. En tales momentos, el tacto y el oído son los sentidos protectores. Se siente la necesidad de un refugio, y quien va por la calle, se apresura. El aspecto de las calles es desolado, casi siniestro: la ciudad parece estar en horas de queda, como si un atroz flagelo hubiese caído sobre ella. Caminando de noche por ciertas calles distantes del centro, atravesando arrabales donde las construcciones se alternan



con vastas explanadas y terrenos baldíos, cuesta trabajo pensar que uno está realmente en un normal aglomerado urbano. Se tiene la impresión de hallarse en medio de un bosque sacudido por la tormenta: silbidos y estruendos, retumbos y gemidos; la impresión de tener sobre la cabeza una mounstruosa selva metálica, en la que danzara y aullara la violencia del viento y, para colmo, lo que aumenta el horror de la escena, sombras gigantescas y tambaleantes corren en pos de relámpagos de lívida luz; son los arbotantes suspendidos, que se balancean y retuercen en una danza demente, y el efecto visual es a menudo aterrador: casas lanzándose sobre otras casas, aceras que se encabritan y se hacen añicos, empedrados que se desgarran o cintas de asfalto que se enrollan por sí mismas.

Al llegar a casa, colgando el abrigo en el perchero y quitándose la gorra sumida hasta las orejas, respiramos de nuevo y, si estamos de humor, nos reímos de nuestra impresionabilidad, mimados como estamos por la vida civil, con todas sus comodidades y sus mullidas costumbres. ◇

El fantasma de Trieste

Traducción: Teresa Meneses y Héctor Orestes Aguilar

Ovdje nema Boga: "Esta es una ciudad sin Dios." Era la frase que, dirigiéndose indignada hacia el pequeño Daniel, como si también sobre su inocencia cayese una parte de culpa por ese abandono divino, la tosca nodriza frecuentemente usaba para interrumpir sus prolongados silencios.

Trieste era entonces una ciudad viva y alegre. El puerto donde varaban naves, mercancías, riquezas de los rincones más remotos del mundo, parecía un bosque ondulante de árboles entreverados por las marañas de cordaje de las que, fustigadas por la bora, ondeaban las banderas de todos los pueblos de la tierra. El muelle era el paseo preferido de Daniel. Caminando lentamente con la nodriza por entre las bancas, entre el silbido de las grúas que revoloteaban sobre los vagones abandonados en inacabados rieles, entre el vocerío de los estibadores, las maldiciones de los marineros, el estrépito de los barriles lanzados desde lo alto de las naves a los muelles, el chiquillo, en toda esa confusión, andaba siempre a la búsqueda de un olor confuso en el que parecían fermentarse, a un tiempo, formando una nueva acritud después de haberse podrido una a una por separado, ásperas sustancias animales, marinas y terrestres. Los vagones abandonados a la orilla del mar exhalaban un áspero hedor de pieles de carnero desolladas, que un aroma denso de especias, de canela, de bramante fresco atrapaba a medio aire y mitigaba cuando no llegaba del fondo de las bodegas un tercer y más fuerte elemento, un miasma de detritus, de herrumbe salina, de nafta, de alquitrán, y penetraba como un explosivo puesto en las pieles de carnero y en la canela; luego todos esos olores se mezclaban, se condensaban y transformaban en algo benéfico, en nada mefítico, algo que la nariz dilatada del chiquillo absorbía ávidamente del aire hasta que su cabeza no experimentaba un aturdimiento y sus piernas una sensación de fatiga y de calor nervioso.

Así crecía Daniel, un poco a ciegas, atolondrado en medio del estruendo de esa ciudad y de su propia familia, o dicho mejor, de su padre, que de la frivolidad triestina era un típico representante. Si hubo un hombre que haya forjado un cuerpo sólo con el alma de su ciudad, ese hombre fue Giovanni Solospin, padre de Daniel, copropietario de la casa comercial *M. Solospin & Hijo*. La decadencia hacia la que fatalmente se encaminaba la firma, la actividad comercial

cada vez era más ficticia que Giani, como lo llamaban los amigos, la realizaba con hábiles maniobras y trucos bursátiles, aprovechándose de relaciones y amistades personales que saldaba con la simpatía y la mundanidad, con las comidas, con los paseos, con la caza, hasta con los amores, todo eso coincidía de manera impresionante con la naturaleza del hombre y de la ciudad que él tanto amaba. Y era un amor correspondido. El domingo, cuando Daniel salía con él en un carruaje descapotado, los acompañaban por la calle los saludos de media Trieste: los señores se quitaban el sombrero, las señoras con la sombrilla le mandaban a Giani misteriosas sonrisitas por debajo del velo, los pordioseros tendían el ojo y la mano con la prontitud de quien sabe que su plegaria no podrá ser desilusionada. El señor Giani iba hundido en el tambaleante asiento de piel. Afeitado, perfumado, vestido de gris claro, con el fuste de bambú ensartado bajo el brazo izquierdo, a la vez excitado e indolente a los saludos, a las sonrisas, a las manos que se levantaban sin cesar a lo largo del triunfal recorrido, acariciaba distraídamente la nuca ondulada del pequeño Daniel. Luego el carruaje se detenía en el café "Espejos", y descendían.

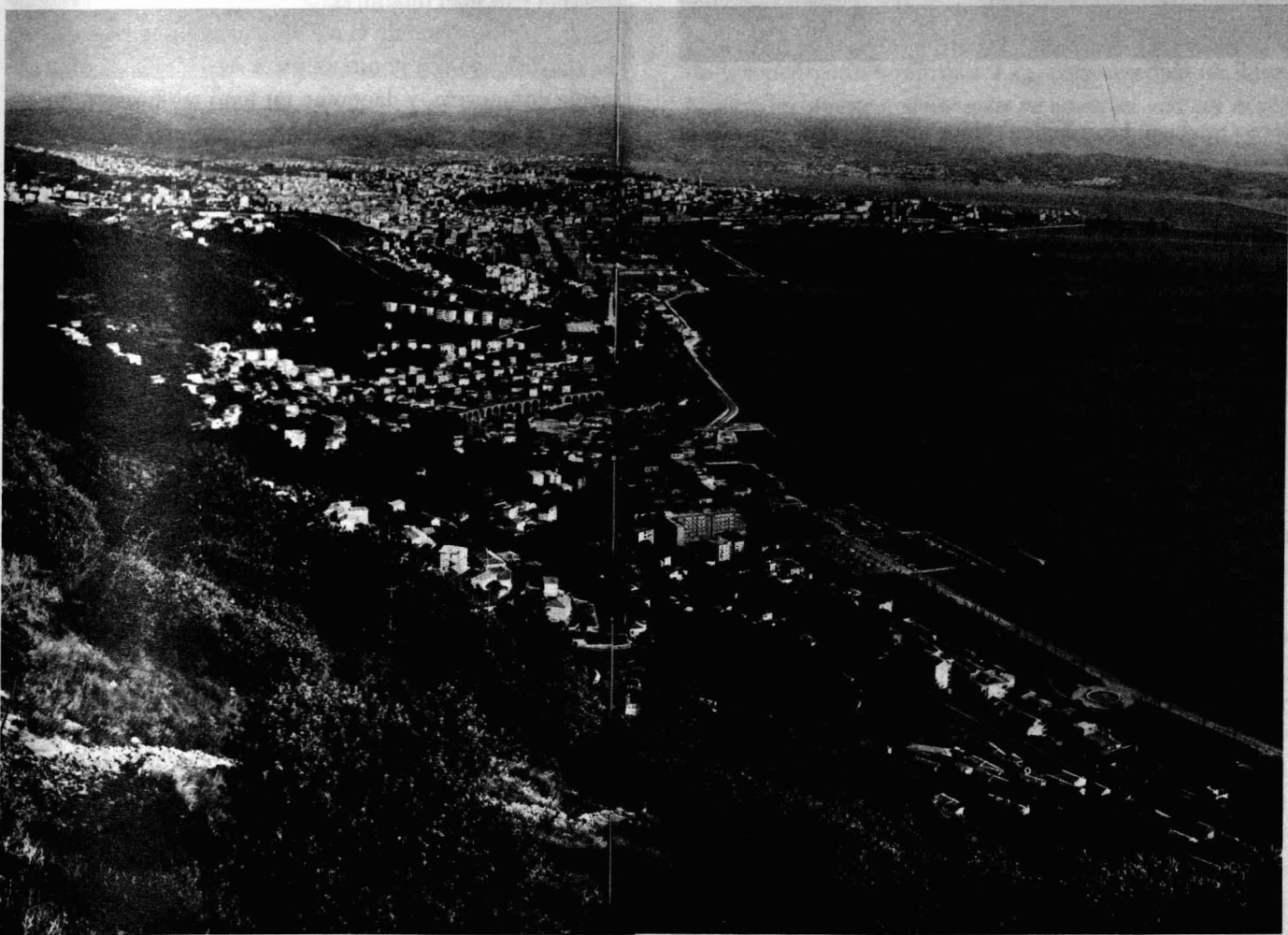
Naturalmente, en el café, Giani Solospin se volvía de inmediato el centro del corrillo más escandaloso. "¡Qué simpático!", "¡qué demonio!" eran las acostumbradas exclamaciones que de trecho en trecho interrumpían sus charlas condimentadas con palabras salerosas y de alusiones a menudo cómicas. El viudo alegre, como ya todos lo llamaban, incluso aquellos que él no conocía, era en verdad simpático: brillante, parlanchín, arrobador, contagiaba a su auditorio con una simpatía casi carnal, tanto que frecuentemente las señoras tenían que llevarse una mano a los brillantes ojos y gritar, simulando indignación entre la risa: "¡Giani, por Dios, basta... basta!" Se encontraba entre aquellas señoras, una exbailarina que había abandonado su carrera para casarse con un rico exportador, quien al sonreír enrojecía más que las otras, y aún más que las otras dejaba transpirar sincera indignación por las bromas que el viudo alegre lanzaba al corrillo fascinado por aquella boca tan aguda, picante, que parlotaba y sonreía sin parar.

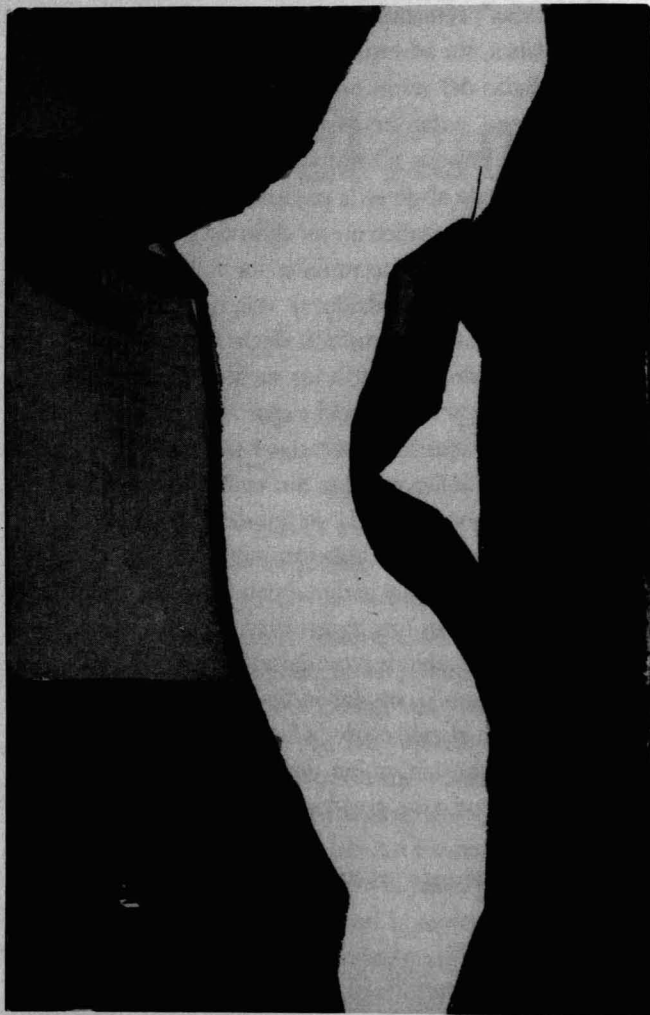
La bailarina, acompañada por el marido, un cincuentón velludo e irritable, participaba en todos los festines de la

casa Solospin y siempre, colmándolo de dulces y caricias le dirigía a Daniel, con un interés que parecía espontáneo, la clásica pregunta sobre el porvenir que le gustaría escogerse de grande. Pero antes que el chiquillo lograra imaginarse adulto e importante, respondía el padre quien practicaba el culto de la elocuencia: "Será abogado, y será un abogado de renombre." El abuelo juez, que era un lagarto en cuestión de abogados, reprobaba amargamente este capricho leguleyo del yerno y, con palabras inundadas por un arrebató que le amplificaba la voz con imprevistas vibraciones sonoras, gritaba que cuando una gran familia de comerciantes se rebajaba al nivel de los abogados, de los charlatanes, era un mal augurio. Quería decir que las cosas andaban mal, que el comercio, no teniendo ya confianza en sí mismo, trataba de sobrevivir con la complicidad del código civil, de la quiebra, del fraude. El señor Giani, excitado, lo rebatía diciendo que no era verdad, que al contrario, en el ejercicio de la abogacía, en el dominio de la ley, en la astucia jurídica, defensiva pero casi siempre victoriosa, estaba concentrada la esencia de ese culto por la carrera y el éxito particular de las grandes familias burguesas. La palabra y la argucia, decía, en todos los tiempos constituyeron la verdadera fuerza de Mercurio. Y repetía, exaltándose, dos veces: "¡Mercurio!, ¡Mercurio!"; para que adustamente de repente, sin ruborizarse, concluyera: "Nadie mejor que yo lo sabe."

"Palabrerías", remataba el abuelo, tanto para decir él la última palabra, sin advertir que, en el fondo, las opiniones desprejuiciadas del yerno no hacían más que avalar su moralismo. Luego, como de costumbre, sacaba a relucir a su Majestad y al Imperio. Durante estas polémicas el tío que vivía en el piso de abajo se la pasaba enroscándole nerviosamente con el dedo índice un mechón de pelos blancos a su perrito, que de repente terminaba por voltearse mordiendo el vacío, con un largo ladrido; se veía que al hermano del señor Giani le hubiese gustado decir muchas cosas, pero prefería callar, desahogando los nervios reprimidos en la piel de la pobre bestia. Para el exportador griego, tales discusiones eran demasiado abstractas y por lo tanto no turbaban su índole práctica y vulgar. Sin embargo el señor Giani, quizá azuzado por la mirada atenta de la bailarina, por su presencia, por aquella espalda que salía desnuda y deslumbrante de entre un muy audaz escote de seda, desplegaba en ciertos momentos una agresividad un poco ebria, de la que nunca se le hubiera considerado capaz. El único que permanecía tranquilo, sin dar indicios ni de ausencia ni de nerviosismo, era el médico de la familia, el taciturno y tartamudo doctor Janovich, quien desde hace años participaba en silencio en todas las estridentes reuniones de los Solospin.

Soltero, casi rayando los cuarenta, con un rostro de un ro-





sáceo maduro, los cabellos rubios apenas velados por una tristeza opalina, Ervino Janovich, tan huesudo y robusto, seguía mostrando cinco o seis años menos de cuantos en realidad tenía. Un par de lentes muy angostos con armazón de plata le empujaban sus dos selváticas cejas, recalcando, alrededor de los ojos, hundidos y sombríos, casi una doble sombra mineral. También hablaba poco porque en público tartamudeaba; pero lo incierto de la palabra, que lo hacía ruborizar, contrastaba drásticamente con la firmeza de su mirada. Era de origen eslavo y evitaba hacérselas pesar, en las conversaciones, a los amigos o a los pacientes. Se limitaba al silencio, incluso cuando ciertos malévolos discursos sobre las razas inferiores y superiores iban dirigidos adrede contra él.

“Me ligaba a éste médico el recuerdo devoto que él guardaba de mi madre, cuidada amorosamente y en vano por él. Cuánto había sido bella y virtuosa, la madre, nadie nunca me lo dijo, ni siquiera el abuelo, que prefería ignorar la muerte prematura de aquella que fue su única hija, en cambio me lo repetía, a cada oportunidad, el doctor y, conmigo, no tartamudeaba en lo absoluto. No se cansaba nunca de repetirme que la sombra de la madre, que yo, en los primeros años de la infancia, alcancé a vislumbrar por un instante, era nada, exactamente nada en comparación a la maravillosa mujer que él había tenido la fortuna de conocer antes del

mortal tifo: una creatura altiva, fuerte, incorrupta, que la muerte había arrancado a la abyección del tiempo. Con los años se fue haciendo cada vez más estrecha la intimidad entre el doctor y el chiquillo, el muchacho, el adolescente que me iba haciendo yo al ir creciendo. Cómplice de esta amistad, lo repito, era la memoria que alimentábamos juntos por mi madre; y así, una vez más, mi índole más bien acompasada y taciturna se ratificaba, no sin vago temor, en una muy personal y solitaria vocación a algo subrepticio, como un cavernoso borboteo musical, como una escuálida misa en un lugar desierto de fieles. Janovich que me hablaba de la madre difunta, la nodriza que me hablaba de Dios, el abuelo que me cantaba las óperas, resumían bien, dentro de mí, un sentimiento único, aunque desigual y contrastante, en tres voces distintas; tal vez discordes, pero no diferentes. La impresión a la que me llevaban mis tres apuntadores era siempre aquella: interpretar, incitado por ellos, un drama invisible y hostil a mi padre y a la ciudad entera, quienes continuaban, ‘sin Dios’, por su calle desparramada en vaivenes y alegría.” Y aquí Daniel abre un paréntesis: (“Sin embargo debo subrayar que tanto el padre, como Trieste, no me fastidiaban abiertamente, más bien el paseo dominical en carruaje, la parada en el café ‘Espejos’, la bailarina que coqueteaba con mi padre, todo esto no solamente no me irritaba, sino que extendía un velo sobre mi ánimo inconscientemente hostil, sedándolo. Porque yo participaba con una vivacidad infantil en las bromas y en las extravagancias del padre, y cuando él me sentenciaba una gran carrera de abogado, yo me ponía de pie sobre la silla, verdaderamente conmovido, y dándome un tono adulto, con un entrecejo que ofuscaba a los invitados, recorría, inquieto, mis ojos extasiados en los de ellos. Asumía con mucha seriedad mi papel, y con mucha inmodestia, que terminaba creyéndomelo y divirtiéndome de verdad; en el fondo la comedia me gustaba precisamente porque difería de mi verdadera naturaleza, de actor trágico y solitario.”)

Pero con el doctor Janovich, Daniel no tenía ninguna necesidad de ser falso, de exhibirse. Los discursos del médico, y hasta la dicción retardada con la que pronunciaba su extraño, áulico y duro italiano, forzaban la sinceridad de Daniel. El doctor, entre otras cosas, cultivaba con una pasión continuamente acrecentada por una erudición original y profunda, la historia de la ciudad. Después, cuando Daniel alcanzó una edad más madura, el médico erudito le confesó que todos aquellos estudios no habían servido más que para reconfirmarlo en el convencimiento de que Trieste era una ciudad históricamente excitante e insoportable: por un lado, en efecto, estimulaba al estudioso presentándose siempre tan nueva, tan virgen a la pesquisa, pero por otro lado lo deprimía, induciéndolo con su misma y desconcertante novedad a la confusión de los juicios. Por primera vez Daniel escuchó los nombres de Freud y de Marx, que el doctor Janovich, no se sabe con cuánta claridad, enarbolaba como arcángeles vengadores ante sus ojos.

Freud y Marx, estas dos deidades, sí, solamente ellos, ase-



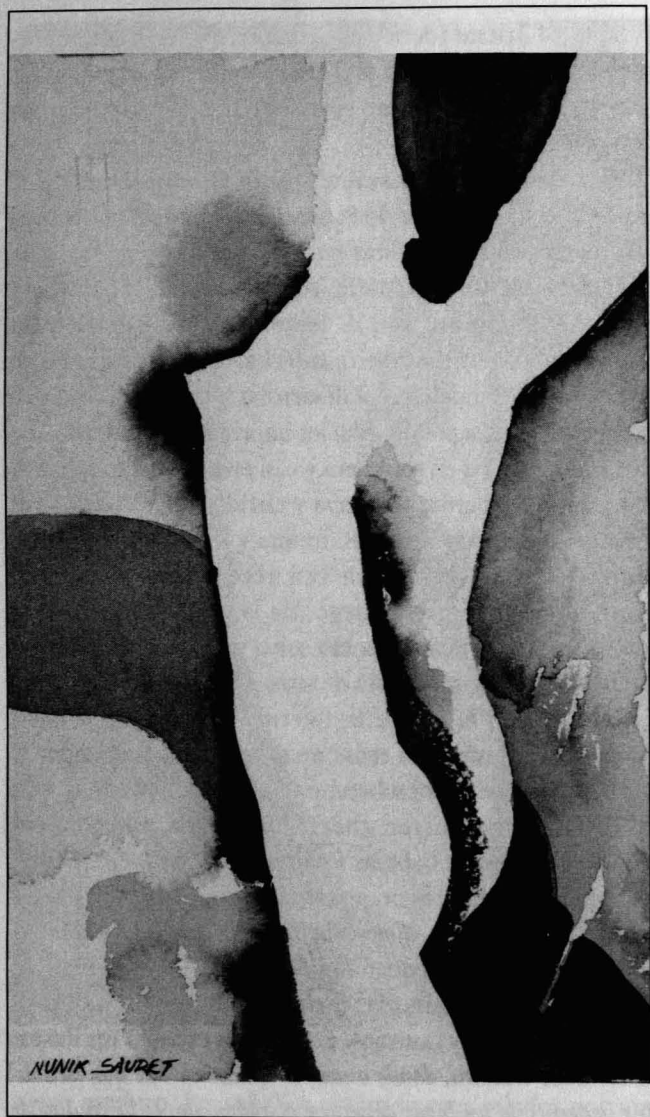
guraba el doctor, podían explicar la misteriosa virginidad de Trieste. Solamente con ellos se lograba penetrar en el subsuelo de una cierta irritada italianidad triestina, para descubrir un impulso de inconsciente rebelión, de los ciudadanos menos italianos, contra su rústico origen eslavo; y esta revuelta era preparada, fomentada y luego convertida en irredentismo por el censo, es decir por los privilegios conquistados por las coronas multiplicadas a escondidas en los depósitos de las bancas judías o vienesas de la ciudad. Hé aquí, pues, que el deseo de Italia se mezclaba a un deseo de ahorro, de riqueza, de potencia, de supremacía que, con la real y verdadera Italia ya casi nada tenía que ver. Por otra parte, los eslavos que permanecieron como tales aún después de la invasión del Carso a Trieste, oponían a la bárbara sed de posesión y de civilización de los hermanos “convertidos” una sed más pura, más bárbara todavía, tan sólo de posesión y de nada de civilización.

Esta representación de un gran emporio a merced del dinero, de las razas, del temor, apasionaba siempre al doctor Janovich, y un relámpago sanguíneo se encendía en esas sus pupilas hundidas como dos minúsculas piedras preciosas bajo el arco de las cejas levantadas y espesas oprimidas por los anteojos.

“Vea”, vociferaba, hablándole ya de usted a Daniel, pese a que con sus dos manos lo había sacado del vientre materno,

“vea: la tal Trieste (decía exactamente así) se siente importante sólo porque un día se despertó entre un saco de harina y otro de café... Pero no corramos, le ruego, escuchemos con orden y cuidado”.

“Poner un punto y una cifra” significaba empezar la historia de la ciudad a partir de la proclamación del puerto franco “que nos fue concedido en 1717 por esa zorra ama de casa imperial que fue María Teresa”. El doctor Janovich, como buen erudito, unía al fervor de la imaginación un amor fanático por el número, la fecha, la referencia, y las cifras, documentándolo en el desarrollo vertiginoso de la ciudad en sólo dos siglos de vida; les imprimía tal arrebato, que su voz aumentaba en ronquera y casi en angustia lo que a la par, contando, perdía en fuerza y claridad: “1717, cinco mil seiscientos habitantes... 1808, treinta y tres mil veinte habitantes... luego un descenso de casi trece mil bajo el dominio francés... Tome nota, le ruego, de la precariedad de esta Trieste en la que hemos nacido usted y yo: un pequeño descenso más, de algunos miles de vivos y la ciudad hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Pero no fue así. La casualidad, la historia, la economía, sobre todo la economía, se aliaron para nuestra sobrevivencia. Los dolores de la evolución social nos fueron ahorrados. Florencia tuvo a sus *Ciampi*, Londres sus Cabezas Redondas, París los *Sanculottes*. En cambio en nuestros orígenes no hay más que un bula de la zorra ama de casa, *l'imprimatur* que promovió la edición experimental de un pequeño puerto ingrato por naturaleza, abandonado por la historia, abatido por el viento, circundado por pedruscos y rastros. Ésta, como escribió un ilustre historiador nuestro, *donde antes no aparecían más que escuálidas imágenes de un lugar desierto y abandonado, es la ciudad de Trieste situada en el extremo del Adriático a 45°, 48' de latitud, y 2°, 20' de longitud occidental del meridiano de Viena*. Casi se diría que la cuidadosa sabiduría del meridiano de Viena, que en siglos anteriores había combinado y atravesado sin graves manifestaciones numerosas fórmulas políticas, del feudalismo al despotismo barroco, de la opresión semiconfesional al absolutismo iluminista, ahora tratara, aquí en Trieste, por mano de la inteligente ama de casa, un doble descongestionamiento: económico hacia el mar, y político hacia la democracia liberal. Hé aquí la tarea: Crear a la vez, en un laboratorio aislado por la cortina sanitaria del Carso, es decir fuera del tradicional tejido histórico de la *hinterland* que el nuevo germen hubiese podido corroer peligrosamente, un gran emporio comercial, una clase social moderna, emprendedora, una inyección revolucionaria en sentido burgués... El hecho es que en 1818 subimos a treinta y nueve mil quinientos diez habitantes. Así pues fundamos en *Lloyd* y, después de unos años, al fin llegamos a la belleza de setenta y cinco mil. ¡Espere un poco y verá, verá qué saltos mortales! En 1857, después que desde veinte años antes la vía ferrea nos había enlazado con el mar del Norte, alcanzamos los ciento veintitrés... ¿me entiende?... digo ciento veintitrés mil almas... para quedarnos hoy, en pleno 1909, en casi el doble, ¡a doscientos veinte mil! Ahora bien, tuvimos



un crecimiento de ciento ochenta y siete mil conciudadanos en un siglo. Se puede decir que en dos siglos nos formamos de la nada, de las piedras y del mar, un pedazo de carne artificial, un tumor que se convirtió en uno de los focos de infección más dementes de la reciente civilización europea."

Cada vez que el doctor Janovich llegaba a la civilización europea, se detenía bruscamente, y exhortaba a que la razón de Daniel resistiese y no se dejara arrollar por el torbellino de aquellas cifras locas, bajo las cuales corría la sangre adventicia, sin prejuicios, a menudo piratesca, de gente que llegó de todos los rincones del mundo a fundar, entre el Carso y Carnaro, una nueva raza de hombres bastardos y emprendedores. Decía a Daniel: "Se acuerda, jovencito, que con la ávida alegría de una cortesana Trieste, desde siempre, había favorecido a su híbrido desarrollo, tanto que fue un verdadero asilo de malhechores..."

Pero Daniel había dejado ya de escucharlo. Siempre, cuando el discurso del pedagogo se deslizaba en estas escabrosas aguas, en el cerebro del joven pupilo se abría un paréntesis y una interrogante, que le absorbían toda su atención. Las ambiguas insinuaciones históricas del doctor Janovich inevitablemente lograban el efecto de hacer confluir, como arroyos a una cascada, ciertas sospechas impre-

vistas de Daniel hacia ese retrato del bisabuelo con arracada de oro que pendía en la penumbra del comedor.

Las palabras del doctor le hacían ver el retrato bajo una luz del todo novedosa y menos que nunca tranquilizadora: ¿el fundador de la firma, el patriarca de los Solospin, el genial e inflexible constructor de los privilegios, de la fortuna, del poder de los Solospin, pudo haber sido entonces un truhán, un torvo aventurero buscado por todas las policías del mundo con excepción de la austriaca? Daniel observaba el árbol genealógico de los Solospin torcerse siniestramente bajo aquella tórrida luz de la verdad que el doctor Janovich dejaba escapar de sus propias palabras como desde una despiadada lente ustoria.

Pero el médico erudito apenas le exponía aquellas interrogantes, antes que aplacarlas, las recubría con un largo silencio, al que le introducía un vago, diplomático golpecito de tos. "Humm... hmm." Luego apagaba todo sonido con un amargo suspiro, y el discurso, a partir de aquí, se escurría hacia atrás.

El pedagogo se oprimía con el dedo índice los anteojos contra el arco prominente de las cejas y, congelando a Daniel con una mirada más fría que una ráfaga de bora invernal, proseguía diciendo que Mercurio siempre había reinado sobre Trieste. El señor Giani, su padre, en esto, solamente en esto, tenía razón. Por eso la historia de Trieste por un lado era vital, pero por otro era frígida, apagada: sin ideales, sin arte, sin espíritu...

Y así el pedagogo lograba evitar el escollo de la historia privada de los Solospin, que a Daniel le interesaba más que la historia de Trieste. Es decir: la historia de su familia le interesaba mucho más que la historia pública de toda la ciudad o, por lo menos, de todas las familias ricas de la ciudad, se la presentaban a sus ojos como insólitamente nueva y sugestiva. No obstante se daba cuenta, muy oscuramente, en su ansia de conocer mejor a los Solospin, que el doctor Janovich no hubiera podido explicarle más sin ofenderlo. Y hé aquí el comentario final de Daniel, comentario de un hombre, se entiende, adulto y ya alejado de aquel impaciente muchachillo de 1909:

"En el fondo, acaso indirectamente, y con una encomiable delicadeza contrastante a la huraña sinceridad de su naturaleza, él me había despejado el camino para hacerme llegar por sí solo a la verdadera, impura y bastarda fuente de mi sangre. ¿Entonces qué era yo, de dónde provenía, dónde se hundían mis raíces? Él, con su italiano tan puntiagudo y libresco, me había respondido poco más o menos así: 'Tú vienes de una ciudad agobiada por un histórico peso de higos secos y de algarrobos.' Pero ahora sé, con certeza, que a través de ese atajo lo que él exactamente pretendía era empujarme cautelosamente al fondo de mí mismo. Desgraciadamente, con otro tanto de exactitud hoy yo sé que resulta muy peligroso encaminar a un muchacho, un adolescente, hacia un precoz contacto con el misterio de sus propios orígenes, especialmente si estos son intrincados y oscuros." ◇

Umberto Saba

Ulises

Traducción de Guillermo Fernández

De joven navegué
las costas dálmatas. Los islotes
surgían al ras de agua —donde un raro
y atento pájaro acechaba a su presa—,
cubiertos de babosas algas, bellos
como esmeraldas al sol. Y cuando
marea y noche los cubrían, velas
a sotavento los rodeaban con prudencia,
huyendo de su insidia. Hoy mi reino
es el reino de nadie. El puerto
enciende para otros el faro; hacia altamar
me impulsa aún el espíritu indomable
y de la vida el doloroso amor. ◇

Eugenio Montale

Recuerdo de Roberto Bazlen

Traducción de Guillermo Fernández

He frecuentado a dos B.B. en mi vida, pero el que más honda huella dejó en mí no fue el Señor del Tatti, Berenson, que me honró con su benevolencia, sino Bobi Bazlen, que fue encontrado muerto el 27 de julio en un hotel de Milán y del que muy pocos amigos se despidieron en el cementerio donde sepultan a quienes mueren sin herederos ni actas del registro civil milanés. Dos días antes de su deceso lo había invitado yo a cenar en mi casa. Ordené que le prepararan un platillo que le gustaba mucho, hecho en base al pan cocido de los campesinos toscanos. No asistió y eso me asombró mucho, conociendo su puntualidad pese a su aparente desorden. Por mi mente pasó un triste presentimiento, que de inmediato rechacé. A la mañana siguiente supe que nunca más volvería a verlo.

¿Quién era B.B.? Intentaré decirlo a quien nada sabe de él, y no es fácil. Él se habría ofendido si alguien lo hubiera considerado un "intelectual", pero con él desapareció realmente el último y más singular representante de la inteligencia triestina de los así llamados años treinta y, en su caso, podría decirse incluso que de los veinte; porque fue a partir del 24 que comenzó a llevar fuera de Trieste el tesoro de su sapiencia y de sus inquietudes.

Su padre era un suevo de confesión evangélica. Murió cuando el hijo apenas tenía tres años, y de él Bobi recordaba solamente sus pinzas para el bigote; la madre, Clotilde, amorosísima mujer judía se pasaba la vida con el temor de que pudiera "sucederle algo" a su único hijo. Aún tengo en la memoria el abrazo y la imploración, "Roberto mío", cuando Bobi se ausentaba de casa durante muchas horas.

Bobi estudió en una escuela alemana de Trieste y hablaba varios idiomas, pero el alemán fue (al menos en sus primeros años) su lengua más congenial. Recibió una formación que hoy llamaríamos habsbúrgica, aunque en su cultura nada había de nostálgico o de retrospectivo. Cuando alguien (no recuerdo quién) le pidió que me buscara, en el invierno 1923-24, fue para mí una ventana abierta a un mundo nuevo. Nos veíamos todos los días en un café que estaba en un sótano, junto al teatro Carlo Felice, en Génova. Me habló de Svevo y encargó para mí tres novelas de ese autor; me dio a conocer muchas páginas de Kafka, de Musil (el teatro) y de Altenberg. Yo conocía ya la poesía de Saba, pero Bobi me reveló la de Giotti, la de Bolaffio y, más tarde, la de Carmelich. ¡Dios mío!, luego agregué a esa lista Benco, Stuparich y, años después, Quarantotti-Gambini. Entre 1925 y 1930, me convertí en un triestino por elección, y no pude entrever entonces que a la postre me casaría con una mujer de origen triestino, que Svevo alcanzó a conocer.

Cuando me fui a vivir a Florencia, en 1927, creo que Bobi seguía viviendo en su ciudad natal. Después volví a verlo en muy contadas ocasiones, sin que por ello decayera nuestra amistad, pues el número de sus fieles aumentaba con el paso del tiempo y ellos me daban noticias de él en "toma directa". De entre esos fieles debo recordar al menos a Sergio Fadin, exquisito poeta muerto precozmente.

Durante los veinte años que viví en Florencia, Bobi pasó algunos años en Milán y luego en Roma, ciudad que abandonó tras la destrucción de su casa en la vía Margutta.

A nadie se le ocurra pensar que era el típico alemán enamorado del sur. Simplemente era un hombre al que le gustaba vivir en los intersticios de la cultura y de la historia, ejerciendo su influencia en cuantos podían comprenderlo, pero él se rehusaba a estar en el candelero. *Bon vivant*, amante del buen vino, curioso de todo, capaz de recorrer a pie veinte kilómetros con tal de descubrir una nueva hostería, fue ante todo un incomparable orientador y suscitador de nuevas inquietudes intelectuales y morales. Anticipándose a las cosas, a menudo abandonaba sus ideas cuando veía que los demás las aceptaban sin chistar. Que yo sepa, jamás tuvo empleos fijos, pero los editores se sirvieron de él mandándolo a “patrullar” en zonas inexploradas. Muchos buenos y raros libros jamás habrían aparecido publicados si B.B. no se los hubiera impuesto a los reacios editores. Fenomenal *voyageur autour de sa chambre*, creo que viajó mucho, incluso en el extranjero, pero no sé cómo, porque siempre le pareció despreciable el dinero. En los últimos meses un benemérito editor milanés le asignó un pequeño estipendio, pero Bobi no retiraba sino una mínima parte, lo que le parecía suficiente para vivir.

¿Acaso ocultaba en sí a un místico, o al menos a un religioso de ninguna religión? Es posible suponerlo, aunque tal hipótesis le hubiera parecido ofensiva. Jamás salieron de sus labios palabras como “espíritu” o “alma”. Sin embargo, podría convalidar tal conjetura el hecho de que, tras una prolongada inmersión juvenil en Freud y Jung, exploró a lo largo y a lo ancho todas las posibles tradiciones órficas y místicas. No creía que la materia y el cuerpo mismo del hombre tuvieran una existencia real. Pensaba que la muerte era una palabra sin ningún sentido. Sea como fuere, nadie ha sabido en qué clase de trascendencia creía. Pienso que no se trataba de la trascendencia de los filósofos, a quienes detestaba: acaso se trataba de una muy personal alquimia elaborada en el secreto de una asidua experiencia del absurdo. Pero también aquí es necesario no pensar en el absurdo de los existencialistas. Si tuvo una fe, debió ser iconoclasta y totalmente innombrable. Los libros que amaba (especialmente los de poesía) no eran los *grandes* libros, sino los que él podía citar e integrar a su pensamiento: libros excepcionales, casi clandestinos. De entre los grandes hacía una excepción: su Strindberg.

Dejó algunos poemas inéditos (escritos en alemán) y muchos dibujos. Nada que hubiera pretendido publicar, y por cierto nada que pudiera considerarse como una obra; nada que, probablemente, pueda dar una idea de su verdadera medida. Maestro de una cultura totalmente subterránea, mete en un berenjenal a los amigos que quieren, como generalmente se dice, “perpetuar su recuerdo”. Supongo que le horrorizaría semejante iniciativa. Tal vez todas sus enseñanzas puedan resumirse en una frase que un día le dijo a Sergio Solmi (uno de sus amigos de siempre): “Para entender algo es necesario volverse loco, pero conservando la cabeza en su lugar.” Y él lo logró a la perfección. Fue muy alto el precio que pagó por su experiencia, y ésta era tal que no podía igualarse al dinero de esta tierra. ◇

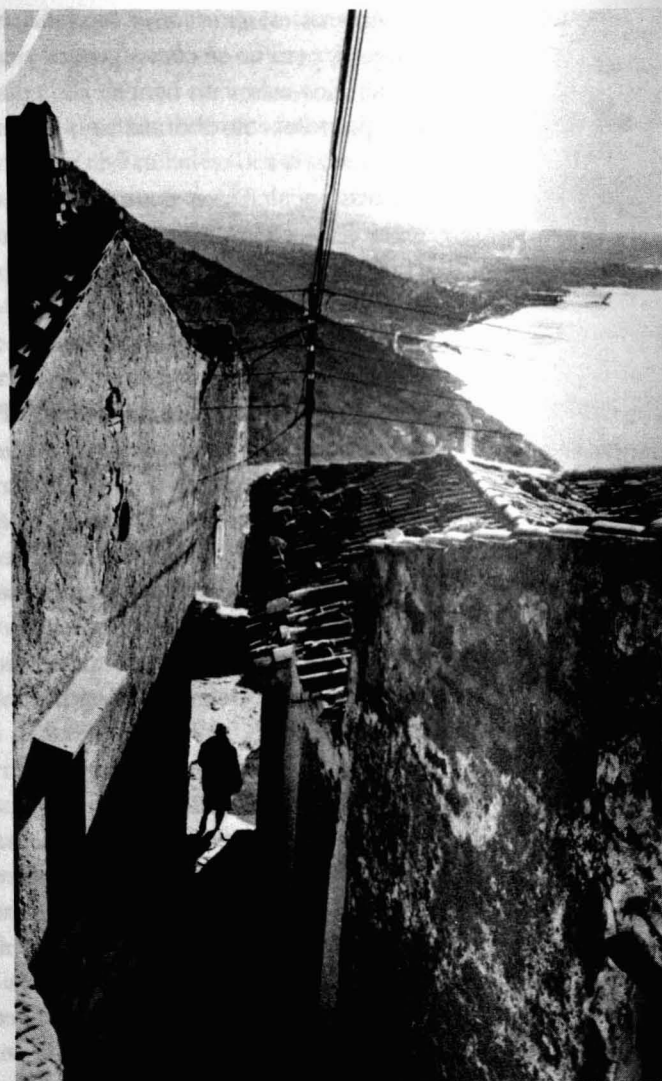


Umberto Saba

El Ghetto de Trieste

Traducción de Nevia Manzi

Hacia 1860 el ghetto de Trieste florecía en su mugrienta originalidad. En igualdad de condiciones a los otros ciudadanos desde medio siglo atrás, exentos de impuestos y liberados de humillantes distinciones especiales, no todos los judíos nacidos o emigrados a la ciudad-puerto franco habían aprendido a vencer la innata desconfianza de mezclar su vida cotidiana con la de los temidos (y por eso odiados) "goim". Esta aversión —que no era religiosa y que donde exista todavía el bautismo no borra, arraigada como está en la estirpe durante miles de años de persecuciones y cuarentenas—, era sentida también en familias lo suficientemente acaudaladas como para vivir en una casa nueva en una calle nueva, en "la ciudadela" donde sus viejos habían practicado y todavía practicaban el comercio de cosas usadas, en tiendas pintorescas y caóticas donde se encontraba la raíz de su fuerza. Las casas nuevas, construidas como excelente empleo de capitales por ricas viudas y enamorados de alto riesgo eran, es cierto, el sueño de muchos; los nuevos ricos deseaban vivir en ese bien amado ghetto lleno para ellos de intimidad y recuerdos. Debido a la tradición y a la inercia de una costumbre mental convertida en idea fija (un peso que era más difícil echar a un lado que soportar) se pensaba que, afuera de ese centro, aún tenían lugar persecuciones terminadas hacía decenas de años y que en realidad nunca habían existido en el único gran puerto mercantil de Austria donde la población tenía un temperamento ya demasiado meridional para que la enfermedad septentrional del antisemitismo pudiera brotar. Así fue que, apenas entreabiertas las puertas del ghetto, los mejores judíos —aquellos libres de prejuicios y de miedo—, con el poder del dinero acumulado o en virtud de la practicidad propia de la raza que quizá tenga más idealismo en el comercio y más comercio en el idealismo, supieron colocarse de un salto en los puestos públicos más acreditados y lucrativos: en la dirección de bancos, de las compañías de seguros y de navegación. Era el tiempo en que la comunidad se acrecentaba cada día con nuevos correligionarios atraídos por el creciente florecimiento del tráfico comercial, que iban transformando en un abrir y cerrar de ojos la vieja y pequeña ciudad en una enorme tienda repleta de gente. Y muchos, que desde el cercano Levante desembarcaban en el Muelle



de San Carlos con la chaqueta andrajosa y el fez rojo en la cabeza, acaso sin otra propiedad que una carta de recomendación dirigida al Rabino o a algún viejo filántropo, eran vistos, después de sólo unos años, comparecer con el traje obligatorio y con el sombrero de copa a las solemnidades religiosas en la época de los rituales lituano, alemán y español, dos de los cuales se ofrecían a los fieles religiosos en el ghetto propiamente dicho y el tercero no muy lejos, en la Calle del Monte. Pero esa parte del pueblo, esos que no tenían suficiente iniciativa para liberarse del pequeño comercio, con-

tinuaban practicándolo en los puestos de la placita llamada "De las Escuelas Israelitas" o en la planta baja de las casas húmedas y de los burdeles de la ciudad vieja. Algunos de estos negocios, tan "grandes" como celdas y productores de grandes capitales, se convirtieron en una leyenda para la nueva generación. Se trataba, más que de cualquier otro negocio, del trueque y la compra-venta de muebles y ropa usada, industria que hoy casi ha desaparecido, cuyos últimos grandes protagonistas son más viejos y raros que los pocos auténticos sobrevivientes de la epopeya garibaldiana. Los clientes eran en gran parte esclavos del continente y marineros de Iliria y de Dalmacia; reclutas que tenían necesidad de un veliz donde depositar su mísero equipaje; marineros que querían cambiar su traje raído y sus zapatos desgastados por un traje un poco menos viejo y unos zapatos un poco menos desgastados. Los robos, los engaños, las usuras (no más frecuentes ni más graves que en otros lados, pero más visibles, más —para usar una terminología tópicamente impropia— "a la luz del día") eran perpetrados por los comerciantes y mucho más por *las* comerciantes con una habilidad rayana en lo sublime, con un pasmoso conocimiento psicológico y fisiológico de las víctimas. Todas las armas eran buenas, ya fuera para atraer a la propia tienda a los clientes, ya para robarle clientes a los otros revendedores. Las calles eran estrechas, los paseos estaban colmados y las tiendas abiertas, una frente a otra, como enemigos en la época en que las batallas se ganaban o se perdían con combates cuerpo a cuerpo. Los peatones-posibles-compradores eran abordados con las más descaradas de las adulaciones, como los noctámbulos por las prostitutas. Si era un jovencito se le seducía con palabras de alabanza a su robustez; palabras que seguramente habían surgido de un *desinteresado* entusiasmo; la vendedora le hacía entender al joven que le pondría con sus propias manos el nuevo e indestructible par de pantalones y que, tratándose de un rubio tan guapo, se los dejaba casi gratis. Pero ese "casi" representaba en ocasiones el jornal de una familia de ocho hijos a la que había que calmarle el hambre; nadie, caído una vez en la trampa, salía una hora o un minuto después sin haber hecho al menos una compra. Si en lugar de un jovencito era un padre de familia, se acariciaba al chiquillo que lo acompañaba pateándolo por atrás, se le proclamaba el niño más bonito de la ciudad; todos anhelaban, en voz alta, uno igual; se cambiaba idioma, dialecto, sonrisa, de acuerdo a la edad, el sexo, la nacionalidad del cliente.

En casos difíciles, cuando el negocio se regateaba durante largo rato amenazando con no llevarse a cabo, se escondía con extrema reserva detrás del mostrador una botella de aguardiente, con uno o dos sucios "caballitos". Entre patrón y patrona, entre madre e hija, se hablaban durante la venta en una jerga compuesta por un triestino dulce pero ingrato intercalado con palabras del bajo-hebreo incomprensible a los no iniciados. Los vendedores más empedernidos esperaban entre la concurrencia; se disputaban los clientes incluso a la fuerza: no era raro el caso que, de dos o más concurren-

tes, ganara el que tenía una musculatura menos débil en los brazos y con ello una mayor capacidad para arrastrar hacia su tienda al "goim" adulado por esa insólita disputa por su persona. La parte derrotada desahogaba entonces su rencor revelando a gritos, desde el umbral de su tienda, todos los secretos comerciales y todas las torpezas domésticas de las partes adversarias. O pasaba de golpe a los lamentos, enumerando sus miserias, el número de bocas a las que tenía que quitarle el hambre, con una locución bárbara rociada de una elocuencia digna de Jeremías. Era, en suma, una lucha por la vida tan furiosa como la que puede admirarse entre los insectos en las hierbas del prado o entre la arena del mar. Pero los dueños de tiendas ya establecidas y con



una clientela estable se tomaban la religiosa satisfacción de cerrarlas el sábado, día del Señor, hasta cuyo atardecer estaba prohibido al judío cualquier trabajo, incluso arrancar una hoja, incluso prender un cerillo. Yo mismo he oído a los viejos platicar con orgullo y emoción que una verdadera multitud se amontonaba el sábado en la noche a la puerta de esas tiendas esperando por horas al dueño o a la dueña para que abriera de nuevo. Porque —añadían— esas tiendas estaban benditas por Dios; eran una verdadera tierra prometida. ◇

Scipio Slataper

Mi Carso

(fragmentos)

Traducción de Nevía Manzi

Quisiera decirles: nací en El Carso, en una casita con el techo de paja ennegrecida por las lluvias y el humo. Había un perro trasquilado y ronco, dos gansos con la panza enlodada, una pala, una azada y un montón de abono casi sin forraje de donde escurrían, después de la lluvia, hilitos color marrón.

Quisiera decirles: nací en Croacia, en el gran bosque de robles. En invierno todo estaba blanco de nieve, la puerta no podía abrirse sino a empujones y en la noche oía aullar a los lobos. Mamá me enrollaba las manos hinchadas y rojas y yo me echaba junto al fuego sollozando de frío.

Quisiera decirles: nací en la llanura morava y corría como una liebre por los largos surcos despertando a las cornejas que graznaban. Me echaba con la panza al suelo, arrancaba una terrosa remolacha y la roía. Después vine aquí, intenté domesticarme, aprendí el italiano, escogí a mis amigos de entre los más jóvenes y cultos; pero pronto tengo que volver a la patria porque aquí me siento muy mal.

Quisiera engañarlos pero no me creerían. Ustedes son astutos y sagaces. Ustedes se darían cuenta en seguida de que soy un pobre italiano que intenta rehuir sus solitarias reflexiones. Es mejor que les confiese que soy su hermano, aunque tal vez los mire ensoñado y distante y me sienta aturcido frente a su cultura y sus razonamientos. Acaso tenga miedo de ustedes. Sus reflexiones me envuelven poco a poco, mientras los escucho desinteresado y feliz no me doy cuenta de que ustedes están deleitándose con su ánimo inteligente y entonces me abochorno y me quedo callado en la esquina de mi mesita y pienso en el consuelo de los grandes árboles abiertos al viento. Pienso con nostalgia en el sol sobre las colinas y en la próspera libertad; en los verdaderos amigos que me aman y me reconocen en un apretón de manos, en una carcajada de risa sosegada y plena. Ellos son sanos y buenos.

Pienso en mis lejanos orígenes desconocidos, en mis abuelos surcando el infinito campo con el arado tirado por cuatro caballones abigarrados, doblados con el mandil de cuero frente a las calderas de vidrio fundido, en mi emprendedor abuelo que baja hacia Trieste en la época del puerto

franco; en la gran casa verdosa donde nací, donde vive nuestra abuela, endurecida por el dolor.

Era hermoso verla sentada en el amplio balcón espacioso sobre las enormes llanuras, las montañas y el mar; ella, enjuta y resistente junto a mi otra abuela, la *veciata* veneciana rubicunda y descuidada que tenía casi ochenta años y a quien todavía podía vérselo el fuerte palpitir azulino subiendo y bajando en esa piel suave como una hoja. Ella me hablaba del Sitio de Venecia, del costal de papas en medio de la bodega, de la bomba que horadó un pedazo de la casa y tenía una pañoletita blanca sobre el poco pelo fino que le quedaba, y era alegre. Cuando venía a comer con nosotros, papá le decía siempre: "Benditos los ojos que te miran." Pero en aquel entonces ella no me interesaba. Yo corría velozmente hacia el campo a jugar con los árboles.

Nuestro jardín estaba lleno de árboles. Había un castaño de Indias rojo con dos ramas en forma de horca donde había que poner el pie para subirse y donde después, al no poderlo sacar, había que abandonar el zapato. Desde su copa más alta veía las tejas rojas de nuestra casa, llenas de sol y de gorriones. Había una especie de abeto viejísimo por el que se trepaba una glicina roja como una boa, rugosa, acanalada, torcida, que servía magníficamente para las subidas precipitadas cuando se jugaba a las escondidillas. Yo me ocultaba de seguido sobre ese viejo ciprés rico de rincones profundos y de matas y en primavera, mientras espía desde allá arriba el paso cauteloso del pajarero, me divertía chupando un manojo de glicina que me restregaba fresco sobre los ojos como un racimo de uvas. La flor de glicina tiene un sabor dulce-amargo, como de hojas de durazno y un poco como de éter.

Había también muchos árboles, fructíferos ciruelos, especialmente higueras. Apenas las flores perdían los pétalos y los pistilos engrosaban, ya estaba yo allá arriba para probarlos aún tiernos. ¡Tiernos son deliciosos! La cáscara del hueso todavía está suave como leche cuajada y adentro hay un poco de agua limpiísima y exquisita para chupar. Luego, después de algunos días, cuando mamá salía de nuevo para ir con la tía, regresaba con una goma gelatinosa, dulce, como para sorber con la punta de la lengua. Pero es sabrosa como la carne, así, áspera. Al principio el diente tiene miedo

de hincarse y la estruja preocupado mientras la lengua la humedece ricamente y saborea la linfa de las pequeñas picaduras. Después puede morderse. Las encías queman, los dientes se aprietan uno contra otro, se vuelven filosos y duros como piedras y toda la boca se transforma en agua deliciosa.

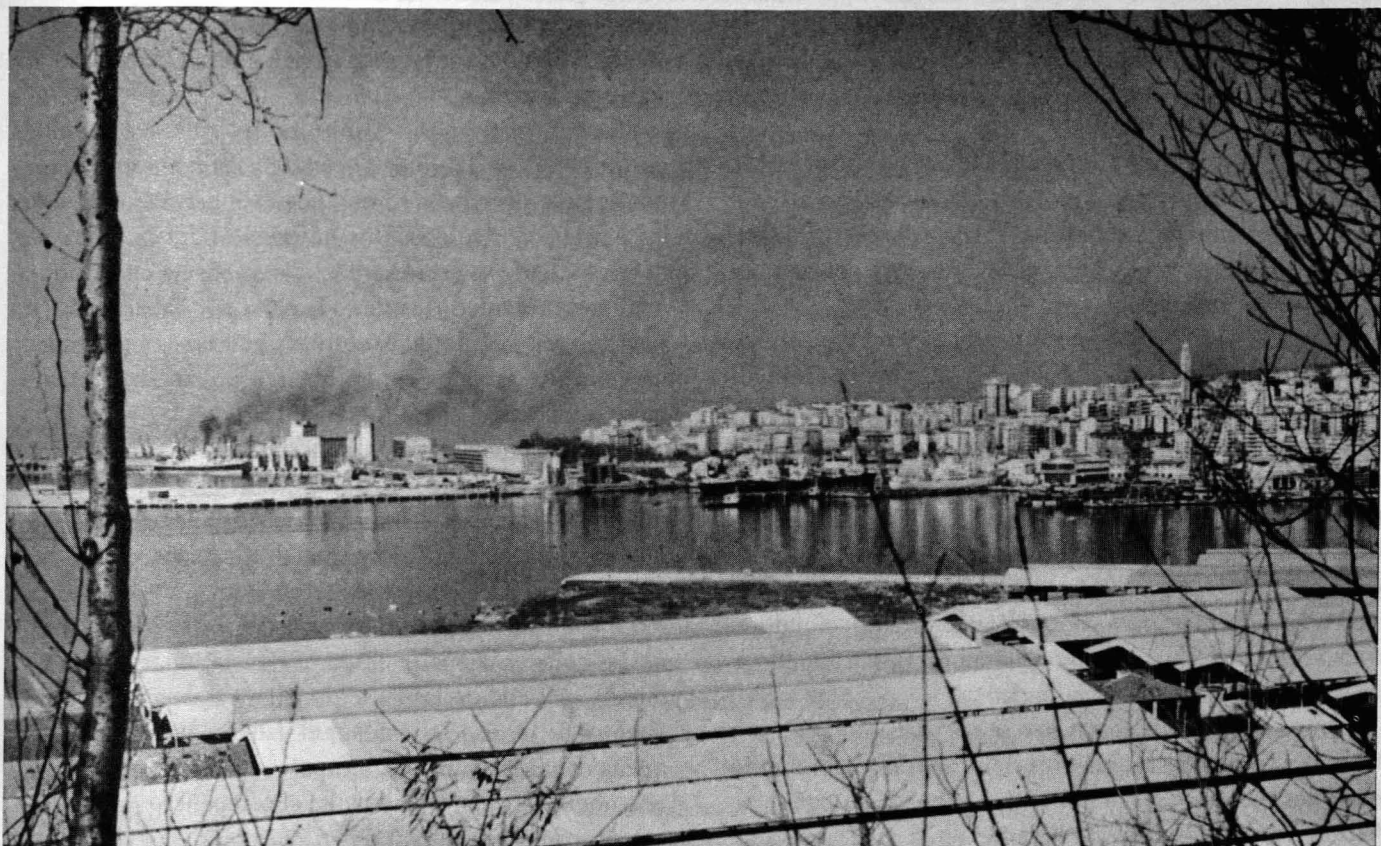
Pero cuando llega el verano hay que ser unos verdaderos lirones para alcanzar las pocas frutas que quedan. Ir donde los pájaros no tienen miedo porque no están acostumbrados a ser alcanzados también allá arriba. En la bifurcación de los dos ramajes más altos me detenía enganchado con un pie y, balanceándome con la pierna derecha extendida, me deslizaba con la izquierda como una oruga sobre las ramas aguantando la respiración hasta que llegaba al punto donde la rama se doblaba y poco a poco se acercaba hasta mi boca. Algunas veces tenía que abandonar el intento porque la abuela gritaba: “¡Hijos! ¡Se matarán en esos árboles!” Entonces me quedaba silencioso, ruborizado y me resbalaba hacia abajo como culebra. Y había también, cerca de la pared de la calle, un tejo apolillado que cortaba fácilmente en largos trozos para verlo más limpio y más rojizo. Tenía, en el tercer piso, dos ramas a manera de cama y ahí dormía algunas tardes; o, si no, contemplaba como en un trono a los muchachos de la calle que se lanzaban para agarrar las bayas rojas que yo aventaba hacia abajo como todo un señor. (Yo no las comía, me daban asco.) Después, animado, comenzaba a lanzar piedras con la honda, y entonces, después de saltar hacia abajo como demonio, corría hacia el portal, arrancaba varitas de hierro que servían como cerrojo y seguía corriendo por las calles precipitadamente casi hasta el centro

de la ciudad, con pantaloncitos y camiseta a rayas blancas y azules, con mis largos rizos rubios, gritando “¡dále, dále!” Y en la noche me dormía acostado en la cama mientras mamá todavía me quitaba los calcetines llenos de mierda y cascajo. Mi buena y querida mamá.

[...]

¡Los muchachos! Hacían la guerra lanzando pedradas terribles en Sanza, una antigua fortaleza triestina derrocada cerca de nuestra campiña. Ahí los oímos gritar, correr, masacrarse. Eran italianos y negros. Ganaron los italianos. Y uno de ellos bajaba con el cuello roto y cantaba cadenciosamente: “Pero mientras, ¡yo gané!, pero mientras, ¡yo gané!” Yo vi toda la guerra Abisinia sobre un enorme mapa que papá había clavado en nuestra recámara; con el *Piccolo** en la mano nos explicaba hacia dónde avanzaban los italianos. Estaban abajo, a caballo, con las plumas en la cabeza y hollín en la cara, “*Meneli ras Aula*”: y con un alfiler yo clavaba sobre el mapa unas diminutas banderas. Estaba muy contento de que los italianos fueran ganando. Creía haber rezado por ellos. En ese tiempo creía en Dios y rezaba cada noche: “Padre nuestro que estás en los cielos”, y después apretaba los párpados, me quedaba quieto pensando nada más en esa persona que Dios deseaba que yo amara. Y esto era rezar y rezaba por mi bella Italia que tenía un gran acorazado, el más fuerte del mundo que se llamaba “Duilio”. Nuestra patria estaba allá, más allá del mar; en cambio, aquí mamá ce-

* Se refiere al periódico el *Piccolo* de Trieste.





rraba las persianas por la vigilia de la fiesta del emperador, porque nosotros no iluminábamos la casa y temíamos alguna pedrada. Pero Italia ganará y vendrá a liberarnos, Italia es fuertísima. Ustedes no saben lo que eran para mi las palabras "tirador certero".

[...]

¡Carso que eres duro y bueno! No guardas reposo y estás desnudo en el hielo y en agosto, mi Carso quebrado es llevado hacia una línea de montañas para correr hacia una meta; pero las montañas se quiebran, el valle se cierra, el riachuelo desaparece en la tierra.

Toda el agua se abisma en tus hendiduras; el líquen seco se vuelve gris sobre la roca blanca, los ojos me tiemblan en el infierno de agosto. No hay tregua.

Mi Carso es duro y bueno. Pero cada otoño otra hoja café se abre en sus raíces y su poca tierra rojiza sabe todavía a piedra y a hierro. Es nuevo y eterno. Y de nuevo surge en él una inofensiva loma, y reposa como niño entre rojos duraznos y efímeros elotes.

Tendido en tu regazo siento alejarse en lo profundo el agua recogida de tus abismos, agua única, fresca, que llevaba tu salud joven al mar y a la ciudad.

Amo el agua de tus grutas que se resbalaba benéfica por las calles. Amo a estas mujeres del Carso que apretando entre los dientes, contra la bora, el cabo de su pañoleta, bajan en grupos a la ciudad llevando en la cabeza un gran

jarrón niquelado lleno de leche caliente. Y amo la línea blanca del amanecer, el doloroso quemar de la aurora entre la neblina de la ciudad. Aquí todo es orden y trabajo. A las seis de la mañana el piloto de turno, congelado, con los ojos quemados por la desvelada, saluda en el puerto franco al conserje que abre el almacén de instrumentos. Enormes bueyes jalan con lentitud los vagones vacíos cerca de los paquebotes recién llegados la noche anterior; y cuando los vagones están en su lugar, a las seis y diez, los estibadores se dispersan por los cobertizos. Llevan en los bolsillos una pipa y un trozo de pan. El jefe de una cuadrilla sube sobre una tarima de carga; a su alrededor se juntan más de doscientos hombres con sus libretas de trabajo levantadas y gritan para ser contratados. El jefe de cuadrilla arrebató, escogiendo rápidamente, cuantos libritos le sirven; después se marcha, seguido por los contratados. Los demás se quedan en silencio y se dispersan de nuevo. Pocos minutos antes de las seis y media, el mecánico con la camisa azul sube por la escalera de las grúas y abre la presión del agua; hasta el fin, por último, llegan los carros, las enormes escaleras impresionantes y ruidosas. Un sol anaranjado rebosa sobre las siluetas grises de los almacenes. El sol es diáfano en el mar y en la ciudad. Sobre el malecón, Trieste se despierta llena de movimientos y colores.

Y llevan anclas nuestros robustos paquebotes hacia Salónica y Bombay. Y mañana las locomotoras aturdirán el puente de hierro y se irán viajando junto al Elba a través de Alemania.

Y también nosotros obedeceremos a nuestra ley. Viajaremos inseguros y nostálgicos, empujados por memorias anhelantes que no hallaremos en ningún lugar. ¿De dónde hemos venido? Lejos está la patria y el nido deshecho. Pero conmovidos de amor regresaremos a nuestra patria Trieste y aquí empezaremos.

Nosotros queremos a Trieste por el alma atormentada que nos ha dado. La ciudad nos arrebató de nuestros pequeños dolores y nos hace suyos y nos hace hermanos de todas las patrias combatidas. Nos ha criado para la lucha y el deber. Si desde su esfuerzo por vivir se afirma en el mundo una nueva voluntad, Trieste es bendita por habernos hecho vivir sin paz y sin gloria. Nosotros te queremos y te bendecimos porque estamos contentos de que, acaso, podamos morir en tu fuego.

Nosotros iremos por el mundo sufriendo contigo. Porque nosotros amaremos la nueva vida que nos espera. Es fuerte y dolorosa. Tenemos que sufrir y guardar silencio. Tenemos que estar solos en cualquier ciudad extranjera, donde envidiamos al carretero que maldice en la lengua conocida por todos y donde andamos desconsolados entre rostros desconocidos que no sueñan nuestra existencia; allí levantamos la mirada más allá de las impenetrables casas, temblando de llanto y de gloria. Tenemos que padecer bajo nuestra pequeña condición humana, incapaces de calmar el sollozo de una niña y de guiar nuevamente al compañero que se acerca y pregunta ¿por qué? ◇

José María Velasco en la Exposición Universal de París

A mediados del siglo XIX, la fabril y congestionada ciudad de Londres fue destinada a realizar la primera Exposición Internacional; un gran evento donde Inglaterra intentó destacar en su desarrollo industrial y artístico, declarando a la opinión pública que dicho desarrollo era resultado de su política de libre mercado y que se basaba en su sistema democrático y en la coexistencia pacífica con otros países industrializados de Europa.

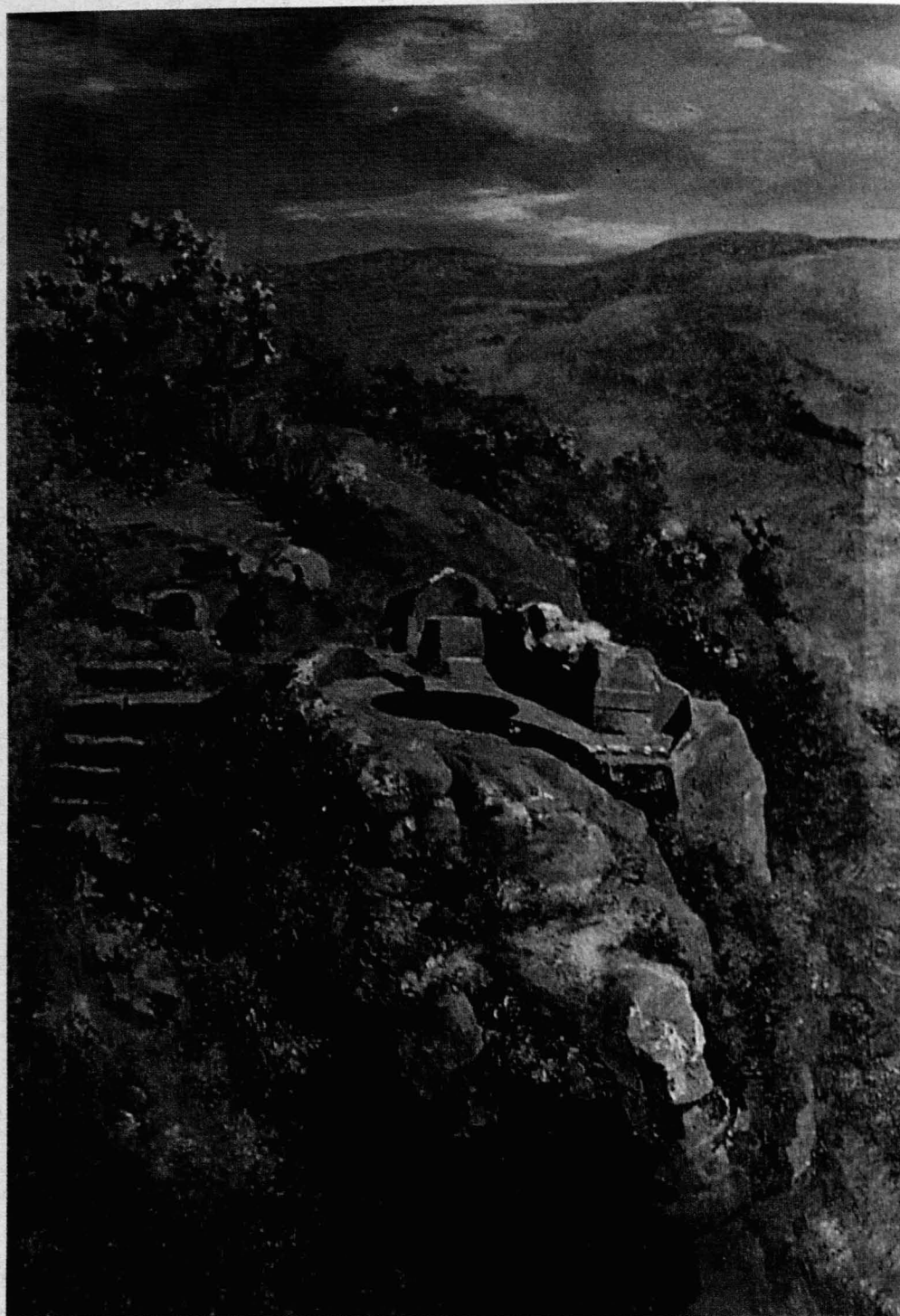
El magno edificio principal de la Exposición de Londres, el Palacio de Cristal, obra de Joseph Paxton, dio cabida a avances industriales revolucionarios, testimonios de una tradicional sociedad inglesa que comenzaba a automatizarse, especialmente a partir de una tradición tecnológica interesada en las exposiciones industriales. Cabe recordar que, en 1761, la Sociedad de Artes de Londres había adquirido las máquinas premiadas en concursos locales que se organizaban anualmente en toda Inglaterra a fin de ser un preciado incentivo para los inventores. Con el tiempo, la acumulación de estas máquinas en los almacenes de la sociedad y el éxito de las exposiciones fue motivo para organizar exhibiciones más completas, para las cuales se buscó un edificio permanente y mejor acondicionado. De esta manera, el público visitante podría encontrar reunidas en una misma sala aquellas máquinas testigos del decisivo desarrollo industrial de Inglaterra.

La concurrida asistencia y la importancia del evento como impulsor de la industria inglesa no tardaron en trascender. En París, se organizaron bazares localizados en el Hotel d'Orsay que, al tener un gran éxito popular, se continuaron realizando no sólo en Francia e Inglaterra sino también en otros países de Europa interesados en convertir el acontecimiento en propaganda nacionalista ante la competencia industrial.

En 1889 Francia quería demostrar al mundo su industrialización y recuperación económica, y organizó en París una Exposición Universal, para la cual se edificaría un conjunto arquitectónico espectacular que ofreciera a los países participantes amplias galerías de exhibición. El gobierno francés pensó en un magno evento, y distribuyó por todo París, en los bulevares y escaparates de los grandes almacenes comerciales, así como en las fachadas de los edificios públicos y administrativos, carteles alusivos a la Exposición, en los cuales se encontraba ilustrada una vista del monumental conjunto arquitectónico, destacándose el edificio de la Industria, la Minería y la Administración. La Torre Eiffel, también construida para la muestra, se convirtió no sólo en símbolo de la Exposición, sino también de toda la ciudad. Sus 300 metros de altura llenaron de admiración a los visitantes, que pudieron contemplar desde su mirador los confines de la Ciudad Luz.

Entre los países participantes se encontraba México, que se presentó en diversos campos, como el de bellas artes, educación, agricultura, industria y alimentos. Cada uno de ellos estuvo a cargo de destacadas personalidades de la cultura y política nacionales. El Ministerio de Fomento nombró al afamado pintor José María Velasco, jefe del Grupo de Bellas Artes, y lo distinguió, además, con el encargo de representar a México ante el Congreso Internacional para la Conservación de Monumentos que se llevaría a cabo en París en forma simultánea a la Exposición.

A principios de mayo de 1889, Velasco arribó a París acompañado del mayor de sus hijos, Francisco, quien tenía 20 años. A los pocos días de su llegada, el artista inició la dirección de



José María Velasco, *Baño de Nezahualcóyotl*, 1878, óleo/tela, Col. MUNAL

los trabajos en las salas de exposición de arte mexicano que, para efectos del evento, se dividieron en cuatro clases: cuadros y acuarelas, pinturas diversas y dibujos, escultura y grabado de medallas, arquitectura, y grabado y litografía.

La colocación de la exposición de bellas artes se llevó a cabo en el pabellón mexicano diseñado por el arquitecto Antonio M. Anza y el arqueólogo Antonio Peñafiel; fue inaugurado el 22 de junio a las nueve de la noche durante una ceremonia oficial solemne acompañada de discursos, de La Marsellesa y el Himno Nacional mexicano. Originariamente las bellas artes mexicanas iban a exhibirse en el Palacio de Bellas Artes de la Exposición junto con todos los demás países participantes; sin embargo, tal fue la cantidad de obra reunida en general, que el espacio destinado resultó insuficiente, y todos los países americanos, excepto los Estados Unidos, que ocupó tres galerías en la sección extranjera de este edificio, tuvieron que presentarlas en sus pabellones nacionales. Esta situación complicó la labor de pre-



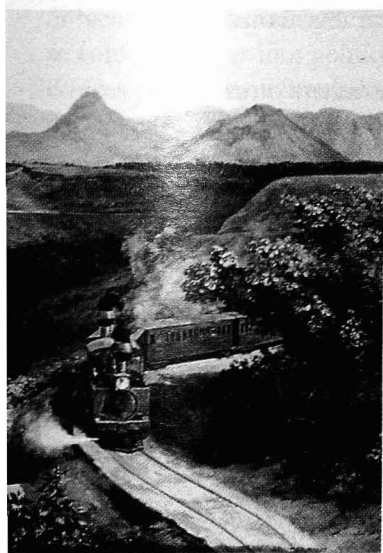
José María Velasco, *Pirámide del sol*, 1878
óleo/tela, Col. Particular



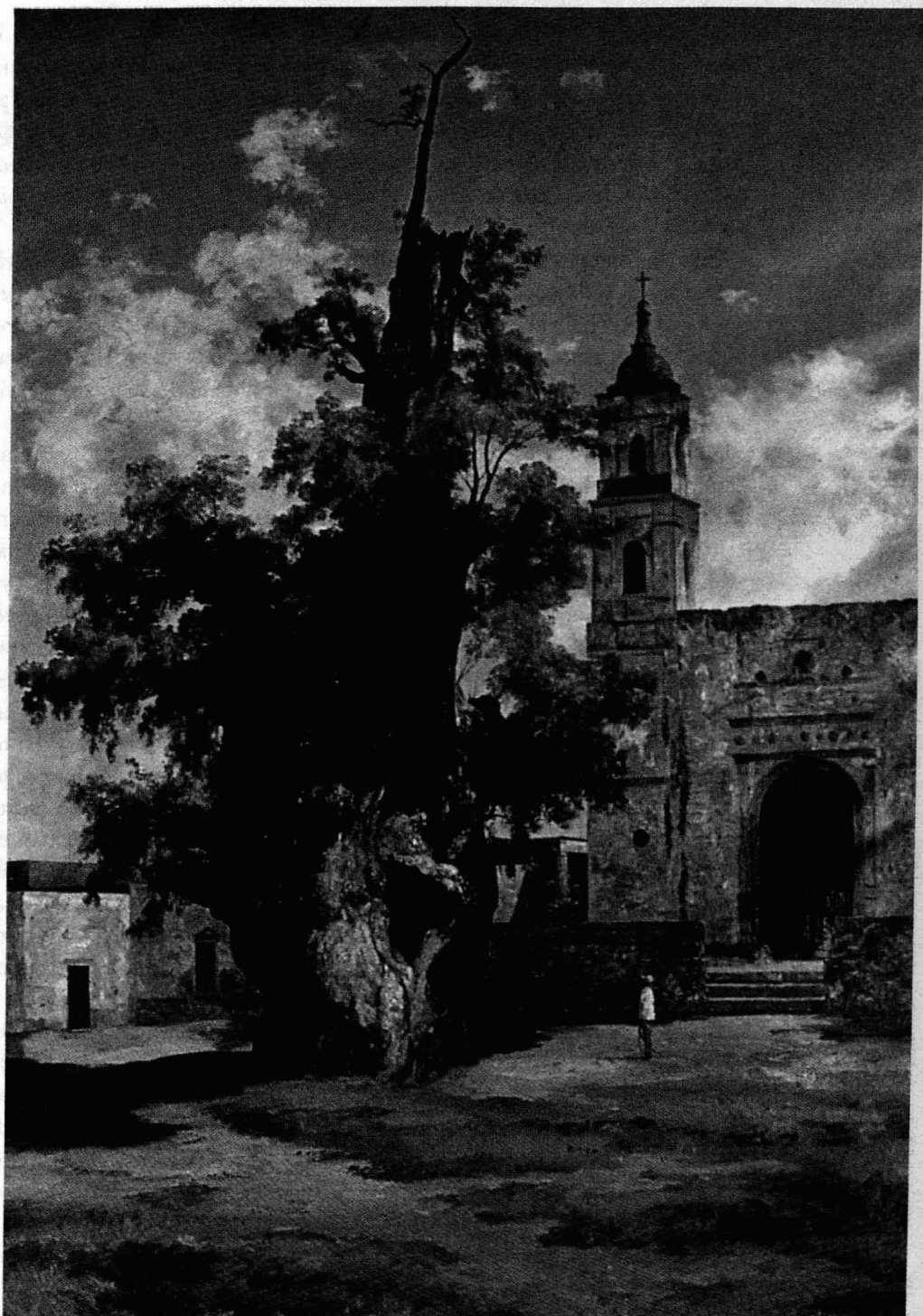
José María Velasco
Hacienda de Ahmalpa, 1893
óleo/tela, Col. Particular



José María Velasco, *Cañada de Metlac*, 1897, óleo/tela, Col. Particular



, Col. INBA



José María Velasco, *Árbol de la noche triste*, óleo/tela, Col. INBA

miación del jurado, ya que las obras de arte no pudieron concentrarse como se había pensado. Velasco consideró esta situación poco favorable para el arte latinoamericano, aunque reconoció que las obras expuestas por México fueron examinadas atentamente y premiadas por su justo valor.

José María Velasco distribuyó las obras en algunas galerías del pabellón mexicano de 140 metros de largo, 70 de ancho y 14 de alto, para lo cual utilizó parte del salón central y dos laterales menores, sin dejar de engalanar la escalera de doble rampa al centro del gran salón, que permitía el acceso al piso superior.

Los artistas mexicanos presentaron 102 cuadros al óleo, de los cuales 68 eran de Velasco y los 34 restantes de veintidós artistas más. En la clase de pinturas diversas y dibujos se expusieron 23 obras, siendo 19 de Velasco y cuatro de otros tantos destacados artistas. Entre las pinturas de Velasco, se encontraban lienzos de notable ejecución como *Barranca de Metlac*,

Vista de Oaxaca, Guelatao, Chapultepec, Arroyo de Tlaxcala, Cardón, Río de San Angel, Pirámide del Sol en Teotihuacan, Río de Tacubaya, Peñón de los Baños, Templo de San Bernardo, Baño de Nezhualcōyotl, Popocatepetl e Iztaccihuatl desde el lago de Chalco, Ahuehuate de la Noche Triste y varias versiones del Valle de México desde la Sierra de Guadalupe. Entre las acuarelas realizadas por José María Velasco estaban una *Olla tolteca*, *Peñascos del Cerro de Atzacoalco* y *Peñascos del Cerro del Tepeyac*, además de varios dibujos como los de *Rocas del Tepeyac*, *Hojas de calabaza* y el *del Castillo de Chapultepec*.

Una aceptación especial despertaron sus telas, que recibieron de la crítica francesa comentarios favorables, como los del francés León Satín, quien aseguró en *La Phaire de la Loire*, que la singular belleza y esplendor de la pintura de Velasco hablaba de un verdadero pintor hijo robusto y sano de su suelo natal. Para Satín los maestros de la pintura clásica de todos los tiempos nada tendrían que decir del correcto dibujo de Velasco, ni los impresionistas de la vitalidad de sus composiciones y colores.

Su pintura *Valle de México desde el Cerro de Santa Isabel*, de 1877, fue la más comentada por el jurado, y recibió innumerables elogios de artistas notables como Meissonier, Bouguerau, Léon Cahn y Chabrien. La singular visión científica y pictórica plasmada en este paisaje destacó a Velasco entre los máximos exponentes de la pintura internacional exhibida en el evento. Este paisaje, pleno del rigor descriptivo de una lámina botánica y geológica y, a la vez, con un luminoso y notable acento en la profundidad y el colorido, superó la parcialidad de los miembros del jurado de la exposición, integrado en su mayoría por franceses, y lo llevó a ser premiado con un diploma y medalla al mérito artístico; premiación que sería confirmada poco tiempo después al ser honrado con la condecoración de Caballero de la Legión de Honor. Otros artistas mexicanos obtuvieron premios, nueve en total: medallas de segunda y tercera clase, así como menciones honoríficas; premios que, según José María Velasco, hubiesen sido más numerosos si hubieran concurrido a París los mejores artistas mexicanos. La ceremonia de premiación de las Bellas Artes de toda la exposición fue realizada en la Galería Principal del Palacio de la Industria, ante 30 mil personas, visitantes distinguidos y el presidente de la República Francesa, Marie-François Sadi Carnot: concurrencia que presenció, como parte del evento, un desfile conformado por todas las comisiones de los países participantes. Una gran orquesta y cantantes amenizaron la ceremonia mientras se leían los nombres de los premiados.

Durante su estancia en la Exposición Velasco visitó con interés el Pabellón Industrial, deseoso de conocer los avances de la producción textil, de la porcelana, cristalería y ebanistería, entre muchas otras. Tal fue el adelanto que encontró que consideró necesario comentar, en su informe al Ministerio de Fomento de México, el atraso de la industria nacional en estos campos, acentuando la escasa y poco desarrollada tecnología y lo bien que haría la sociedad si desarrollara fábricas y talleres que dieran trabajo y preparación a obreros capacitados. También mencionó la fundación de la Escuela de Artes y Oficios en la ciudad de México, que en pocos años había dado buenos resultados por su enseñanza teórico-práctica.

La oportunidad de estar en Europa fue para José María Velasco motivo de visita a otros países, interesado en conocer las espléndidas colecciones artísticas de los principales museos. En compañía de su hijo Francisco, recorrió ciudades como Milán, Venecia, Roma y Nápoles, haciendo una escala en Pompeya y Florencia; en ésta última se quedó seis días para conocer la gran cantidad de obras de arte que albergaba.

Después de este viaje enriquecedor, y ya de regreso en París, donde había concluido la exposición, el pintor recibió un comunicado del Ministerio de Fomento que le especificaba el día de su retorno a México. El 13 de diciembre por la mañana, Velasco y su hijo Francisco salieron de París hacia El Havre y posteriormente, en el barco de vapor español Reina María Regente, cruzaron el Atlántico y desembarcaron en Veracruz tres semanas después. ◇

La partitocracia y la reforma política en Italia

I. El asunto

La formación del sistema político italiano, así como su trayectoria y perspectivas de reforma, han estado bajo el influjo de varios factores: el papel político que históricamente ha desplegado la Iglesia Católica; la influencia, real o aparente, de PCUS en el Partido Comunista Italiano; y el capítulo fascista, con sus secuelas.

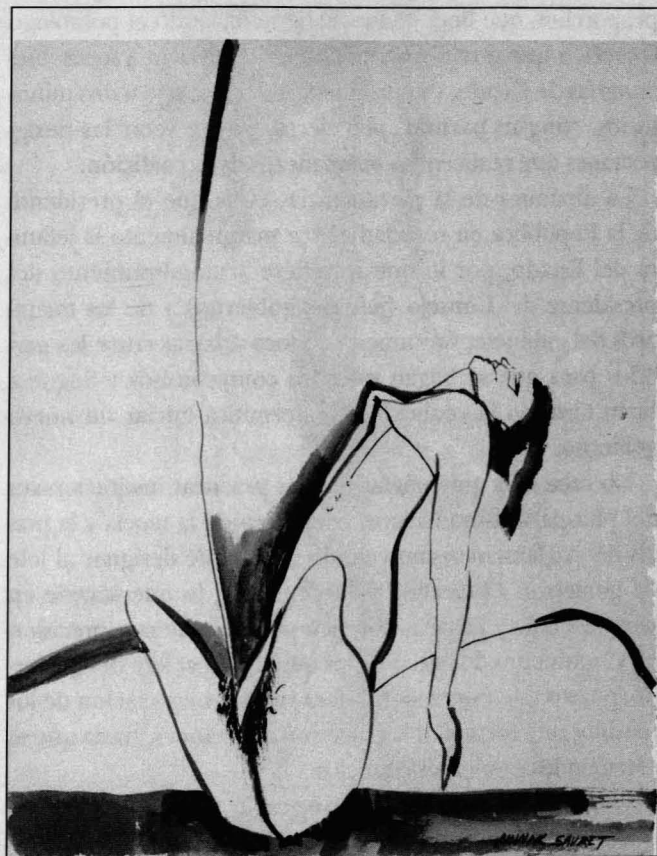
También han dejado sentir su influencia la eclosión tardía e imperfecta del Estado-nación; las condiciones políticas que conlleva la Comunidad Europea; la derrota en la Segunda Guerra Mundial y el tránsito del subdesarrollo al desarrollo avanzado, así sea regionalmente desigual.

En la década de los noventa aparecen nuevos factores que presionan hacia la aceleración de los cambios del sistema político, como son el finiquito de la Guerra Fría y la crisis de la URSS, la desaparición de los regímenes autoritarios de Europa del Este, la reiterada demanda la *reforma institucional*, la fatiga relativa del Partido Demócrata Cristiano, la transformación del PCI en Partido Demócrata de la Izquierda, la Europa 93, y el desprestigio de la *partitocracia*.

II. La partitocracia (el sistema real)

Si bien en la democracia de nuestros días el papel principal se confía a los partidos políticos, Italia es objeto de acerbar críticas porque ha extremado su poder hasta construir, en casi medio siglo, una *partitocracia*; un régimen en el que el poder recae en los partidos —en sus dirigentes— y no propiamente en las instituciones políticas que señala la Constitución. Los impugnadores censuran que aunque los partidos son la más avanzada expresión del pluralismo político, y les toca encauzar la voluntad electoral y pugnar por la demanda ciudadana, han acabado por falsificar el resultado final del sufragio (la definición de quienes deben gobernar), y mediatizar los cambios, dicen los politólogos.¹

Conviene recalcar en estos hechos. No ha existido alternancia en el poder porque el PDC, partido de la mayoría relativa, ha formado coaliciones que aseguran que los go-



biernos cuenten con el respaldo parlamentario para que nos se emitan votos de censura —que llevarían a su caída— ni se disuelva anticipadamente el Parlamento, y se puedan llevar adelante programas mínimos.

Para lograrlo se han requerido prácticas que le dan al sistema italiano una fisonomía francamente peculiar: el pluralismo hacia adentro del gobierno a través de la observancia de reglas muy estrictas de distribución de cargos y equivalencias, tanto en el gabinete como en las esferas paraestatales, y en el *Sottogoverno*, calibrándose los impactos en las respectivas clientelas y el ingrediente regional.

Para ejemplificar seguiremos a Bernard Gaudillière, del Instituto de Estudios Políticos de París:² los cargos se asig-

¹ Cfr., La Palombara, Joseph, *Démocratie à l'Italienne*, París, Plon, 1990.

² Cfr., Gaudillière, Bernard, *Les Institutions de L'Italie*. Documentos d'Etudes, París, La Documentation Française, 1987.

nan entre los partidos coaligados —aunque los demócrata cristianos se reservan la mayoría—, pero no pueden ser ministros aquellos que no sean parlamentarios y previamente no hayan sido subsecretarios de Estado. Estos últimos no pueden conservar tal condición por más de 5 años. No pueden ser designados ministros quienes por primera vez formen parte del Parlamento.

Los partidos, sobre todo “el archipiélago demócrata cristiano”, deben reflejar en los cargos de gobierno que se les asignan la densidad de sus corrientes internas (el pluralismo intrapartidario), y la diversidad regional. Tampoco deben impulsar a técnicos; han de hacerlo por políticos (por los barones o por sus allegados).

Es claro que el pivote de la distribución de cargos es la proporción, que lleva inclusive, sigue diciendo el politólogo francés, a que una cartera ministerial equivalga a tres subsecretarías de Estado, y la presidencia del Consejo a dos ministerios. Ningún partido, por cierto, puede vetar las designaciones que realicen los compañeros de la coalición.

La dinámica de la partitocracia revela que el presidente de la República en realidad ejerce marginalmente la jefatura del Estado, por lo que se refiere al nombramiento del presidente del Consejo (jefe del gobierno) y de los miembros del gabinete; únicamente le toca arbitrar entre los partidos para que se hagan valer los compromisos y llegue a buen término la coalición que permitirá iniciar un nuevo gobierno.

No cabe más que señalar que las prácticas institucionales del pluripartidismo italiano se apartan de la teoría y la praxis del parlamentarismo cuando se trata de designar al jefe de gobierno. El elector, a diferencia de lo que sucede en Gran Bretaña y España, por ejemplo, no sabe con precisión en el momento de los comicios quién será el jefe del gobierno, puesto que éste se definirá *ex post* por negociación de los partidos que formarán las sucesivas coaliciones, hasta que se efectúen los siguientes comicios.

Ello contrasta también, por ejemplo, con las coaliciones que se han establecido en la República Federal de Alemania: es claro desde los comicios quién se hará cargo de la jefatura del gobierno.

Como las negociaciones que culminan en una coalición —en nueve lustros se ha logrado una casi cada 12 meses—, o que evitan que se dé por terminada, no se realizan en el escenario parlamentario, puesto que los dirigentes de los partidos, incluidos sus barones, las hacen en arenas paralelas, los estudiosos de la ciencia política se duelen de que la partitocracia italiana conspire contra la centralidad del Parlamento, eje del sistema demoeuropeo.³

Al predominio de los partidos y al consecuente decaimiento parlamentario no es ajeno que en ambas cámaras, hasta recientísima reforma, se utilizara abusivamente el voto

secreto, con lo que sus integrantes no asumían directa y personalmente ante los colegisladores y la opinión ciudadana las consecuencias de las votaciones. Esa utilización abusiva del voto secreto que, por cierto, no se encuentra en ningún otro sistema, desestabiliza a los gobiernos, y embaraza la implantación legislativa de sus programas.

El predominio de los partidos, en perjuicio del Parlamento, explica que los gobiernos caigan por la substitución de una coalición por otra, y no por la emisión de votos de censura, recurso usual del parlamentarismo universal.⁴

El expediente de procedimientos simplificados, incluida la legislación emanada inmediatamente de los comités parlamentarios y no de los plenos, así como los decretos-ley del



Ejecutivo, y el bicameralismo perfecto que define la Constitución, son fruto de la partitocracia y síntomas de la debilidad del Parlamento italiano.

Las dificultades a las que se enfrenta el parlamentarismo se han agudizado por reformas recientes a los procedimientos que acortan los debates.

Las disfunciones de la partitocracia —la exacerbación del poder de los partidos— y sin que ello implique ignorar su contribución a la gobernabilidad de un sistema en el que históricamente ningún partido logra la mayoría absoluta, se sintetizan así: a) la concertación entre los partidos suplanta a las instituciones constitucionales; b) su voluntad toma el

³ Cfr., Cotta, M., “The Centrality of Parliament in a Protracted Democratic Consolidation: the Italian Case”, en Liebert, Ulrike *et al.*, *Parliament and Democratic Consolidation in Southern Europe*, Londres, Pinter Publishers, 1990, pp. 55-91.

⁴ Cfr., Di Ciolo, Vittorio, *Il Diritto Parlamentare Nella Teoria e Nella Pratica*, Milán, Guiffre Editore, 1987.

lugar del parecer ciudadano a la hora de elegir a los gobernantes; c) el reparto de los encargos de gobierno entre los partidos coaligados quebranta las reglas corrientes de la administración pública, y d) los arreglos a los que arriban los coaligados han impedido la alternancia.

La partidocracia ha diluido el poder constitucional, de modo que el entendimiento entre los partidos explica que el presidente de la República, el jefe del gobierno, el Gabinete (el Consejo), los ministros y el Parlamento no ejerzan sus facultades constitucionales plenamente: las decisiones emanan de los partidos, quienes instruyen en sus términos a los militantes que encabezan los órganos del Estado. El mismo Tribunal Constitucional no está en condición de dirimir jurisdiccionalmente los conflictos entre esos órganos pues las controversias se componen en las pistas partidistas.

La hegemonía de los partidos no es ajena a la prolongadísima estabilidad del elenco de partidos. En contraste con otros casos europeos, no se aprecia el fenómeno de la volatilidad radical del voto.

Esa hegemonía, y el desechamiento de la vía electoral para resolver los problemas que provoca la ausencia histórica de la mayoría absoluta, se expresa dramáticamente en la elección del presidente de la República; el jefe del Estado es elegido por un Colegio Electoral, formado por los diputados, senadores y tres representantes de cada consejo regional. Como en las tres primeras vueltas se requiere de los dos tercios, y en las subsecuentes sólo mayoría absoluta, todo ello con voto secreto, es indispensable arribar a un arreglo entre los partidos después de numerosas votaciones (en una ocasión pasaron de 26 las rondas).

La proclividad a las coaliciones, que encuentra su origen en el *transformismo* de la etapa albertina, no lograría su eficacia si no se contara con el expediente del *Sottogoverno*, magníficamente caracterizado por Maurice Duverger: "La expresión '*Sottogoverno*' ha sido adoptada de golpe. Ello comprende a la vez el financiamiento oculto de los partidos y la distribución negociada entre ellos de los puestos de organismos públicos, semipúblicos, parapúblicos y otros." Bajo estos gobiernos, hay un gobierno oculto, el "*Criptogoverno*".⁵

III. Hacia la reforma institucional⁶

Las disfunciones del sistema político italiano —con la partidocracia como gran cuestión— han provocado, desde hace más de un decenio, el reclamo de una nueva *reforma institucional* que permita que Italia esté a la altura del proyecto europeo de fin de siglo.

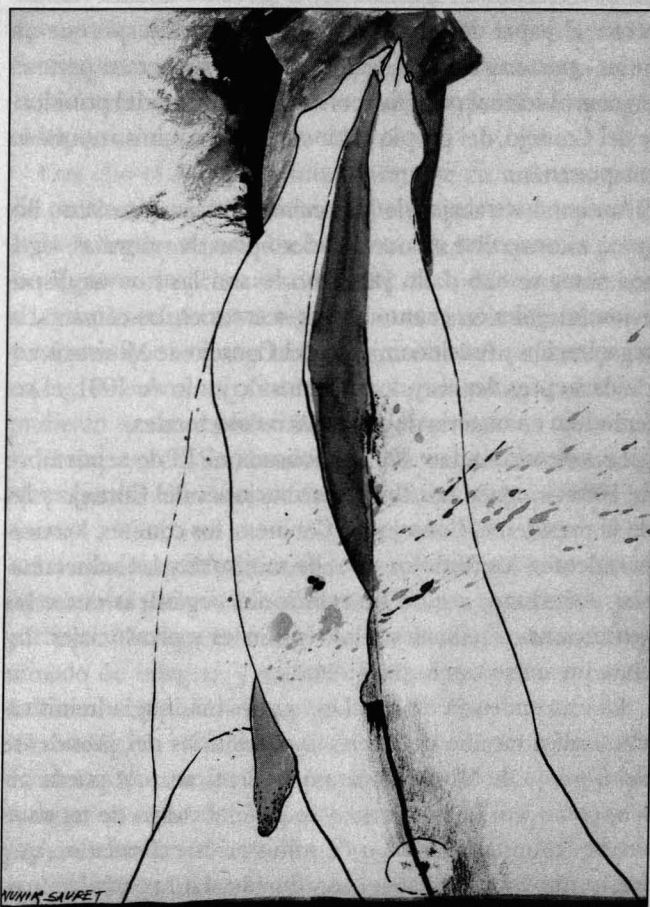
Al efecto se aprecian dos corrientes, aunque una es más densa y poderosa que la otra: los más pugnan por el perfeccionamiento del actual sistema parlamentario, y los menos se dividen entre la vertiente que demanda un régimen presi-

dencial liso y llano, y la que se va por un régimen golista (semipresidencialismo/cuasiparlamentarismo).

La *reforma institucional* ha ocupado vivamente a la opinión pública y a la academia, y ha sido motivo de confrontación en el seno de los partidos, y dentro y fuera del Parlamento y con el presidente de la República. Después de reclamaciones y maniobras dilatorias, se formó la Comisión Bozzi con 20 diputados y otros tantos senadores, que se abocó a un crudo diagnóstico y apuntó en 1985 hacia varios cambios institucionales.⁷

El entusiasmo hizo que más de uno postulara el arribo de una II República, por usar la terminología francesa.

Se señaló que ante las disfunciones del sistema hay un



consenso básico, que se puede sintetizar así: si la capacidad concertadora de los partidos ha garantizado la gobernabilidad, por contra ha habido una aguda inestabilidad (50 gobiernos); han quedado en la marginación los comunistas (la segunda formación); y para no poner en riesgo la posibilidad de nuevas coaliciones "se ha bloqueado la democracia", es decir, no se ha aplicado cabalmente la Constitución, ni se ha desahogado una verdadera agenda nacional. Además, se concluye, el protagonismo de los partidos, a quienes no hay quien les niegue el mérito de haber hecho gobernable al país, ha construido una partidocracia que anula a los órganos constitucionales.

⁵ Cfr., Duverger, Maurice, *La Nostalgie de L'Impuissance*, París, Albin Michel, 1988.

⁶ Cfr., Bibes, Genevieve, "L'Italie: un année de transition", en *Les Pays D'Europe Occidentale*, Edition 1989, París, La Documentation Française, 1990, pp. 61-84.

⁷ Cfr., Bibes Genevieve, "L'Italie: L'écho des evenements d'Europe de L'Est", en *ibid.*, Edition 1990, París, La Documentation Française, 1991, pp.65-90.

A esos costos los críticos añaden también la cultura política, que ya habían detectado Almond y Verba⁸ cuando hicieron política comparada en los sesentas con los casos de EU, Gran Bretaña, México, Alemania e Italia: hay una cultura de desinterés y descreimiento hacia la vida política (que se ha agudizado en los últimos años, dicen).

Las finalidades básicas que podría tener un paquete de reformas son bastante claras: dotar de centralidad al Parlamento; dar operatividad al jefe del gobierno y al gabinete; acabar con el *bicameralismo perfecto*, o de plano introducir el unicameralismo; hacer frente al capítulo regional; sobre todo, acotar a los partidos; disminuir la proporcionalidad electoral; asegurar la colegialidad del gobierno, y racionalizar el referéndum. Igualmente, el paquete deberá reinterpretar el papel del presidente de la República, porque en varias oportunidades ha tenido que transponer su perimetro constitucional para compensar la debilidad del presidente del Consejo, del propio gabinete y de los ministros que lo componen.⁹

Aunque los trabajos de la Comisión Parlamentaria no llegaron a convertirse en un verdadero plan de reformas, algunos pasos se han dado ya, como lo son las nuevas disposiciones legales en cuanto al voto secreto en las cámaras, la organización y funcionamiento del Consejo de Ministros, incluida su presidencia y, a principios de junio de 1991, el referéndum en materia de preferencias electorales.

La extensísima Ley 400 —publicada el 12 de septiembre de 1988— regula, por fin, las atribuciones del Consejo y las de su presidente, Consejo del Gabinete, los comités, los vicepresidentes, los distintos tipos de ministros y las subsecretarías. Asimismo, regula las relaciones orgánicas entre las instituciones nacionales y las regionales y provinciales. Incluye un anexo con organigramas.

La trascendencia de esta Ley, que es más que administrativa, radica en que define las competencias del presidente del Consejo de Ministros para que efectivamente pueda actuar como jefe de gobierno, y se evite el riesgo de un sistema de "ministerialismo" o de ministerios enfeudados, que hagan imposible el trabajo coordinado. La Ley también coloca las bases para las dependencias adscritas al jefe del gobierno, con lo que contarán con los medios indispensables para una conducción gubernativa efectiva.

Por el lado inverso procede subrayar que la nueva Ley favorece al Parlamento cuando precisa las competencias normativas del gobierno por lo que hace a decretos-ley y reglamentos, sin los cuales, además, las leyes parlamentarias difícilmente se pueden aplicar. Los aspectos orgánicos de la Ley 400 encuentran su lógica en el imperativo de ordenar la creación de altos cargos gubernamentales a estímulo de los arreglos partidocráticos, que han propiciado vicepresidencias del Consejo que nunca estuvieron previstas, ministerios

sin cartera, o con supuestas atribuciones horizontales e innumerables subsecretarías, altos comisionados, comités interministeriales, encaminados a ubicar a los distintos miembros de la alianza pentapartita.

Esta Ley viene a poner fin a la aplicación de un decreto del rey de 1901.

Otra reforma institucional del mayor impacto para la vida parlamentaria y el gobierno es la enmienda al Reglamento de la Cámara de Diputados sobre los modos de votación (13 de octubre de 1988), Reglamento que, por cierto, apenas en 1971 abrogó al de 1900, que se venía aplicando: se reduce al máximo el voto secreto, que repugna al derecho parlamentario democrático, y era causa de comportamientos impunes que hacían nugatorias las coaliciones, y arrojaban a la rotación permanente de los gobiernos por su incapacidad para llevar sus programas ante el Poder Legislativo. Las votaciones, como regla, deben ser por escrutinio público.

Como concluyó Escarras: "Es evidente que esas prácticas eran contrarias a la ética de la democracia representativa como a las exigencias del régimen parlamentario a la luz de la claridad que deben tener las relaciones entre el gobierno y su mayoría."¹⁰

La utilización abusiva del voto secreto de los parlamentarios llegó a excesos increíbles (la Legislatura VIII lo utilizó 2,485 veces, y la Legislatura IX, 2,516 veces) y su uso en la elección presidencial era muy negativo, dice Escarras.

La tercera reforma institucional que comentaremos es la que se anuncia con los resultados del referéndum de junio de 1991. El pueblo abrumadoramente (acudió el 62% y votó a favor el 95%) se resolvió por acabar con el método de cuatro preferencias y consagrar el de una sola, con lo que el elector votará por la lista de candidatos a diputados sin ordenar su preferencia por hasta cuatro de ellos.

Los analistas italianos coinciden en que esta reforma acabará con la manipulación de las preferencias por las estructuras de los partidos. Se acabará, dicen los analistas, con las combinaciones de la partidocracia y se devolverá la decisión al sufragista.

Se considera que ese resultado es en realidad un mandato para que prosperen otros *referenda* e iniciativas legales que conduzcan al necesarísimo cambio de la legislación electoral, tal vez para implantar un sistema mixto como el de la RFA, que influyera tanto en la LOPPE mexicana de 1977. Se considera que una buena legislación electoral es aquella que logra balancear la proporcionalidad representativa, la estabilidad y la eficiencia de las instituciones.

Es decir, representación proporcional, pero también la posibilidad de integrar una mayoría absoluta clara, sólida y estable, que asegure la gobernabilidad y el respaldo parlamentario real al Ejecutivo para gobernar efectivamente.

Aun cuando en un reciente estudio Paul Furlong precisa

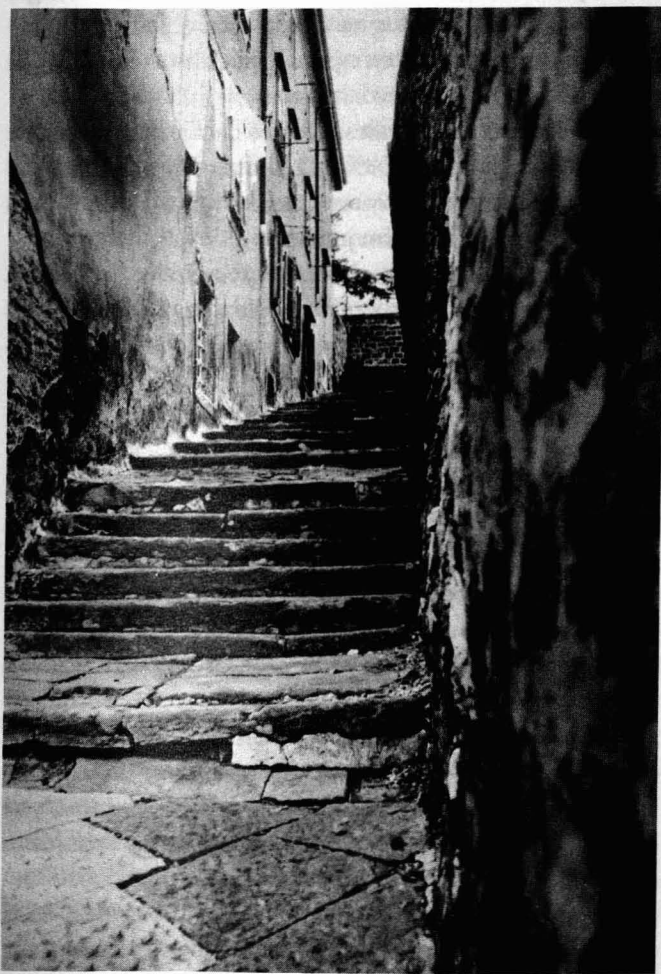
⁸ Cfr., Almond y Verba, *The Civic Culture*, Boston, Little, Brown and Company, 1965.

⁹ Cfr., Gaudillière, Bernard, "Les Institutions de l'Italie", en *Documents d'Etudes*, No. 1.17, París, La Documentation Française, 1987.

¹⁰ Cfr. Escarras, "Deux Aggiornamenti des Institutions Italiennes", en *Revue Française de Droit Constitutionnel*, No. 3, París, Presses Universitaires de France, 1990.

que no puede atribuirse a la representación proporcional la inestabilidad de los gobiernos, y se adhiere a quienes sostienen que ello se explica más por la cultura política tanto de los dirigentes de partido (el faccionalismo y el reparto de los cargos) como del electorado (que no otorga la mayoría a partido alguno), pareciera que si no se va por un sistema mixto será difícil ganar en estabilidad política.¹¹

La opinión política consideró que el referéndum de junio de 1991 debilitó a Craxi (PSI), quien se oponía a esa consulta, y a Cossiga, enfrentado a la sazón de manera sorda con el jefe del gobierno, y abiertamente con el Consejo de la Magistratura. Cossiga, haciendo gala de un inusual protagonismo, expresó su propósito de provocar una especie de crisis



constitucional, incluida la disolución anticipada del Parlamento, para que avance una reforma a fondo que convierta a Italia en un régimen presidencial verdaderamente operante. Ese propósito hizo que el presidente renunciara al papel de árbitro político que la Constitución le señala, y quedara inmerso en el remolino político (aunque postula que está en contra de la partitocracia, mas no de los partidos), concluyen los críticos.

En esa polémica se evidenció el faccionalismo demócrata cristiano.

¹¹ Cfr. "Italy: Government Stability and Electoral System", en Furlong, Paul, *Parliamentary Affairs*, Londres, Oxford University Press, 1991, pp. 50-59.

La polémica de junio de 1991 fue un anticipo de las elecciones de 1992 para renovar las dos Cámaras y la presidencia de la República (recuérdese que el mandato es un septenio sin reelección), y contrapuso al jefe del Estado con el jefe del gobierno fracturando más al PDC.

Tal vez uno de los más trascendentes cambios institucionales, ciertamente extragubernamentales, sea el paso de PCI a PDS con motivo de la liquidación definitiva de la Guerra Fría, con el fin de convertirse en una alternativa que no alarme a los poderes fácticos y a las clases medias; en una verdadera alternativa de gobierno.¹²

Occhetto, el nuevo líder del PCI-PDS, que promovió la riesgosa decisión del congreso de 1989 de desprenderse del legado marxista-leninista, ha manifestado su disposición a apoyar una reforma que dé por terminada la partitocracia, fortalezca al gobierno, "desbloquee" la democracia y permita la formación de verdaderas opciones políticas y programáticas.

Con ello el PDS pretendía convertirse en una alternativa de centro-izquierda —necesariamente con el concurso del PSI— y llegar así por fin a la alternancia,¹³ lo que a la postre no logró en la primavera de 1992. Se hubiera necesitado, además, una reforma integral con una nueva solución electoral para que se integraran dos grandes formaciones políticas que fueran verdaderas opciones programáticas y pudieran tomar el poder democráticamente.

El ascenso del Parlamento europeo tendrá, asimismo, un efecto en las nuevas evoluciones del sistema de partidos italiano.¹⁴

La opinión pública considera que la agenda de la *reforma institucional* para desbloquear la democracia italiana y prepararla para la llegada de una Europa unificada no se ha terminado de integrar, y que habrá de comprender todos los ámbitos del poder: la erradicación del crimen organizado y, sobre todo, de su influjo político, y la ineficacia administrativa del corporativismo, la atención de la demanda regional, la racionalización del bicameralismo perfecto que debilita al parlamentarismo, la solución al problema del envejecimiento de la clase política y un nuevo estatuto para los partidos, que redefina sus funciones y alcances para desmontar una partitocracia con rendimientos decrecientes.

La *reforma institucional* que se reclama no es ajena al problema del crimen organizado, pues se afirma que cerca de 15 millones de italianos viven en territorios en los que actúan 15 mil mafiosos de más de 400 "familias" y que el dinero ilícito, ahora sustentado ampliamente en el narcotráfico, se mueve en el mercado bursátil y se destina ampliamente a la política. El patrón de conducta de la mafia es más sofisticada

¹² Cfr. Colletti, Lucio, "Los comunistas italianos", en *Leviatán*. No. 42, Madrid, 1991, pp. 61-66, y Barberella, Carla, "Le PCI face a son avenir", en *La gauche dans tous Ses Etats*, París, Sewil, 1988, pp. 75-82.

¹³ En las últimas elecciones generales la izquierda (PCI, PSI, PSDI y los verdes representaron el 51 % de los sufragios.

¹⁴ Cfr., Gautron, Jean-Claude, *Droit Européen*, París, Dalloz, 1989, pp. 73-83.

¹⁵ Cfr., Sterling, Claire, *The Mafia*, Londres, Hamish Hamilton, 1990.

do y sutil en el norte que en el sur, y en ese último manipula los votos preferentes.¹⁵

A los promotores de la *reforma institucional* preocupa que los socios europeos consideren que la fuerza y extensión del crimen organizado pueda ser un riesgo para la Europa que principia en 1993.

También se reclaman reformas legales y a las instituciones políticas que liquiden organizaciones que no se avienen a la modernidad política, como Gladio (antiterrorista) y a la Logia Masónica.

Según lo manifestó recientemente Andrea Manzanilla¹⁶ en México, como en otros sistemas, los partidos italianos están en crisis. Su agenda de reformas debe comprender muy variados asuntos, señala: equilibrar afiliados individuales y colectivos, desenvolver relaciones permanentes con la sociedad civil y no sólo en elecciones, desencadenar la movilización social, generar liderazgos partidistas y aminorar la hegemonía de las burocracias.

Para el profesor italiano el cambio de los partidos reclama que se implante un sistema electoral uninominal que dé fuerza al ciudadano, y que prospere una reforma que permita que los electos no queden sometidos al imperio de los partidos. Se trata de dos circuitos —el de las instituciones y el de los partidos— vinculados, pero sin que se anulen recíprocamente.

Los cambios electorales deben propiciar el funcionamiento regular del gobierno, liquidar el obstruccionismo, y hacer posible coaliciones con legitimidad.

El gran perdedor de una II República que mereciera esa denominación podría ser el PDC, a no ser que admitiera que pese a ser el partido-eje, por su presencia electoral descendente, el reciente abandono de la coalición por parte de los republicanos y su fragmentación creciente (que ha incluido el enfrentamiento entre Cossiga y Andreotti), procede un nuevo arreglo institucional que preserve a ese gran partido histórico.

En todo caso, no debe perderse de vista que una *reforma institucional* requiere de enmiendas constitucionales conforme a un procedimiento rígido (mayoría absoluta de los legisladores y referéndum, o aprobación parlamentaria por las dos terceras partes), y que ello hará necesario alianzas entre varias fracciones (que hoy parecen todavía distantes).

Dos conclusiones finales: el asunto de la *reforma democrática* apenas empieza; y los escenarios son tantos, como proteica, imaginativa y pragmática ha sido y seguirá siendo la política italiana.

IV. Las elecciones de 1992

Los comicios generales tuvieron lugar en un ambiente de enconado enfrentamiento entre las principales formaciones, varias de las cuales sufrieron, además, de fisuras inter-

nas, lo que provocó que se hablara de “un partido transversal”. A ello se agregó el conflicto que se instauró entre el presidente Cossiga y Andreotti, jefe del gobierno, que fracturó a su partido, el Demócrata Cristiano, y agudizó el descrédito del sistema político.

El electorado, aunque no modificó de raíz su comportamiento tradicional, tampoco resolvió el conflicto institucional y de legitimidad. Los cuatro partidos que todavía se encontraban coaligados (PDC, PSI, PSDI y PDS), después del retiro de los republicanos, no obtuvieron la mayoría absoluta de los sufragios (el 48% frente al 53% en 1987); el Partido Democrático de la Izquierda, ya desembarazado de la denominación comunista y del legado marxista-leninista, vio desplomar su fuerza electoral; y la Liga del Norte surgió como uno de los partidos más poderosos, a pesar de su implante predominantemente regional, pues pasó del 0.5% al 8.8%.

De hecho, los tres grandes partidos nacionales bajaron de 1987 a 1992 del 75% al 58%; y los comunistas del 26.6% al 21.4%, aunque repartido ese voto entre dos formaciones (PSI y RC) que no caminan juntas.

La Liga obtuvo una caudalosa respuesta electoral con la plataforma elemental de censurar a los partidos nacionales cogobernantes por transferir los recursos del norte desarrollado al sur “ineficaz y corrupto”, de condenar el centralismo de Roma y de plantear una solución federalista que insinúa una secesión potencial.

El debilitamiento de los partidos de la coalición histórica, y la erosión del PCI que no permitió la erección de una nueva alternativa de gobierno, dificultaron la designación del presidente de la República y, consecuentemente, del presidente del Consejo. Después de numerosas negociaciones la jefatura del Estado se confió a Oscar Luigi Scalfaro, oscuro y antiguo diputado demócrata cristiano, y la del gobierno a Giuliano Amato, miembro del Partido Socialista, en lugar de Craxi nuevamente, como propuso el PSI. Así, se refrenda la alianza entre esas dos formaciones políticas, y se superan las turbulencias que provocaron varios escándalos por tráfico de influencias y cohecho.

El nuevo presidente, finalmente, tuvo el respaldo de la DC, PDS, PSI, PDS y de los verdes, lo que representa una concertación inédita. Sin embargo, no recibió el voto aprobatorio de los republicanos, Refundación Comunista, MSI y las Ligas.

Scalfaro ha planteado, aunque con moderación, la reforma de las instituciones políticas haciendo al Parlamento escenario privilegiado de negociación, el combate más eficaz al crimen organizado (sobre todo a la mafia) y el abatimiento del déficit fiscal.

El reto que representa Europa 93, las tendencias electorales y el ánimo de la opinión pública apuntan hacia una responsabilidad insoslayable: la *reforma institucional* que permita el cambio radical del sistema político, para que se liquide la partidocracia, se gane en legitimidad y se conjure el riesgo de la ingobernabilidad. ◇

¹⁶ Cfr., Manzanilla, Andrea, “La reforma de los partidos italianos”, en *Jornadas internacionales sobre reforma del Estado*, México, D.F., PRI, 1991, pp. 31-47.

Los esposos de la calle Rossetti*

Traducción de Teresa Meneses

Anton Vuk pertenecía a ese grupo disidente de eslovenos, ya presentes en Trieste, quienes al carecer de orientación ideológica y de clase trataban de resistir a la opresión fascista a costa de igualarla en intensidad y determinación. Liberales, clericales, social-cristianos y comunistas, cada uno parecía tan diferente del otro como los dedos de una mano. Pero los tiempos estaban madurando porque esa mano se cerraría para anular o esconder las diferencias y convertirse en un puño. La llanura de Gorizia, todavía en armonía con su paisaje de grabado decimonónico, con sus barrios contruidos en derredor a la iglesia y al infaltable tilo, que a menudo tomaban el nombre del santo patrono, San Andrés, San Pedro, hospedaba preponderantemente a eslovenos católicos para quienes fe religiosa y orgullo nacionalista se alimentaban recíprocamente. Los párrocos eran los agitadores de uno y de otro sentimiento. No por casualidad los social-cristianos de la zona estaban representados en el Parlamento de Roma por un sacerdote, don Virgilio, S'cek amigo íntimo de la casa Vuk, cuyo jefe de familia figuraba como uno de los que financiaba económicamente a su partido.

En Trieste, conforme al espíritu mercantil y laico de la ciudad, la comunidad eslovena se concentraba en su mayoría dentro de las filas del partido liberal, tal como había sucedido para la mayoría italiana de línea irredentista; pero también el proletariado comunista tenía su diputado en Roma. Aquí la batalla por la defensa de la propia identidad, y por el reconocimiento de unos derechos cada vez más impugnados, era trasladada a un terreno más propiamente cultural y de proyectos editoriales, proyectándose más allá de los astilleros y el puerto. Los grupos de choque fascistas, ala extrema de la burguesía ya irredentista se habían puesto en acción desde julio de 1920 golpeando a la minoría en el centro neurálgico que les imprimía orgullo y esperanzas. El cortejo de camisas negras partió de la plaza de la Unidad donde se habían reunido para protestar contra el asesinato de un oficial de la marina italiana perpetuado en Spalato por gendarmes yugoslavos que habían sido requeridos para proteger a la población del asalto de una motolancha. Los manifestantes pasaron cerca del bufete de Tomažič, destru-

yeron otros negocios eslovenos, y desfogaron su rabia prendiéndole fuego a la *Narodni Dom* o Casa del Pueblo, que concentraba las sedes de las más grandes instituciones culturales, financieras y deportivas, y que comprendía un hotel, un café y un restaurante. Desde entonces, al parejo con las restricciones del gobierno, una que otra vez anticipándolas y siempre estimulándolas, las incursiones contra centros de reunión y las agresiones en contra de ciudadanos eslovenos dejaron de contarse.

También en el territorio de Gorizia se quiso humillar y exasperar a los así llamados extranjeros, aquí en lo absoluto minoritarios, en su parte más celosa. Los fascistas irrumpieron en las iglesias para ordenar que se oficiaran las misas y se cantara en la lengua oficial del Estado, destruyeron los oratorios, golpearon a los sacerdotes y a los feligreses más renitentes. Expulsaron a los frailes de los conventos, comprendidos por los padres lazaristas de la montaña situada entre Merna y la costa cársica, e incluídos los capuchinos del Montesanto, la mítica Sveta Gora, persistente estrella cometa en el cielo de la cuenca. Impresionó más que cualquier otra la violencia sufrida la noche de Navidad por el organista del pueblo de Podgora. Después de ejecutar y cantar algunos cantos eslovenos, al salir de la iglesia el músico fue asaltado y obligado a beber aceite de máquina mezclado con benzol; murió después de seis semanas de horribles sufrimientos. Identificados los responsables y denunciados por el arzobispo, en el proceso los dos imputados principales fueron condenados a diez meses de prisión, los otros fueron absueltos.

Stanko creció en tal clima de vejaciones y abyecciones, que su sentimiento religioso se ribeteó con la nota dominante de la Semana Santa. Al igual que sus hermanas mayores asistió a las escuelas elementales eslovenas de Merna, luego a las escuelas de nivel medio en Gorizia. Vivía contra su voluntad en un colegio que acogía a los estudiantes eslovenos hasta del Alto Isonzo, entre ellos se encontraba Ciril Kosmač, destinado a convertirse en uno de los más grandes escritores contemporáneos y junto al cual el joven Vuk colaboró con sus primeros poemas en la modesta revista del convictorio. Inmediatamente después de la reforma Gentile, las escuelas de todas minorías étnicas cerraron definitiva-

* Tomado de *Gli sposi di via Rossetti*, editorial Mondadori, Italia, 1984.



mente sus puertas. Nuestro estudiante tuvo que cambiarse a las escuelas comerciales estatales donde rápidamente se distinguió de sus condiscípulos precisamente en el aprendizaje de una lengua que no era la suya. Ganó uno de los dos concursos regionales para el mejor tema escrito en italiano y cuyo premio fue ser recibido por Mussolini.

Los profesores eslovenos con un buen conocimiento de la lengua fueron empleados en las escuelas del Estado; los que manifestaron su oposición al acuerdo los mandaron confinados al sur de Italia, los otros se refugiaron en la Yugoslavia gobernada por el monarca serbio. A los estudiantes de nivel superior y universitarios no les quedó una opción muy diferente, pero la frontera debía atravesarse clandestinamente porque el pasaporte no les era concedido, especialmente a los jóvenes, con facilidad. No obstante su buen aprovechamiento, Stanko quería proseguir los estudios en su propia lengua. Con su hermana Jela planearon ahorrar dinero para que ambos se trasladaran a Lubiana. Un buen día se embolsó el dinero ahorrado por ella y se marchó para la capital eslovena sin decirle nada a nadie.

Esto sucedía en 1929, año de coyuntura para todos, especialmente para el viejo Vuk que se encontró despedido de la fábrica de calzado que pasó a manos de la administración comisarial; y tal vez el dolor de cabeza del hijo también fue un acto de protesta.

En Lubiana éste se inscribió en la Academia de comercio y encontró alojamiento en casa de una familia. Desde el principio no se sintió a gusto en el nuevo ambiente, lleno de gente de todas las nacionalidades y rico en manifestaciones culturales, pero difícilmente abordable respecto al de Gorizia.

Tampoco se encontraba más a gusto con sus anfitriones, una familia silenciosa en la que cada uno se entretenía con

sus cosas y a la hora de las comidas exigía su plato colmado que consumía con una gruñona melancolía. Era lo contrario de cuanto sucedía en la casa protegida por los tilos y por un muro de la iglesia, donde los muchacho Vuk se jalaban de los cabellos y se reconciliaban en unos minutos. Y a la hermana que le había robado sus ahorros, Stanko se sintió en plena libertad de describirle ese opuesto nexo familiar: "Nosotros unidos, ellos divididos; sus relaciones con la madre son las mismas que rigen entre los abonados a un comedor."

Sin embargo sus anfitriones tenían una hermosa hija, Darinka, con la que el estudiante se entendió de maravilla, tanto que se vió tratado como futuro yerno y futuro cuñado. Urgía irse y la propia Darinka, dulce, bonita, pero también ella mezquina al grado de vanagloriarse de haber cocinado para nueve personas tan sólo con treinta dinares** lo ayudó a encontrar un pequeño departamento independiente. Se hacían buena compañía. Iban de paseo de un puente a otro de la Lubiánica, bordeaban las casas de la ciudad vieja en las que se reflejaban, subían al castillo tan semejante al de Gorizia y salían del perímetro urbano adentrándose en el espeso bosque del Tívoli, con las ardillas que se acercaban como las palomas en Venecia. Pero Stanko se moría por poder introducirse en los ambientes culturales y necesitaba cada vez más dinero para el sustento diario, la vivienda, el abono quincenal al teatro y el reglamentario traje azul; no titubeaba en pedirle auxilio a la tierna mamá Rosalia con cartas de este tono: "Ven, escríbeme rápido para saber cuándo llegas. Date cuenta que podríamos no volver a vernos jamás. Piénsalo: nunca más. Pero espero que esto no suceda."

Logró acercarse a un grupo de escritores del mismo partido del padre, quienes le habían dado vida a una revista intitulada *El Fuego*. De entre ellos sobresalía el poeta y líder del partido social-cristiano Edvard Kocbek, futuro comandante partisano, luego controvertido ministro en la Yugoslavia de la posguerra. Totalmente en contacto con estos connacionales de sus mismas ideas pero que sin embargo resultaban un poco diferentes para él y para su gente, el goriziano descubrió su propia identidad de esloveno "occidental", inquieto, con tendencia a la vagancia y a una inventiva mutable, fantásica. Quizá en aquella breve estación de su vida, en la que los lugares nativos abandonados venían a plantársele no a las espaldas sino de frente, se remonta el primer bosquejo del único libro que nos legó, *Tierra de occidente*, que recoge poemas inspirados en sus personales inquietudes y cuentos sobre los personajes extravagantes de Merna. De Lubiana, que hospedaba a un número cada vez más creciente de expatriados de la región de Venezi Giulia, con los que intimaba citándose con ellos en la Unión y en el Slon, le quedará la tendencia a pasar largas horas del día en aquellos enormes cafés, silenciosos, de divanes de piel oscura y de iluminación discreta, que desde Viena y desde los Balcanes se propagan hasta Trieste. ◇

** Moneda yugoslava

Vacaciones en Capodistria

Traducción de Guillermo Fernández

Mar y campiña, campos que mezclan su verde al azul del mar; ensenadas turquíes, que penetran en el verdor de la campiña: esta es Istria. Barcas que transportan frescas legumbres y frutas jugosas junto a barcas que transportan cajas rebosantes de peces plateados: esta es Istria. Y nosotros, siendo aún niños, entramos justamente en contacto con esta Istria en nuestras primeras vacaciones capodistrenses. Para nosotros fueron algo más que unas saludables vacaciones, fue el conocimiento directo de esa tierra que proveía a la ciudad de los alimentos más naturales: la fruta y el vino, el aceite y el pescado. Fue hasta entonces que pudimos ver con nuestros propios ojos y tocar con nuestras manos los árboles que producían las ciruelas moradas, los albaricoques, los duraznos, las diversas clases de higos que aparecían en nuestros mercados y algunas veces llegaban hasta nuestra mesa; fue hasta entonces que conocimos el milagro de la uva que va madurando día tras día, entre los pámpanos; fue entonces que pudimos inclinarnos curiosos sobre el mundo y la vida de los peces.

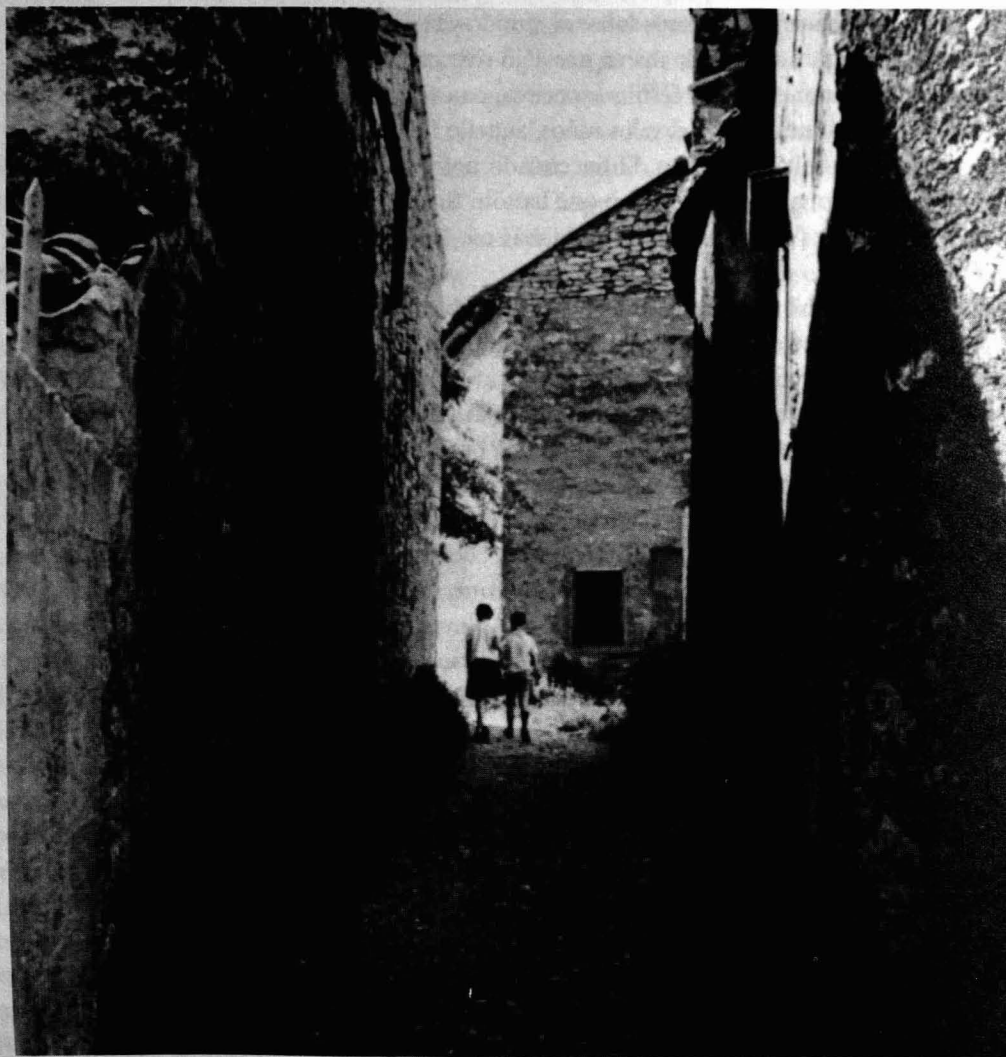
La campiña Sabbadin donde mamá nos dejó vivir en completa libertad durante todo aquel verano, era una campiña muy fértil y espaciosa, con viñedos y árboles frutales, sobre todo higueros y melocotones. Para todos los niños, aquello fue un inmenso reino por explorar, que nos reservaba infinitas sorpresas. El hacendado nos llamó esa misma mañana y, reuniéndonos en torno suyo, nos advirtió: “¿Ven este bastón? Si llego a verlos cortando fruta o rompiendo alguna rama... ¿Ven este bastón? Nada más eso les digo. Y ahora ¡corran cuanto quieran por los campos!”

En la ciudad nos habían dicho que eran terribles los campesinos istrianos: que eran malos, terribles; que eran capaces de matar a quien les robaba un higo o un racimo de uvas. Los primeros días veíamos al señor Sabbadin con un temor mal disimulado. Su cara, quemada y curtida por el sol, con arrugas que parecían grietas, con sus ojillos hundidos y azules, inexpresivos, y el aretillo que le colgaba de una oreja, nos inspiraba un respeto rayano en el terror. Y nos daban escalofríos tan sólo de pensar que aquel bastón podía caer sobre nuestras espaldas. Pero luego nos dimos cuenta de que el señor Sabbadin era un alma de Dios y que todo lo que nos habían dicho de él eran puros cuentos. Nos quería mucho y pronto le tuvimos tal confianza, que nos poníamos a correr entre sus piernas cuando trabajaba con el azadón. A menudo lo convencíamos de que nos llevara con él en la carreta tirada por un burrito, y hasta llegamos a echarle en la cabeza algunos duraznos que caían de las ramas. Nos regañaba, nos perseguía, pero sabíamos que se divertía con nosotros, y nos aprovechábamos. ¡Cuántos hartazgos de frutas tomadas de las mismas ramas! Conocimos entonces el sabor del fruto que del árbol vivo pasa directamente al paladar. Melocotones que nos inundaban de jugo la boca, ciruelas que nos blanqueaban la cara... y los higos tempraneros, verdecitos, marrones, ¡y los que tenían una gota de miel! Los comíamos hasta saciarnos, sentados en las ramas. Los frutos entraban por todas partes, en los lugares menos imaginados: una gruesa rama cargada de las más hermosas ciruelas pendía, incitante, sobre nuestra cabeza, techando la primitiva caseta que, en el campo, sirve para las necesidades naturales. Y cuando la uva comenzó a madurar, a todas horas estábamos bajo las parras; combinábamos nuestros juegos

con la golosidad. Pero después de los frutos refinados, cruzábamos el cancel y nos dirigíamos al camino, bordeado de antiguas moreras, y bajo aquellos árboles retorcidos hacíamos nuestro campamento, atiborrando nuestro estómago de moras blancas y rojas.

Pero quizá lo más maravilloso de aquel verano fue para nosotros la pesca. Papá iba a vernos todos los sábados. Había alquilado una barquita de fondo plano y a remos, tan comunes en Istria. Y los domingos por la mañana, muy temprano —tan grande era nuestro anhelo de ver la primera luz del día, que esa noche nuestro sueño era más bien inquieto—, cuando aún no aparecía el sol y soplaba aún el vientecillo húmedo del campo, armados de baldes, cedazos, anzuelos y el frasco de los gusanos, subíamos al carrito del señor Sabbadin y partíamos a toda carrera rumbo al mar y al puerto de Capodistria. Bajábamos del carrito y de inmediato ocupábamos nuestro lugar en la barquita. Papá, alto y vigoroso, bogaba, mientras nosotros debíamos estarnos quietecitos en nuestros banquillos de popa y de proa, para no desbalancear aquel cascarón. Llegábamos a un lugar no muy distante de la orilla, donde las algas eran altas y hermosas. Las veíamos en el fondo, como un prado verdeoscuro, plácidamente sumergido en aguas muy tiernas. Allí lanzábamos nuestros anzuelos emplomados, y prorrupíamos en gritos de alegría al sentir que un pez había picado, y tirábamos del cordel, tenso y cargado de un pez vivo. A papá le faltaban manos para desprender de los anzuelos tantos peces amarillos, para poner otra carnada e impedir que nosotros, alborotados, los enredáramos.

Cuando no íbamos en el carrito, regresábamos a los campos del señor Sabbadin, a pie, después de media hora de camino y bajo un sol tremendo. Pero eran regresos triunfales. Al llegar al cancel, gritábamos: “¡Vengan a ver, vengan a ver!” Poníamos nuestra pesca ante los ojos de todos, con orgullo y conmoción, como si fuera un tesoro. ¡Y sólo se trataba de una docena o poco más de modestísimos peces de algas! Pero justamente en estas pobres y sencillas cosas aprendimos a amar todavía más nuestra Istria. ◇



La transición italiana

La historia reciente de Europa, desde la posguerra a la fecha, registra pocos procesos de transición desde un régimen democrático a otro régimen democrático. El ejemplo más característico de este tipo de transiciones está representado por el largo proceso de discusión política que dio lugar a la V República Francesa en 1958.

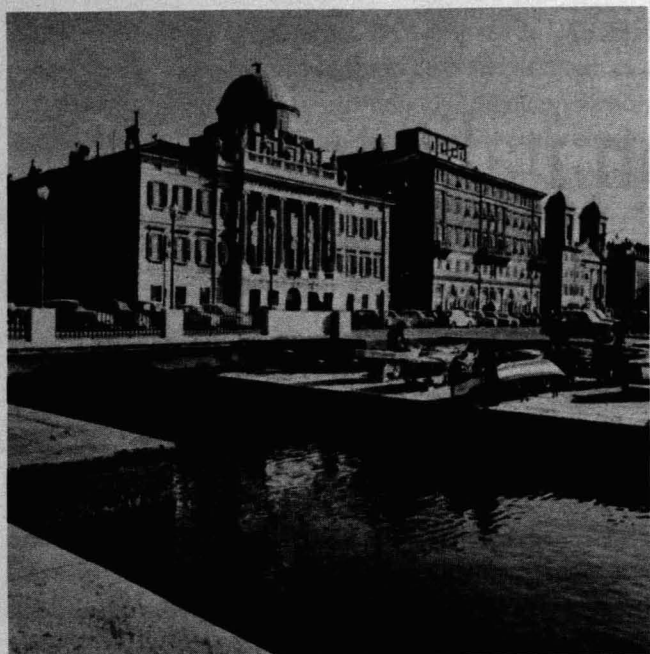
Al igual que en la Francia de los cincuenta, la Italia de los noventa parece estar viviendo un verdadero proceso de transformación en sus estructuras de autoridad, normas y valores democráticos; es decir, en los componentes de su régimen político. Después del referéndum de abril de 1993, que estipula un cambio en el sistema de representación parlamentaria existente hasta ahora, ya no cabe duda al respecto: Italia se encamina hacia la II República, y con ello hacia la instauración de un nuevo ordenamiento institucional democrático.

En el origen de todo proceso de transición existe una etapa más o menos larga de crisis política. El caso de Italia no es la excepción. La crisis italiana ha estado marcada por un creciente rechazo por parte de la comunidad política a las formas tradicionales del ejercicio del poder. Desde la posguerra, Italia adoptó un modelo institucional parlamentario de representación proporcional que en la práctica degeneró en una "partitocracia". Las coaliciones de partidos, con la Democracia Cristiana a la cabeza, que desde entonces han formado gobierno, se han caracterizado por su heterogeneidad interna y por una serie de compromisos y vínculos interpartidistas no siempre consistentes y estables. Ciertamente, el sistema de representación proporcional ha sido la vía para que el Partido Demócrata Cristiano (PDC) se haya conservado en el poder, pero también ha sido la base de su fragilidad. En efecto, la predominancia de este partido desde 1948 ha sido posible gracias al compromiso que se vio obligado a adoptar con partidos ideológicamente poco afines como el Partido Socialista Italiano (PSI). Esta circunstancia ha dado lugar a una continua lucha por obtener mayores cotos de poder entre los partidos que han formado los gobiernos de la posguerra, lo cual se ha traducido en una permanente inestabilidad e ineficacia decisional.

A lo anterior deben sumarse los elevados niveles de corrupción que afectan a todos los ámbitos de la burocracia y

el gobierno, así como los nexos hoy bastante evidentes entre este último y el segundo poder en Italia, es decir, la mafia. Cuando el poder judicial en Italia asumió la responsabilidad en 1991 de castigar los actos de corrupción en las altas esferas del poder, más como una estrategia para aparentar una suerte de renovación moral que para terminar de raíz con las anomalías, nadie pensaba que sus consecuencias resultarían tan devastadoras. En menos de un año cayeron importantes figuras políticas, incluyendo seis ministros y los líderes de dos partidos, generando un verdadero caos político. Pareciera que nadie en la política italiana está a salvo, y menos aún los líderes del PDC que han resultado los más vulnerados. Pero el caso más sonado ha sido ni más ni menos que el de Giulio Andreotti, senador vitalicio y ex-primer ministro en siete ocasiones, sobre quien pesa la grave acusación de haber sido el artífice de la creación de una fuerza paramilitar que, entre otras cosas, vigiló en su momento las actividades del Partido Comunista Italiano (PCI) o incluso intimidó a varios de sus miembros. Asimismo, de acuerdo con el testimonio de diversos mafiosos arrepentidos, fenómeno también inédito en Italia, los nexos de Andreotti con la camorra son bastante evidentes. Lo cual no es sino un secreto a voces.

Pero además de la inestabilidad del gobierno y los niveles de corrupción de la clase política, la crisis política italiana se pone de manifiesto por la crisis de representatividad de los partidos políticos tradicionales, incluyendo al Partido Democrático de la Izquierda (PDI), heredero del PCI. En efecto, de acuerdo con los procesos electorales más recientes en el tiempo, los partidos políticos experimentan un gradual divorcio con la sociedad. Las tendencias electorales no sólo muestran un creciente abstencionismo, sino también el poco poder de convocatoria que conservan los partidos tradicionales. Por una parte, todos los partidos sin excepción han visto disminuidos sus recursos electorales (el PDC y el PSI, por ejemplo, son castigados en 1992 con una reducción del orden del diez por ciento) y, por la otra, han aparecido en la contienda electoral, sobre todo a nivel regional, una serie de agrupaciones políticas que se autodefinen apartidistas y que adoptan estrategias permanentes de acercamiento con las organizaciones sociales existentes. El caso más carac-



terístico de este tipo de agrupaciones es la Liga Lombarda, que en las elecciones generales de abril de 1992 alcanzó un importante porcentaje de votos que sorprendió a varios analistas políticos. El hecho adquiere aún mayor significación si se considera que la creciente presencia de esta agrupación se produce en una de las regiones más ricas del país.

Con respecto a la crisis de representatividad de los partidos hay quien afirma que ni con el actual sistema de representación los tres principales partidos italianos, el PDC, el PSI y el PDI, podrían alcanzar el cincuenta por ciento de los sufragios a fin de formar gobierno, en el supuesto de que decidieran sumar sus votos.

Pero el agravamiento de la crisis política también tiene un trasfondo social. En efecto, la sensación de engaño que el destape de la corrupción ha producido en fechas recientes, no es un sentimiento nuevo en los italianos. Desde hace mucho se comparte un malestar generalizado respecto a la clase política. Sin embargo, este descontento no explotó sino hasta que a la consabida corrupción se sumó una total ineficiencia del gobierno, originada sobre todo por la inestabilidad política, para hacer frente incluso a los problemas más apremiantes. Al deterioro político debe añadirse pues un deterioro económico, expresado sobre todo en un creciente desempleo y un incremento de las desigualdades sociales e incluso regionales.

En función de los hechos anteriores, el resultado del referéndum de abril pasado no hizo más que ratificar el profundo deterioro que vive el régimen político italiano. Con una votación favorable de más del ochenta por ciento de los electores, el referéndum obligará, entre otras cosas, a un cambio en el sistema electoral en el Senado y posteriormente en la Cámara de Diputados, así como a la supresión del financiamiento estatal de los partidos. Cabe señalar que este referéndum es producto de uno previo que en 1991 puso de manifiesto el interés mayoritario por una reforma institucional profunda. Desde entonces a la fecha, se ha producido

un intenso debate en los círculos políticos y académicos sobre el modelo institucional más adecuado para recobrar la estabilidad y la gobernabilidad. Entre las muchas propuestas generadas entonces destaca la del reconocido politólogo Giovanni Sartori en favor de una tercera vía entre presidencialismo y parlamentarismo, y donde los poderes de gobierno se alternen entre el jefe del ejecutivo y el jefe del Estado. La propuesta de Sartori no tuvo mayores repercusiones prácticas, pero fue la que de manera central perfiló el debate ulterior sobre la reforma institucional.

A nivel político, no es difícil reconocer a los actores más comprometidos o identificados con la reforma institucional por favorecer a sus intereses. En primer lugar, para la gran industria, que aspira a ser competitiva en el nuevo mercado europeo, un cambio institucional es necesario pues no se ve favorecida con las formas tradicionales, clientelistas y corruptas, de hacer política. Por su parte, la reforma institucional favorece sobre todo a los partidos grandes que pueden aspirar a obtener la mayoría en el Parlamento aún perdiendo votos, pues lo que contará ahora es la mayoría simple. Ello no debe hacer pensar, sin embargo, que el referéndum constituye un triunfo social de tales partidos.

Respecto del futuro de la reforma institucional en Italia cabe todo tipo de pronósticos. Hay quien asegura por ejemplo que la Liga Lombarda puede constituirse gradualmente en una fuerza mayoritaria. Otros aseguran que el PDI se consolidará como segunda fuerza electoral del país. Otros, por último, señalan que el gobierno estaría formado, mediante distintas combinaciones posibles, por la Liga, el PDI y el PDC, con presencia significativa de partidos regionales en elecciones locales. En todo caso, se coincide en que al concentrarse la lucha electoral en unos pocos partidos la actividad del gobierno se depurará y podrá recuperar gradualmente la estabilidad y la legitimidad que se requieren. Al menos este es el significado profundo que se pretende con la reforma institucional.

Ciertamente, el éxito inmediato de la reforma institucional no está garantizado, sobre todo considerando la permanencia de muchos de los males endémicos de la vida italiana o de los así llamados poderes ocultos, como la corrupción y la mafia, respectivamente. Pero el camino que se ha abierto hoy hace albergar algún optimismo.

Sin duda alguna Italia está en presencia de un proceso de transición. Los valores en favor de una nueva democracia por parte de la sociedad italiana terminaron por vulnerar a la propia clase política. Por su parte, con el resultado del referéndum deberá modificarse la propia normatividad constitucional vigente en materia electoral. Finalmente, se vislumbra un cambio efectivo en las estructuras de autoridad, pero sobre todo en la conformación y competencias del Parlamento y del ejecutivo. Lo que está en discusión ahora son las modalidades de la instauración del nuevo ordenamiento institucional y sobre todo los tiempos en que deberá culminarse. Lo que está en juego en última instancia es la propia democracia. ◇

El testimonio de los sentidos

Entrevista a Álvaro Mutis

La revista Universidad de México se enorgullece y prestigia con la presencia de Álvaro Mutis (Bogotá 1923), cuya obra es reconocida desde el Mediterráneo hasta el Caribe como una de las más altas expresiones en la literatura hispanoamericana de nuestro tiempo. En la entrevista se profundiza en la obra del escritor y especialmente en su particular relación con Maqroll el Gaviero, célebre protagonista de gran parte de la poesía y prosa del autor desde hace más de cuarenta años. Tríptico de mar y tierra (novela) y XI Carminae contra gentiles (poesía), de próxima aparición, son los libros más recientes del escritor colombiano.

Julio Trujillo: En su primera plaquette de poesía, *La balanza*, apareció la "Oración de Maqroll el Gaviero", quien desde entonces lo acompaña. ¿Podría hablarme un poco sobre la creación de este personaje ya legendario?

Álvaro Mutis: En *La balanza*, qué publiqué en 1948 pero que empecé a escribir desde 1943, aparece Maqroll. La razón de su aparición es muy sencilla. Desde las primeras páginas de poesía que escribí, ya con la intención de publicar y en medio de las grandes dudas pero de todas maneras sin arriesgar mucho rubor al pensar en publicarlas, sentí que mi poesía tenía un tono de desesperanza, un tono de destrucción, de deterioro en las cosas, en los personajes y en los sentimientos que no correspondía a mi edad; pensé para mí que a los 18 años yo no era ningún Rimbaud para escribir ya con tal distancia de toda ilusión de creer en el sentido de cualquiera de las acciones del hombre y de sus episodios sobre la Tierra. Entonces se me ocurrió crear un personaje con la experiencia que autorizara esa desesperanza, y así nació Maqroll. Me acompañó en todos mis libros de poesía durante cuarenta años; en las obras en prosa que escribí durante esos cuarenta años, que son algunos

cuentos como "La muerte del Estratega", "Sharaya", "Antes de que cante el gallo", y el fragmento de *El último rostro* —la novela sobre Bolívar—, no aparece Maqroll. Curiosamente lo dejé en la poesía, y ahí no necesité hacer una descripción física de él, ni darle un pasado, ni una nacionalidad; lo que yo quería darle era una carga de experiencia vital que le permitiera ese acercarse al deterioro de los sentimientos, de las cosas y del mundo mismo. Después, cuando se me ocurrió escribir la primera novela, *La Nieve del Almirante* —que fue como un ensayo, yo no sabía que estaba escribiendo una novela; no era esa mi idea; era sencillamente desarrollar una prosa que había escrito, que se llama "La Nieve del Almirante", que apareció en un libro de poesía¹ donde yo me di cuenta de que eso no era ya un poema en prosa—, supe que Maqroll, claro, necesitaba una descripción física, un pasado. Pero ya era tarde. Después de cuarenta años yo no voy a inventarle a un personaje un pasado ni una experiencia "nacional", digamos.

JT: De Maqroll conocemos su edad madura y la entrada en la vejez, pero nada sa-

¹ "La Nieve del Almirante" aparece en *Caravanary*.

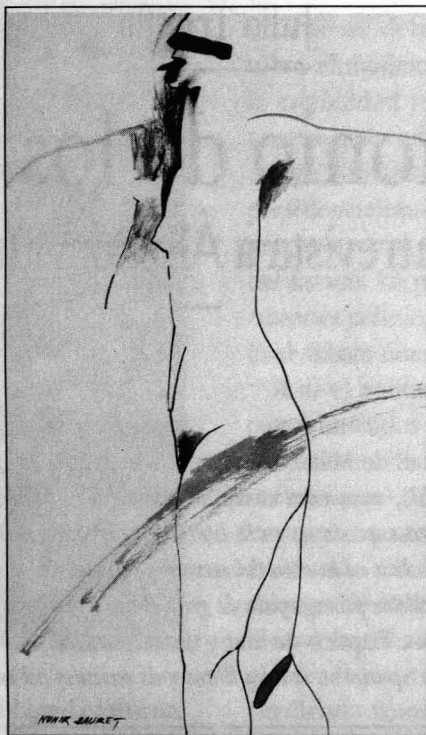
bemos de su juventud ni de su experiencia como gaviero. ¿Nunca le ha interesado rescatar esa etapa de su vida?

AM: Esa pregunta viene muy a cuento, porque acabo de terminar un libro, que se llama *Tríptico de mar y tierra*, que consta de tres episodios de la experiencia afectiva de Maqroll que para él son totalmente novedosos: el suicidio de un viejo compañero de pesca (que es su íntimo amigo mientras están en el mar, en tierra no se ven nunca); una serie de viajes y de hazañas tumultuosas con un pintor (un grande amigo mío, Alejandro Obregón, gran pintor colombiano que hubiera muy bien podido ser un gran compañero de largas horas de bebida con Maqroll en las islas de las Antillas y en muchos otros lugares); y la experiencia con un hijo natural de Abdul Bashur, un niño de quien, por circunstancias que explico allí, tiene que hacerse cargo Maqroll durante un largo año. Entonces ahora sí me está llamando la atención el contar un episodio de la juventud de Maqroll —no voy a adelantarle nada, es un trabajo en gestación. Yo trabajo mucho sin escribir, en la imaginación, creando, viendo, dejando que las cosas sucedan dentro de mí. Esto lo aprendí en las siete novelas que he escrito: no apre-

surarme; hay una madurez de situaciones que permite ya comenzar a escribir. Desde luego seguirá sin saberse, a ciencia cierta, dónde nació, pero ya podemos ocuparnos un poco de su físico y de ciertos comienzos en su vida, no sólo de marino sino de itinerante. Si se leen con cuidado mis primeros poemas, allí aparece Maqroll como gaviero, de vigilante de unos trasatlánticos, muy joven todavía, pero a eso ya volveremos. Eso nunca se puede determinar; yo ya no me atrevo a asegurar nada, cuando terminé *La Nieve del Almirante* me dije que esa era la primera y la última novela que escribía. Estaba decidido a volver a la poesía, y mire ya cuántas llevo. Ya no hay seriedad ninguna.

JT: *Es obvio el aliento narrativo que existe en su poesía, pero platíqueme un poco más sobre su decisión de desarrollarse en la prosa, su "transición" de la poesía a la prosa.*

AM: En verdad fue una curiosidad: saber qué va a pasar con esta situación que he creado de Maqroll en el momento de bajar de "La Nieve del Almirante", que es una parada de camiones a cuatro mil metros de altura en pleno páramo en la cordillera. ¿Qué le pasó al bajar?, ¿por qué no lo conté?, ¿por qué me dio miedo contarle? Fue como un desafío. Ahora, hay una cosa que quiero aclarar y que creo que encaja con una parte tácita de la pregunta suya: en todas mis novelas sigue estando muy presente mi poesía. Creo que una persona que leyera la *Summa de Maqroll el Gaviero* y tuviera la paciencia infinita de buscar en los poemas episodios, momentos, instantes, paisajes, sensaciones que están en las novelas, las encontraría todas, con otro nombre quizá. Mi poesía sí tiene desde el comienzo un aliento narrativo, por una razón muy sencilla: mi poesía nace de un deseo de evocar una determinada región de Colombia donde mi madre y mis abuelos maternos tenían una hacienda de café y caña, una hacienda muy grande, muy bella, en donde yo viví



días y horas y semanas inolvidables, de una riqueza de experiencia y una plenitud de belleza tal, de paisajes y de encuentro con la gente, que para mí ese sitio es el paraíso. A mí el paraíso no me lo tienen que ofrecer porque yo ya lo conocí; volver a él eso sí me lo pueden ofrecer. Entonces, desde mi primer poema, "La creciente", estoy hablando de eso, y tiene un aliento narrativo porque en verdad va directamente a preservar, a conservar un instante en la memoria, un hecho real, una experiencia real mía. Yo tengo una gran fe en el testimonio de los sentidos. Está dicho en muchos poemas y varias veces en las novelas. Por eso al final de una narración que yo quiero mucho —el que la quiera mucho no quiere decir que me parezca muy lograda ni mucho menos, pero la quiero mucho— que es "La muerte del Estratega", en el instante en que el Estratega agoniza y muere todo está bien, todo está en orden: tuve en un momento en mis manos el cuerpo de una mujer a quien adoré; esto ya es un regalo maravilloso, eso justifica la vida.

JT: *Aunque conocido y celebrado como poeta durante muchos años, el éxito mundial lo trajeron sus novelas. ¿Qué género disfruta más?*

AM: Si quiere que le diga con absoluta honestidad, yo nunca he sentido que pasé de un género a otro; sigo con el mismo personaje, con los mismos paisajes de las Antillas, con el puerto de Amberes, con los puertos del Báltico, con algunos puertos del Mediterráneo; siguen siendo los mismos paisajes y situaciones que me acompañan. Entonces yo no siento que paso de una cosa a la otra. En verdad sí paso, pero la frontera entre ambas no la puedo delimitar; ahora, el que se me haya reconocido con más rapidez por las novelas es muy curioso. Se debe a un hecho muy elemental: en países como Francia, Estados Unidos, Alemania e Italia se tradujeron antes mis novelas que mi poesía. Quién sabe lo que hubiera sucedido si se hubiera traducido la poesía. En fin, no me hago muchas ilusiones, pero, por ejemplo, ahora va a salir mi poesía completa en francés y estoy seguro de que tendrá lectores y que los lectores de mis novelas —que en Francia son ya bastantes, no quiero decir numerosos, no quiero presumir porque no es así— cuando lean la poesía van a entender todo; en esos países sucedió al revés que en los países de lengua hispana.

JT: *Desde La Nieve del Almirante aparecen los rasgos que definen a Maqroll y los temas preferidos de Álvaro Mutis, como esa manía del Gaviero por emprender aventuras en donde no importa el lugar al que se busca llegar sino la búsqueda en sí. Aquí se podría insertar la famosa teoría de Maqroll sobre las caravanas.²*

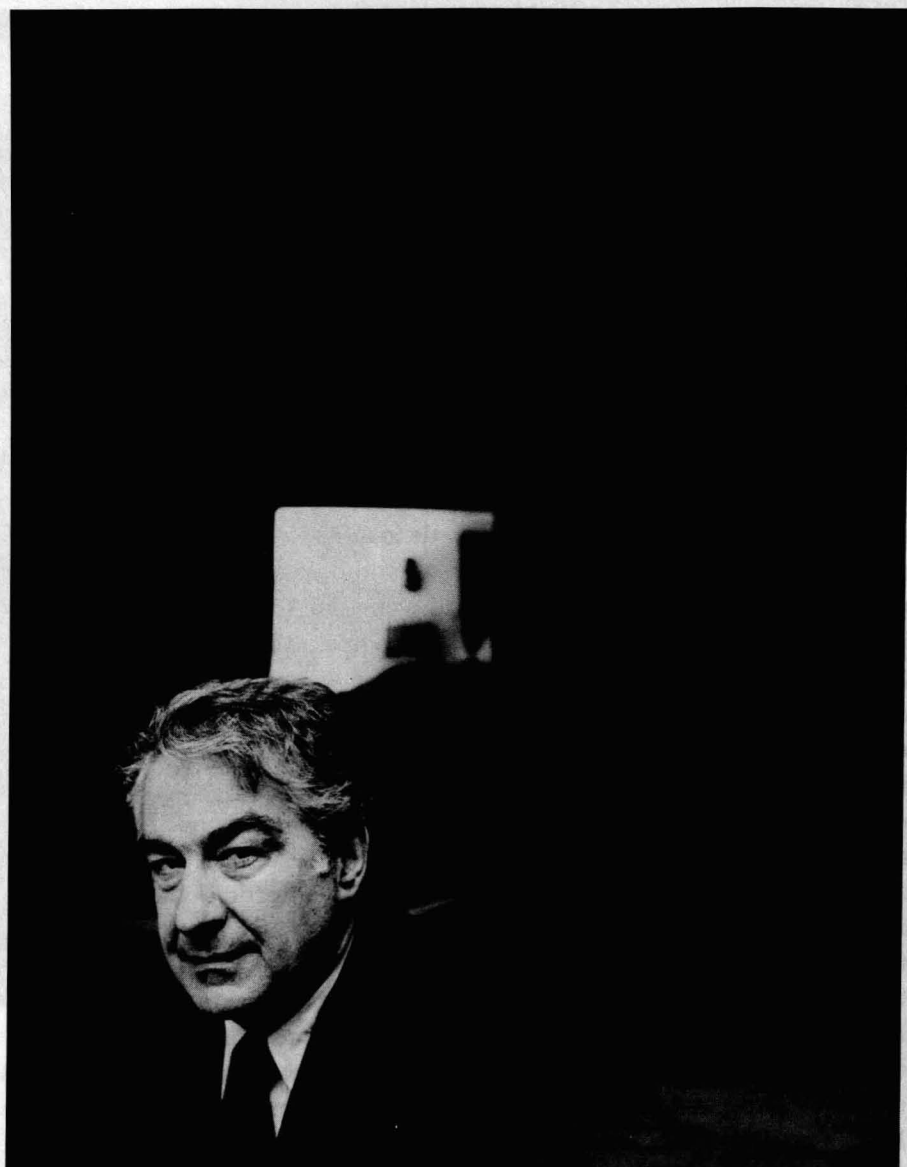
AM: Yo le iba a decir eso. Bastaría que en este momento citáramos el fragmento sobre la caravana en donde lo que importa no son los camelleros, ni la caravana, sino el culto de la caravana. Maqroll es un hombre que ya sabe que es inútil buscar nada, que cuando

² "Una caravana no simboliza ni representa cosa alguna. Nuestro error consiste en pensar que va hacia alguna parte o viene de otra. La caravana agota su significado en su mismo desplazamiento. Lo saben las bestias que la componen, lo ignoran los caravaneros. Siempre será así."

encontramos es peor que cuando no encontramos, porque lo que encontramos no sólo nos desengaña sino que nunca será lo que nosotros queríamos. Eso nos sucede en amor, en amistad, en la vida diaria y en este delirio absurdo que es la poesía. Entonces Maqroll emprende esta serie de experiencias sencillamente porque si no lo hace se muere. Desde luego desde el comienzo él sabe que no hay tales aserraderos en *La Nieve del Almirante*. La primera vez que los menciona casi se le ríen en la cara. El capitán sabe lo que Maqroll va a encontrar, pero el capitán —que es una especie de doble de Maqroll en ciertos momentos— no le dice nada, ¿para qué decirle?, si ese hombre no está buscando ningunos aserraderos. Lo que quiere, esto sí, por ejemplo, es el paso por los rápidos, a ver qué sucede, qué tan cerca está la muerte, qué cara tiene. Así le sucede con todo. En *Amirbar* la búsqueda del oro es exactamente lo mismo. Yo me he opuesto un poco al uso de la palabra “aventura”. El título que lleva la totalidad de los libros de Maqroll, que en realidad es un sólo libro con varios episodios, es *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Así lo veo yo, porque la aventura es un poco la idea del hombre que va a buscar algo nuevo, y para él ya no hay nada nuevo, vuelve siempre a los mismos países. El país donde sucede *La Nieve del Almirante* es el mismo país de *Un bel morir* y de *Amirbar*; siempre visita el puerto de Amberes, los puertos del Mar del Norte, Túnez, Trípoli, Estambul: son los mismos hábitos familiares que él sabe que son cruces de caminos.

JT: Hay varios temas recurrentes sobre los que se podría conversar jornadas enteras; dos de los más fundamentales son el azar y la muerte.

AM: Vamos a tratarlo por orden. En alguna novela explico, o explica Maqroll, que el azar no existe. Es como las coincidencias, en las cuales yo nunca he creído; sí creo que pertenecemos a una especie de plan del uni-



verso —creo en Dios— en donde está escrito ya todo esto que nos está pasando; yo podría decir qué curioso, me encontré a un redactor de la *Revista Universidad* —en donde, por cierto, jamás se han reseñado mis libros—, qué casualidad, y no existe tal casualidad, probablemente es este el momento maduro para conversar usted y yo. No existe el azar, pero hay que tener cuidado cuando vamos a calificar algo de azaroso. Mejor preguntarse ¿por qué pasó?, y yo estoy absolutamente seguro de que siempre encontraremos la razón oculta detrás de lo que llamamos azar para salir del paso: es muy fácil hablar del azar. Aquél verso bellissimo de Mallarmé “un golpe de dados jamás abolirá el azar” —o una “suerte” de dados, como sugiere Octavio Paz, creo que con razón, que se debería decir— es muy cierto, jamás

se abolirá el azar porque el azar sucede siempre, y si sucede siempre es porque no existe, porque no es azar, está inscrito en el universo. Para la muerte habría que presentar casi los mismos argumentos. Yo describo tres muertes de Maqroll: una se llama “Morada” y es un poema en prosa que se encuentra en *Reseña de los hospitales de ultramar*; otra, en un poema del mismo libro y con un larguísimo título: “Se hace un recuento de ciertas visiones memorables de Maqroll el gaviero, de algunas de sus experiencias en varios de sus viajes y se catalogan algunos de sus objetos más familiares y antiguos”; la tercera es “En los esteros”, que incluyo al final de *Un bel morir*.³ En ninguna de las

³ “En los esteros” aparece en el libro *Caravansary*.

tres ocasiones su muerte es clara; eso no me interesa. Ahora, en un episodio del libro que acabo de terminar se narra el primer encuentro de Maqroll frente a frente con la muerte; también existe el diálogo que sostiene con Abdul en *Abdul Bashur, señorador de navíos* en donde se habla de estos encuentros. En esos dos momentos —en *Tríptico* y *Abdul Bashur*— es evidente que Maqroll no se preocupa ni se ocupa de la muerte; la muerte está ya ahí. Eso es una convicción mía, y casi una experiencia interna, espiritual, desde muy niño; no es que no le tema a la muerte, por supuesto que le temo, pero ya la tengo adentro, es inútil extrañarme. Cuando empiezan a morir los amigos, los seres que queremos —ya perdí a un hermano que fue mi cómplice y mi amigo íntimo profundo de toda mi vida—, eso es una parte de nuestra muerte. La muerte de Alejandro Obregón —una amistad entrañable de cincuenta años— el año pasado, es ya un poco mi muerte, porque cuando yo llego a Cartagena de Indias donde él vivía, llego todavía con un bagaje de cosas que contarle y él ya no está; eso es muerte mía, ya no es muerte de él. Los buenos cristianos saben bastante de esto; estamos viviendo nuestra muerte. Y cuando venga lo menos que debemos hacer es extrañarnos, dolernos sí, pero extrañarnos nunca.

JT: *Maqroll se niega a aceptar la idea de que existe un destino que rige sus actos. Sin embargo se resigna ante los males o las sorpresas que la vida le pueda deparar. Creo que ahí hay una aparente contradicción.*

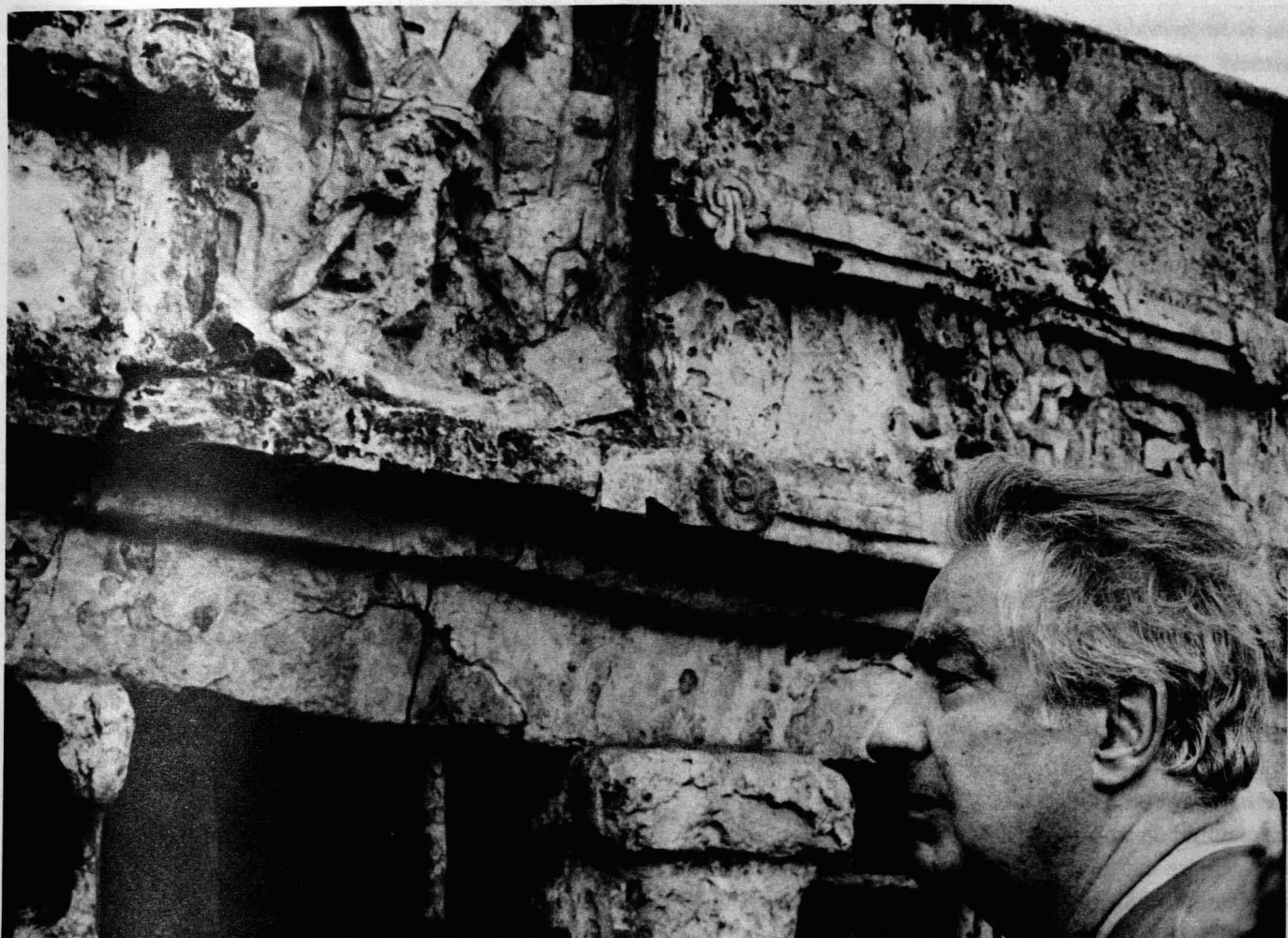
AM: No hay contradicción. Le voy a explicar cómo siento yo que Maqroll vive las cosas —ahora, yo estoy aquí hablando por cuenta de Maqroll y él ya tiene sus propias ideas y me tortura en una forma increíble; ya van dos o tres ocasiones en las que estoy escribiendo y él me corrige. Está presente diciendo “un momento, yo no hablo así, eso no me puede pasar a mí, no voy a permitir que me suceda”. Enton-

ces, volviendo a hablar en nombre de él, hay dos cosas que son el eje de la personalidad de Maqroll y que son complementarias: la aceptación y la indulgencia. La aceptación es: lo que venga acéptalo, no luches contra las cosas, no luches contra el destino; eso es mentira. La inmensa necesidad de Aristóteles cuando dijo que el hombre es el arquitecto de su propio destino sólo se le puede ocurrir a un griego tonto y razonador que vive sólo de la razón y para ella. El hombre no es arquitecto de nada y muchísimo menos de lo que se le viene encima; tratar de evitarlo o de transformarlo es de una ingenuidad infinita. Siempre habrá una sorpresa brutal que no tomamos en cuenta, entonces, aceptarlo. Hay un modelo que prácticamente se repite en todas las novelas: los aserraderos en *La Nieve del Almirante*, el burdel en *Ilona llega con la lluvia*, las famosas cajas que tiene que subir en *Un bel morir* y la mina de *Amirbar*; en todos estos casos él sabe ya que de ahí no va a salir nada. Me han criticado en algunas revistas y en algunos países el hecho de que Maqroll, por ejemplo, sea tan ingenuo como para dejarse envolver en un negocio como el de las cajas en *Un bel morir*; él desde el primer momento se da cuenta de que el tipo es un bellaco y que en las cajas hay algo sospechoso pero ¿qué va a pasar? Eso es lo que me interesa: ¿cómo le voy a hacer para subir estas mulas?, pero ilusión no hay ninguna. Después, la indulgencia, que es la consecuencia de esto. Maqroll jamás maldice o vierte sobre alguien la responsabilidad o la culpabilidad de algo que él ha sufrido. Si el asunto llega a una situación límite, Maqroll mata, como se narra en *Abdul Bashur* cuando el filipino intenta asesinarlo; él mata, y ha matado varias veces, pero sólo en situaciones extremas. La indulgencia consiste en el pleno entendimiento: quien entiende y comprende, perdona y olvida. Lo que jamás hará Maqroll en su vida será juzgar a alguien, ni acepta juicios de nadie sobre nadie, nunca. Él rechaza fundamentalmente la acción de eso que lla-

mamos la justicia, la autoridad, los jueces; para él eso es un mundo inexistente; no tenemos condición ni autoridad para juzgar a nadie; si un tipo es un monstruo de maldad, Maqroll ni lo juzga ni lo ataca, pero si el tipo se vuelve sobre él entonces Maqroll se defiende, mata o se va, según como esté de humor. Los dos centros de su carácter son esos. Entonces cambia enormemente el concepto de destino. Ya no es este destino que nos espera en el sentido de la tragedia griega, sobre todo en Sófocles, sino que es algo oscuro que no conocemos bien, que se va forjando a medida que van pasando las cosas; no es que esté íntegro allá esperándonos: se ha ido tejiendo, no nos hagamos tontos, dice Maqroll.

JT: *En Ilona llega con la lluvia se desarrolla a fondo otro tema de importancia en su obra, el de la mujer. Flor Estévez, Ilona, Amparo María, Warda, La Regidora, Antonia, casi todas ligadas por un fin trágico.*

AM: No es la primera vez que me hacen esta pregunta, naturalmente, y es la pregunta que nunca puedo contestar con mucha claridad, en una forma determinante. No sé por qué se me mueren estas mujeres. Lo que puedo asegurar es, por ejemplo en el primer caso, el de Ilona, que nunca tuve la idea de que ella muriera. Incluso cuando me senté a escribir esa página ella va, se despide de Larissa y se va con Maqroll a Cristóbal a esperar a Abdul, suben a su barco y ahí termina la novela. En medio de la escritura estalló el “Lepanto”. Eso ya sé que parece inverosímil, pero yo escribo en una forma un poco sonambúllica; dejo que sucedan las cosas y no corrijo ni controlo mucho lo que estoy escribiendo; algo me mueve adentro, algo comienza a suceder y yo lo escribo; después —nada es gratuito, desde luego— me di cuenta de que el carácter de Larissa adquiere con la muerte de Ilona una profundidad trágica, terrible, demoniaca, pero que nunca se había manifestado hasta ese



momento, en el que se ve la absoluta inmersión en el mal en que está Larissa. En el caso de Amparo María, pues en verdad la violencia brutal que viven estos países de América Latina —y el mundo entero, esto hubiera podido suceder perfectamente en Yugoslavia o en Líbano o en Irak— siempre la pagan los inocentes. La violencia cuando es más imperdonable es cuando hiere a los que no están en el juego, y yo creo que por eso murió la pobre de Amparo María. Warda está viva. Antonia venía mal desde el comienzo. En cambio está el ejemplo de una mujer como Dora Estela —La Regidora—, que es una mujer centrada, que sabe exactamente en qué pedazo de tierra están sus pies. Hay una especie de necesidad en ciertos momentos de dar ese toque brutal, ese golpe enorme a Maqroll, a la anécdota que estoy contando y al lector mismo.

JT: *Qué golpe más brutal que la muerte de Abdul*

AM: Sí, ese no me lo perdona muchísima gente.

JT: *En Ilona aparece un tema diferente que no existe en los otros libros, tema sobrenatural y ficticio. Me refiero a las apariciones que ocurren en el "Lepanto". ¿Cómo se le ocurrió esto?, ¿cómo se gestó esa idea?*

AM: Así, tal como está narrado. Ya le explicaba que yo tengo la tendencia, la disciplina de dejarme ir cuando escribo. Cuando escribí la aparición de esas dos figuras en la cala del "Lepanto", yo mismo no sabía qué diablos estaba pasando, si eran fantasmas o si eran reales —son de dos épocas diferentes de la historia pero son muy concretos, muy reales, y en su manera de relacionarse con Larissa son muy específicos. Después estuve a punto de modificar ese episodio y de darle alguna disculpa literaria, pero ¿por qué?, que el lector se trague la píldora completa, yo no me voy a poner a

arreglarle la vida al lector, yo no sé; eso le pasó a Larissa y ya verá ella cómo lo negocia. No quise en verdad meterle mano a ese pasaje. Yo escribo por las mañanas y corrijo por las noches, pero la corrección nocturna es puramente formal: palabras, sintaxis, repeticiones, desagradables rimas internas, en fin; dejo descansar el libro unos días o semanas y después lo leo como si fuera un libro ajeno; hago todo lo posible por leerlo así; entonces cuando llegué a este momento de las apariciones tuve la tentación y dije no.

JT: *Usted, como ya lo dijo antes, ha sugerido un puñado de veces la muerte del Gaviero. La reacción de Gonzalo Rojas⁴ la compartimos muchos lectores que seguimos con gran interés las tribulaciones de Maqroll. ¿Qué opina de este vínculo*

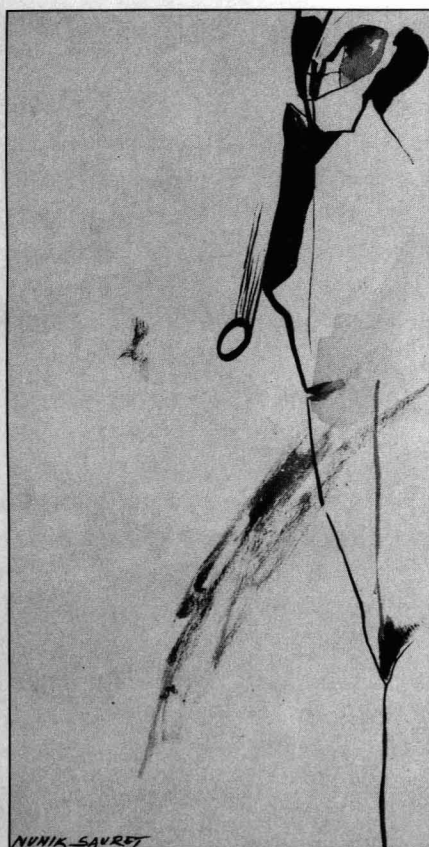
⁴ Gonzalo Rojas amenazó con ir a los tribunales para impugnar la desaparición de su amigo Maqroll.

que se ha formado entre sus libros y sus lectores?

AM: Lo estoy descubriendo. Yo nunca escribo, no lo hago jamás ni lo hice con la poesía, imaginando un lector; entonces cuando aparecen lectores míos —esto sucede cada vez con mayor frecuencia, sería inútil negarlo— y me cuentan sus relaciones con los libros, me da una sorpresa enorme. Me da gusto, claro, pero también me sorprende que algo que yo he escrito en un estado, le repito, de sonambulismo, tenga un eco en alguien que no me conoce ni sabe quién soy yo. Un ejemplo: existe una preferencia femenina muy marcada por un libro que yo también quiero mucho, *La última escala del Tramp Steamer*, que tiene unas lectoras que son absolutamente febriles. Me escriben o me las encuentro a veces y sin conocerme me hablan de su relación con el libro. La multitud de amigos que tiene Maqroll siempre me tomará por sorpresa esa familiaridad, ese conocimiento del lector de todos estos hechos y esa asimilación a su propia experiencia. Me da también satisfacción saber que esas páginas no se perdieron.

JT: Me extraña nunca haber encontrado en sus libros la palabra *saudade*.

AM: En alguno está, en este momento me es difícil saber. *Saudade* es una palabra intraducible —yo hablo y leo portugués como si fuera mi lengua materna—, tiene una traducción posible: añoranza, pero *saudade* tiene una mezcla de placer y dolor cuando sucede que la añoranza no tiene, la añoranza es una nostalgia un tanto más intensa: la necesidad de una presencia; la *saudade* es casi como un complacerse en una herida y al mismo tiempo sentir un placer nuevo e intenso y sentarse a sentirlo. Tal vez no la he usado pero creo que hay muchos momentos de *saudade* en mis libros; por ejemplo cuando Maqroll se encuentra con Ilona en la calle en Panamá y se reúnen y se sientan a beber *gin and tonic*. La satisfacción, el descanso que siente Maqroll es pura *sau-*



dade, el gusto de haberse encontrado y la rememoración del pasado. Hay muchos momentos de *saudade* en mis libros; creo que en alguna parte está la palabra, no estoy seguro, pero me da gusto que lo haya notado.

JT: Tres personas o personajes se funden y confunden constantemente: Maqroll, Mutis y un tercer elemento que es el narrador de toda la saga. ¿Se pueden establecer relaciones y diferencias?

AM: Está totalmente en lo justo, hay tres personas distintas. Ahora, la pregunta sería ¿por qué esa tercera persona no es Álvaro Mutis? De eso me he venido a dar cuenta ahora, al escribir el *Tríptico*, hasta ahora, en donde hablo de mi esposa y en donde voy a ver con ella a Maqroll en Pollensa. De pronto me doy cuenta de que a esa pareja le están pasando cosas que ya no son mías tampoco. En los libros míos el narrador forma parte de la historia, no de mi vida, pero ha sido paulatino este descubrimiento, este surgir del narrador, a tal punto que los tres episodios del *Tríptico* se los cuentan simultánea o alternativamente al narrador personajes de esas mis-

mas narraciones, o Maqroll mismo, u otras personas con las cuales yo nunca he estado en contacto. ¿Qué pasa?, que el narrador se ha vuelto un personaje, muy útil para mí. El narrador sabe más de Maqroll que yo; ellos tienen una cierta complicidad; hay cosas graves que Maqroll ha callado de su vida. Las sabe el narrador y tampoco las ha contado, yo no las sé. Cuando hablan entre ellos uno siente, yo espero que el lector sienta, que estos dos pájaros se han visto enredados en asuntos bastante peliagudos.

JT: La América Ecuatorial, usted lo ha dicho, ha sido víctima de una literaturización exagerada. ¿Cómo relaciona su obra con este fenómeno?

AM: Cuando las cosas suceden en la América Ecuatorial voy directamente a una descripción y a una evocación de un paisaje absolutamente real; todo sucede en un plano estrictamente real. García Márquez lo hace de una forma genial con otro estilo. Yo nunca he creído que necesite, en mi caso, acudir a la fantasía y al famoso realismo mágico para contar la maravilla y el horror que encarnan en esa zona. Si otros lo han hecho en algunos me parece un logro magnífico y en otros me parece un absoluto fracaso. La explotación, o la insistencia y la explicación de lo real maravilloso me parece una gran tontería. Los auténticos grandes escritores que se han ocupado de esa zona, a través de ese camino, jamás han hablado de lo real maravilloso; es real y terrible como es real y terrible cualquier lugar del mundo.

JT: ¿Qué me puede contar de su experiencia en *Lecumberri*?

AM: Sobre eso podríamos hablar horas enteras, días enteros o podría remitirlo a las páginas que publiqué en el *Diario de Lecumberri*. No es una manera de sacarle el cuerpo a la pregunta, pero yo creo que uno no tiene derecho de presentar cualquiera de las experiencias de su vida como un



hecho excepcional. Todos los seres humanos tenemos en un momento dado experiencias excepcionales y terribles, que son aleccionadoras, que enriquecen, pero que duelen, entonces la memoria se encarga, muy sabiamente, o de borrarlas, o de maquillarlas y hacerlas todas muy bellas, o sencillamente de dejarlas atrás. Yo lo que le puedo decir es esto: no hubiera escrito las siete novelas que ya escribí ni las que posiblemente escriba, ni buena parte de la poesía que escribí al salir de Lecumberri si no hubiera estado ahí, porque esas experiencias terminales, al final de la cuerda, *the end of the rope*, como dicen los ingleses, desde luego que cargan allá dentro la capacidad de imaginar, de ver y de sentir y nos acercan tremendamente, verdaderamente, a los hombres. Yo no hubiera escrito un libro como *Los emisarios*, que aparentemente no tiene nada que ver con Lecumberri, si no hubiera pasado los quince meses que pasé ahí. Ni me pesa haber estado ahí, ni me alegra muchísimo. Hubiera preferido no haber estado, claro, pero ya pasó; en eso sí tenemos que actuar como Maq-

roll. Hay una regla fundamental que rige la conducta de los marinos de guerra ingleses desde la época de los piratas hasta hoy; se resume en una frase: *Never explain, never complain*. Estoy seguro de que muchos de los episodios que le ocurren a Maqroll arrastran experiencias que tuve en Lecumberri, que fueron muchas.

JT: ¿Qué pasó con su novela sobre los últimos días de Bolívar?

AM: Fue muy sencillo. Yo tenía la idea de escribir, desde hace muchos años, los últimos días de Bolívar. No es éste un personaje que me atraiga muy particularmente; siento por él cierta simpatía por su carácter de romántico desaforado, de personaje de Chateaubriand o de Lord Byron, pero como político creo que fue un desastre y que nos hizo un daño inmenso; yo creo que la independencia sucedió en la peor forma en la que podía suceder, en el peor momento y de ahí no sacamos sino guerras civiles que siguen hasta ahora. Eso se lo debemos a la falta de auténtico sentido político y

de sentido de la realidad política de Bolívar. Yo quise escribir ese final de un hombre al que se le ocurre esa frase de una belleza extraordinaria y de una realidad total: "aré en el mar y edificaré en el viento", en una carta que escribió antes de morir; esa es su vida. Escribí la novela y de pronto me di cuenta de que necesitaba verificar una cantidad enorme de episodios de la novela, desde el punto de vista histórico, y eso me dio una pereza inmensa y de pronto le tomé a todo eso un fastidio enorme. Rescaté el fragmento "El último rostro" y lo demás lo quemé. Muchos años después García Márquez vino aquí y me preguntó si yo iba a continuar esa novela, porque él quería hacerla. "La harás como nadie, porque es exactamente el tipo de situación y de personaje en la que eres un maestro" le dije.

JT: ¿En qué proyecto de poesía trabaja actualmente?

AM: Estoy escribiendo un libro que se llamará *XI Carminae contra gentiles*, que es una poesía bastante diferente de la que he escrito hasta ahora, aunque es siempre lo mismo: uno siempre tiene cosas que decir y no hace sino repetir las en una u otra forma.

JT: La última frase que tenemos de Maqroll, al final de Abdul Bashur, es "todo se me va de entre las manos", que deja un amargo sabor de boca.

AM: ¿Usted sabe que el *Tríptico de mar y tierra* lo escribí exclusivamente para dar ejemplos de qué real es esa frase? Se le va de entre las manos su compañero de pesca, se le va de entre las manos Alejandro Obregón y se le va de entre las manos el hijo de cinco años de Abdul Bashur —al final de este episodio Maqroll me dice "¿se acuerda usted de cuando quiso darme una foto y yo le contesté que mejor la guardara porque todo se me va de entre las manos?, vea usted cómo todo se me va de entre las manos". Pero así está bien: aceptación e indulgencia. ◇

Jorge Donn o la luminosidad

Existe una fotografía tomada en el Grand Palais, el año de 1989. En ella se ve a dos amigos que caminan entrañablemente abrazados. En sus rostros hay tristeza y una grave resignación, tal vez por el destino inevitable de uno de ellos. Saben que mientras llegue la muerte, juntos celebrarán la vida, danzando. Existe también un libro que contiene fotos de las coreografías, además de los profundos textos de Maurice Béjart. Este libro está dedicado a Jorge Donn, al hojearlo uno casi palpa la intensidad de una de las más bellas relaciones, no sólo de dos amigos, sino de dos creadores.

Jorge Donn nació en Buenos Aires, el 29 de febrero de 1947. Desde muy pequeño inició sus estudios de danza en el Teatro Colón. Cuando tenía dieciseis años, el Ballet del Siglo xx de Maurice Béjart hizo una gira por América del Sur. El deslumbramiento del joven fue absoluto, tanto, que inmediatamente viajó a Bélgica y le pidió a Béjart que lo dejara ingresar a la compañía. Con ciertas reservas por su escasa edad, el coreógrafo belga no pudo negarse, seguramente porque desde que lo vio percibió en él esa cualidad indefinible que sólo poseen ciertos seres, tales como Nijinsky, Pávlova, Nuréyev... ese don que va mucho más allá de las capacidades técnicas e histriónicas, algo que tiene que ver más con cierta luz interna de alguien que parece no pertenecer a este mundo y cuya única misión en esta vida es bañarnos con ella, revelarnos otro mundo, conmovernos, transformarnos...

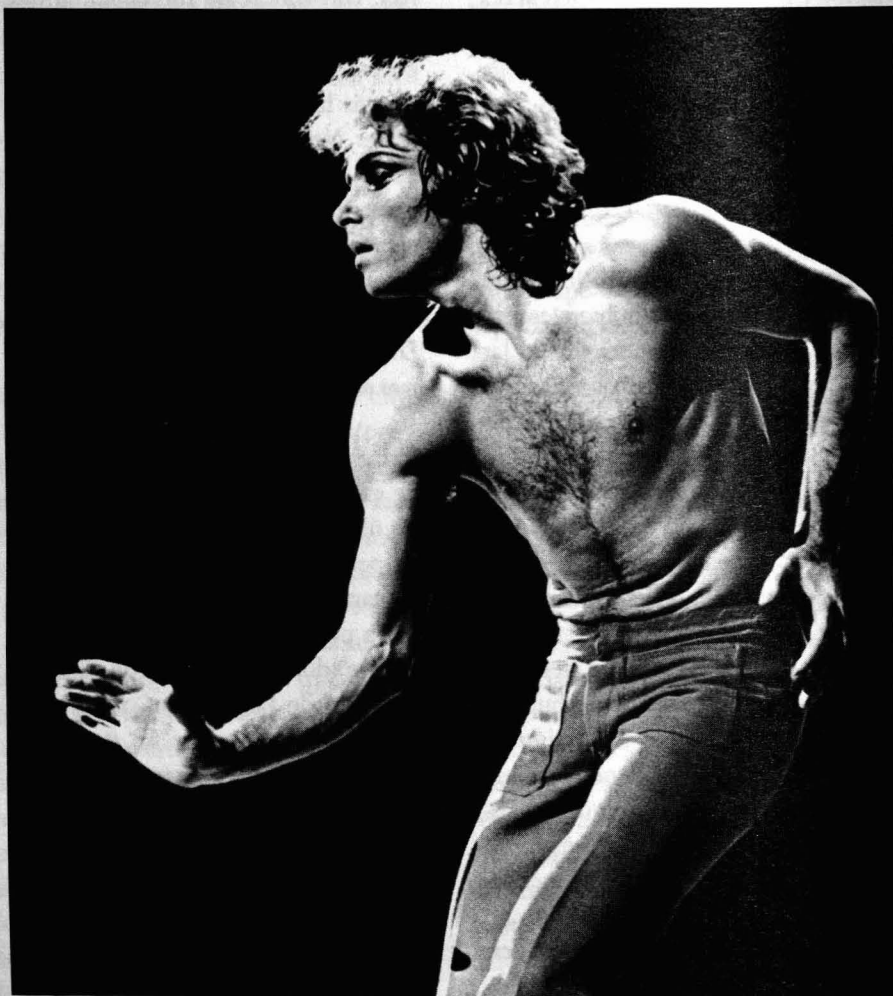
La intensa relación entre bailarín y coreógrafo fue inmediata. En 1964 Donn ya tiene un papel protagónico en la *Novena sinfonía* con música de Beethoven; poco después será el inolvidable personaje del *Romero y Julieta* que Béjart crea con la música de Héctor Berlioz. En 1967 participará en la *Misa por el tiempo presente...* Donn encarnará a Krishna, en *Bakhti*, será el payaso de dios en *Nijinsky*, el cisne en *Leda*, el poeta en *Fausto*; también llegará a

ser un pájaro de fuego y el único que sustituirá a la Plietskaya al interpretar el inolvidable *Bolero* de Ravel, siempre conmoviéndonos, siempre dejándonos la tarea imposible de descifrar el maravilloso misterio que palpitaba en ese cuerpo, formado con voluntad y disciplina —que tan lejos estaba de la belleza convencional— y en ese rostro que a cada momento se transfiguraba para crear a los más conmovedores personajes. Donn fue parte medular de esas sublimes y monumentales coreografías en donde espacios, luces, elementos teatrales, voz, todo, está al servicio del movimiento de los cuer-

pos, de un lenguaje dancístico tan profundo y total como es el de Béjart.

Sin duda Jorge Donn encarnaba totalmente lo que para Béjart era el bailarín ideal: un ser sublime que distaba mucho de ser afeminado y frágil, un ser que poseía toda la virilidad, pero además la cualidad de lo andrógino que tan bien define este coreógrafo:

El ideal de perfección de un sexo comprende siempre una parte de la perfección del otro. El sueño de lo andrógino ha perseguido a filósofos, poetas, escri-



tores... Yo detesto a los bailarines afeminados, los encuentro muy contrarios al arte, sin embargo un ser con la anterior característica puede tener posibilidades múltiples y más ricas...¹

La carrera artística de Donn fue vertiginosa, deslumbrante, su enigmática imagen aparecía en portadas de revistas, carteles, periódicos, y es que quien haya tenido el privilegio de ver bailar a este iluminado ser, jamás podrá olvidar la belleza de su arte y su increíble capacidad de metamorfosis. Varias veces tuvimos la oportunidad de verlo en México, cuando el Ballet del Siglo xx participó en el Festival Cervantino y, en otras ocasiones, cuando bailó en el Palacio de Bellas Artes. Será inolvidable el recuerdo de aquella presentación del grupo en la Alhóndiga de Granaditas (tan apropiada para esta compañía ya que a Béjart le encanta crear espectáculos para espacios abiertos), en la que al final Donn interpretó, como sólo los dioses lo hacen, el *Bolero* de Ravel (coreografía de Béjart), conmoviendo al público notablemente.

Aunque algunas veces Donn se "escapara" de Béjart, como en 1976 cuando viajó a Nueva York para bailar con el New York City Ballet de Balanchine, o cuando él y Marcia Haydée decidieron presentarse solos, como pareja, siempre el bailarín se reuniría con su maestro y entrañable amigo. Es impresionante comprobar cómo este mágico bailarín encarnó no sólo el arte sino los pensamientos de Béjart, quien curiosamente alguna vez, en una entrevista en donde habla acerca del hombre y la danza, afirma que en una relación entre dos hombres, sin que ésta necesariamente sea sexual, puede surgir uno de los más altos grados de ternura; explica cómo la mayoría de los seres humanos tenemos miedo de tocarnos pero menciona a los italianos y a los árabes que tan naturalmente van por las calles tomados del brazo o de la mano sin tener el menor prejuicio...² Y esto por supuesto no es una mera teoría, ya que él tuvo esta intensa y auténtica vivencia hasta que la muerte se llevó, el 30 de noviembre de 1992, a un ser único que nos bañó con la luz de su arte: Jorge Donn.

Existe una fotografía en la que un ser iluminado mira al infinito... sabe su inevitable destino. Un tierno payaso con un rostro pleno de amor y compasión lo abraza (y tal vez le murmura: "No temas, éste será sólo un viaje, pero tu danza es y será luminosa, eterna... pura..."). ◇

¹ *L'homme et la danse*. Editions Vilo-Paris, 1980.

² Ibid.

La eternidad por fin comienza un lunes de Eliseo Alberto

Hernán de Jesús Becerra Pino.

Esta novela es una triste historia de amor de honda melancolía. Todo comienza con la muerte de un león (Metro Goldwyn Mayer) y su consecuencia trágica en el corazón atormentado de su compañero el domador Tartufo, con quien compartió su jaula a manera de alcoba, a la hora de dormir, y quienes juntos como un ovillo se prodigaban calor y compañía. Murió a consecuencia de una indigestión (en medio de retortijones y quejidos) por haber comido una buena cantidad de fruta podrida que Caifás el enano le tiró a la jaula por equivocación, en lugar del bote de basura. El llanto del domador era inconsolable: balbuceó mientras Asdrúbal el Mago cavaba la fosa de felino: "cabremos los dos". La ternura que estas palabras encierran indican el propósito del autor de darle un giro contrario a la tradición de la novela latinoamericana contemporánea que siempre expresó violencia. Ternura que excepcionalmente sólo se percibió en la novela indigenista.

Novela que nos reconcilia con el género; su encuentro amistoso, casi un acto de amor, se da a través de su humanismo, dramatismo, alegría y tristeza, su melancolía y su nostalgia. La novela tiene lugar en cualquier país latinoamericano, donde "se siente más que se piensa". Un mundo donde pensar y entender es lo de menos, lo importante es sentir.

La eternidad por fin comienza un lunes de Eliseo Alberto es heredera de la más tradicional novela hispanoamericana de los últimos años. El realismo mágico de Gabriel García Márquez se hace presente en todo momento en la obra. Mundo en que uno no sabe si es la realidad producto de la alucinación, si ésta producto de la realidad, o ambas cosas.

En la novela vemos ese mundo marginado pero que nunca deja de ser maravilloso: el circo. Lugar mágico y encantador en donde todo puede suceder y en donde todo se muestra, se exhibe, en ese afán de quererse levantar de esa caída yecta en el universo, en la complejidad del ser. La novela misma está estructurada como una función de circo, dividida en dos actos con intermedio. Es una pasarela de grotescos y extravagantes personajes que caminan en un ir

como si vinieran y en un venir como si fueran, que cruzan sus destinos y sus apuestas alrededor de la tragicómica historia de amor entre Anabella la trapecionista del Circo Cinco Estrellas y Asdrúbal el Mago. El circo para Eliseo Alberto es el telón y el fondo. Es el aquí y allá de su libro. Esta novela de entre amores te vieras, cautiva al lector desde la primera página. Al finalizar nos damos cuenta de cómo el circo es una imagen de la vida misma. Una presentación alegórica de la realidad, que conmueve al lector profundamente al hacerle ver la insignificancia y levedad de su ser. Y que le sirve como válvula de escape ante la sinrazón de su existencia: hay que recordar que después de la tragedia viene la comedia.

Encontramos en la obra ecos de las voces de Günter Grass en *El tambor de hojalata* y de *Memorias de un payaso* de Heinrich Böhl. Es decir que la novelística alemana contemporánea, a través de estos dos exponentes, se hace presente en la obra de Eliseo Alberto.

Algo que llama la atención es la capacidad que tiene el autor de ubicar varios puntos geográficos de América Latina en un afán de llegar a hacer una novela totalizadora. Así, el autor describe en su narración el río Paraná, Centroamérica, la campaña cubana, ecuatoriana y uruguaya; el león de California, los cangaceiros del Sertón del noreste del Brasil, etc. Es decir, forma un collage en donde podemos vislumbrar todo el continente americano, sin dejar de lado a los Estados Unidos.

Para finalizar, cabe señalar que en algunos personajes del circo vemos un eco de la novelística de Mario Vargas Llosa en su *Guerra del fin del mundo*: la barbuda por ejemplo y otros más. También hay una gran influencia de la estructura e imagen cinematográfica, producto de una lente muy abierta para ver el mundo que ha aprendido y usado los mecanismos del cine. ◇

Eliseo Alberto, *La eternidad por fin comienza un lunes*, México, Ed. del Equilibrista, 1992, 380 pp.

Lengua y Literatura Náhuatl

Carlos Álvarez Asomoza

Es grato expresar la satisfacción de contar con una obra de la importancia de *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl* escrita por Michel Launey, de la Universidad de París VIII (Vincennes), la cual por recomendación del Dr. Alfredo López Austin y después de varias vicisitudes ha sido publicada recientemente, en español, por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de nuestra Universidad.

El texto fue concebido por el autor como un manual que sirviera de introducción a la literatura y a la lengua náhuatl o mexicana. Esta obra será útil a los estudiosos de diversas universidades e instituciones y principalmente a los lingüistas.

La variante del náhuatl descrita por Launey es el náhuatl "clásico", o sea la lengua literaria existente en el valle de México a la llegada de los españoles a la gran Tenochtitlán, considerada una lengua extinta en la actualidad. Sin embargo, ésta se encuentra registrada en las obras de varios religiosos ilustrados, quienes reunieron innumerables leyendas, crónicas, poemas y otros escritos en náhuatl.

Hoy día cerca de un millón de individuos, en México y Centroamérica, hablan sus variantes dialectales. No obstante, debido a la creciente incorporación de la población indígena de nuestro país a la colectividad nacional —lo que implica un desapego y menosprecio de las tradiciones y lengua autóctonas—, "aquellos cuya lengua materna es el náhuatl —expresa Launey— obtienen de ello generalmente un complejo de inferioridad más que cierto orgullo". Con todo, no hay que olvidar los diversos movimientos en defensa de la mexicanidad que desde hace medio siglo han surgido principalmente en la capital de México y de donde se irradian a otras partes del país como Toluca, Cuernavaca o Pátzcuaro. Aunque esto no impida que la lengua náhuatl se encuentre en peligro de extinción a largo plazo, situación que también es aplicable a otras lenguas indígenas de Michoacán, Oaxaca y el área maya.

El fenómeno de aislamiento y segregación de los grupos indígenas, aunado a la ausencia de factores de integración, ocasiona que la lengua *nahua* se atomice en cada pueblo.

No todos los dialectos llamados nahuas son descendientes del náhuatl "clásico", las variantes del náhuatl del Istmo de Te-

huantepec y El Salvador (pipil), así como las de la Huasteca provienen de lenguas que en el siglo XVI debieron ser muy diferentes del habla oficial del imperio azteca, la cual a su vez, no se encontraba del todo unificada. Launey considera que en la actualidad el náhuatl del Istmo está tan separado del náhuatl central como pueden estarlo el portugués y el catalán del castellano.

Es a partir del momento en que las autoridades coloniales sustituyen la lengua autóctona por el español, para los trámites oficiales en las comunidades indígenas, cuando la zona de habla náhuatl tiende a comprimirse y atomizarse en cada región. Cada pueblo desarrolla rasgos propios y estos cambios no necesariamente se extienden a las regiones vecinas. Los habitantes de una población pueden reconocer algunas diferencias en el habla de un pueblo vecino pero tienen dificultades de comprensión con un poblado más alejado.

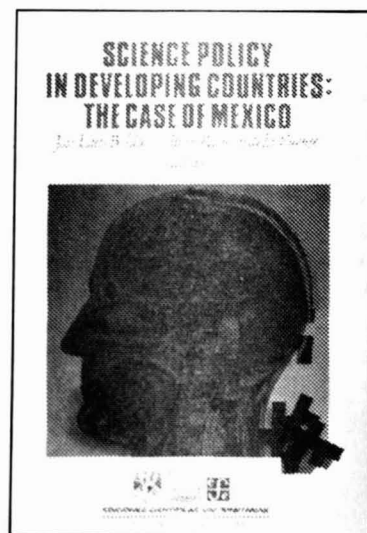
Cabe agregar que el náhuatl moderno está fuertemente influenciado por el español. En particular el habla tradicional concierne a la vida cotidiana se conserva y hasta tiende a contaminar el español mexicano, el cual en buena medida tiene su origen en el náhuatl. El resultado no siempre es una copia de la sintaxis española sino una nueva sintaxis diferente a la de las dos lenguas parentales. Esta interferencia con el español se presenta en distintos grados según la región, edad o circunstancias individuales del momento. Las personas más instruidas son las que pueden conservar más o menos "pura" cada una de las lenguas, como es común en los medios bilingües, ya que cada día hay menos nahuas monolingües.

Por último se puede decir que la obra *Introducción a la lengua...* está organizada en tres secciones con una parte teórica y otra de textos comentados en forma de lecciones. Los apéndices resultan especialmente de gran utilidad para los estudiosos o simples viajeros, que sin querer profundizar en el estudio de la cultura indígena desean ampliar sus conocimientos en el campo de la lingüística y buscan descripciones manuales en diversas lenguas. ♦

Launey, Michel, *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1992.

Novedades del Fondo
José Luis Boldú/Juan
Ramón de la Fuente
Editores

SCIENCE POLICY IN DEVELOPING COUNTRIES: THE CASE OF MEXICO



Una reunión de artículos sin precedente que aborda la problemática de la ciencia y la tecnología en los países en desarrollo, tomando como modelo el caso de México.

EDICIONES
CIENTÍFICAS
UNIVERSITARIAS

De venta en librerías



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



Anamorfosis

Armando Pereira

Debo comenzar confesando que cuando Hans Sättele, en una conversación telefónica, me pidió que presentara la revista *Anamorfosis*, enseguida pensé: "¡Qué fastidio, una revista más!" No hacía más que corroborar una sensación que ya tenía de tiempo atrás: el hecho de que algún día — muy pronto, sin duda— termine habiendo más revistas literarias que lectores de revistas literarias.

Sin embargo, al hojear la revista, primero, y más tarde, al leer los ensayos que se me había pedido que comentara —"La bordado" de Adriana Isla, "César Vallejo" de Raymundo Mier y "Paul Celan" de Hans Sättele— mi primera impresión cambió definitivamente. No se trataba de una revista más. Se trataba, más bien, de otra revista. Un discurso —en los tres ensayos aludidos— que al acercarse a la literatura lo hacía desde una perspectiva, si no inédita, sí por lo menos poco habitual en nuestro ámbito cultural. Circunscribir esa perspectiva al psicoanálisis sería reducirla, empequeñecerla. Toda perspectiva metodológica unilateral adelgaza hasta la anemia al objeto que toca, lo reduce al ángulo de mira, lo encierra en una especie de cárcel conceptual. No es el caso de los ensayos que conforman la primera sección de *Anamorfosis*. Si el psicoanálisis está en ellos es como una base necesaria, como un punto de partida; no como una cárcel. En los tres ensayos —y particularmente en el caso de Raymundo Mier— la sensibilidad del ensayista frente al texto analizado no se deja nunca atrapar en los márgenes de un saber especializado. Lo usa, en lugar de ser usado por él. Y esto es algo francamente encomiable.

No dispongo del tiempo ni del espacio suficiente para analizar detenidamente cada ensayo por separado. Pero hay una noción esencial sobre la escritura que los recorre a los tres por igual y a la que en particular quisiera referirme: la noción de vacío.

"Se escribe desde el vacío —dice Raymundo Mier siguiendo a Vallejo—, es el propio vacío el lugar original de la escritura." Y en realidad, cuando pensamos en las razones que llevan a un sujeto a escribir no encontramos más que esa oquedad esencial que el sujeto trata inútilmente de colmar

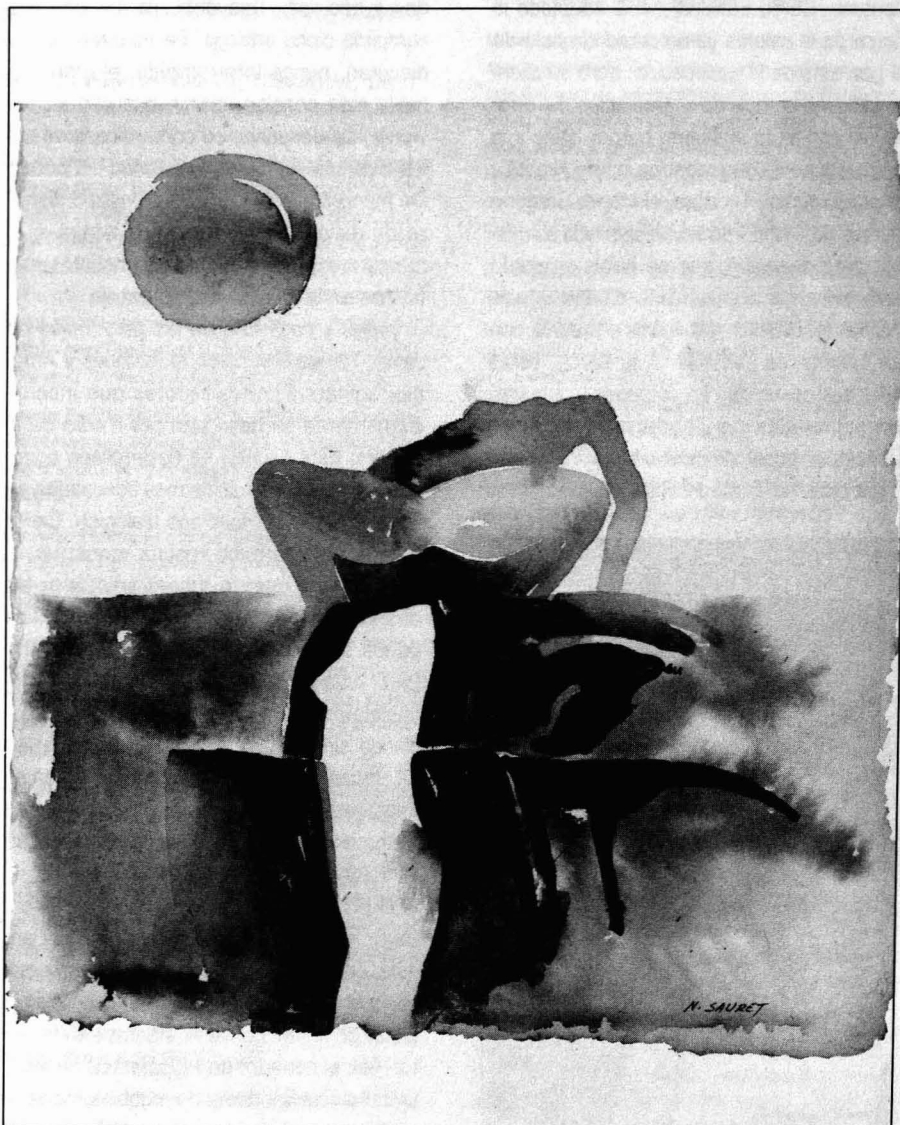
con palabras. Es esta la idea que rige también al texto de Adriana Isla: la escritura de Bernardo Soares no es otra cosa que un trabajo de bordado: hilar, tejer, hilvanar unas palabras con otras hasta que brote un sentido allí donde antes no había nada, un sentido además que terminará cubriendo —hasta hacerlo olvidar— el vacío del que nace la escritura. Es el mismo vacío del que habla Celan —esas "cuevas de palabras"— en el poema que analiza Hans Sättele.

Pero quizá lo importante no es poner el acento en el vacío (porque del vacío sólo podemos decir que está vacío), sino en el sentido que oculta ese vacío. Y es aquí donde el texto de Raymundo Mier se despeg

los otros dos ensayos que lo acompañan. Pues hay en él una exploración más amplia de esos otros registros —significación, ritmo, etc.— que nos permiten hablar de un texto literario. La literatura es ante todo una voluntad de decir. No sería lícito pensar en ella como la huella de una carencia. Creo que habría que pensar, más bien, que se trata de una plenitud, precisamente la plenitud del sentido.

De cualquier manera, me parece que los tres ensayos a los que he aludido constituyen un intento serio y loable de acercarse a la literatura desde una perspectiva —el psicoanálisis— que tiene todavía mucho que decir no exactamente sobre el inconsciente o los traumas de infancia del autor analizado, sino de ese deseo que recorre a la escritura y que hace de ella un espacio imaginario donde todo es posible, un espacio marcado justamente por la abundancia y la plenitud. ◊

Texto leído en la presentación del Nº 2 de la revista *Anamorfosis*.



Javier Tomeo o la jaula del Hombre Omega

Ignacio Padilla

Por culpa de las palomas dejé de leer a Patrick Süskind; y gracias a ellas comencé a leer las novelas del aragonés Javier Tomeo. Curiosamente, ambas cosas ocurrieron a un tiempo. La versión en castellano de *La paloma*, de Süskind, se publicó escasos meses antes de *La ciudad de las palomas*, sexta novela de Tomeo. La primera resultó ser un claro ejemplo de la decadencia de un autor que, incapaz de sustentar por más tiempo la fama que le había inflado un buen dispositivo editorial, adoptaba sin éxito los cánones de la novela centroeuropea que desde entonces estaba de moda.

La novela de Javier Tomeo, en cambio, resultó ser un trabajo mucho más brillante y honesto. Como Süskind, había adoptado la figura de la paloma ya no como símbolo de la paz, sino de la destrucción; pero su aliento kafkiano carecía de la afectación del otro, reunía con éxito el abierto humor latino y la corrosiva ironía de maestros como Hrabal y el propio Kafka. Teodoro, el nuevo Gregorio Samsa de Javier Tomeo, despertaba asimismo para descubrir que se había quedado solo en el mundo, en una ciudad donde habría de entablar una lucha a muerte con un ejército de palomas. A la sazón, estas aves se convertirían en verdugos y, a la vez, en salvavidas de Teodoro, el Hombre Omega en busca de motivos.

La obra de Tomeo consta de diez libros

escritos al vapor y traducidos al inglés, al francés, al alemán y al holandés. Su segunda novela, *El castillo de la carta cifrada*, lo consagró como un magnífico perturbador de conciencias, fotógrafo de la soledad finisecular del hombre occidental; y la tercera, *Amado monstruo*, merecía, según muchos, el Premio Herralde de Novela, en el que tuvo que conformarse con una mención honorífica. Estas dos novelas son quizá la mejor muestra de su narrativa. *El castillo de la carta cifrada* fue escrita en ese tono de instructivo que tanto caracteriza a su autor: un marqués ordena a su criado Bautista le entregue una misiva a su enemigo y le indica meticulosamente cada una de las actitudes y acciones que debe seguir una vez cumplida dicha entrega. En este larguísimo discurso, nunca interrumpido, el marqués habla más consigo mismo que con su sirviente; se denuncia, se contradice, expresa los diversos signos de la soledad del poder. De manera similar, *Amado monstruo* disfraza de diálogo el monólogo de Antonio, el protagonista, quien revela sus instintos matricidas en una entrevista de trabajo.

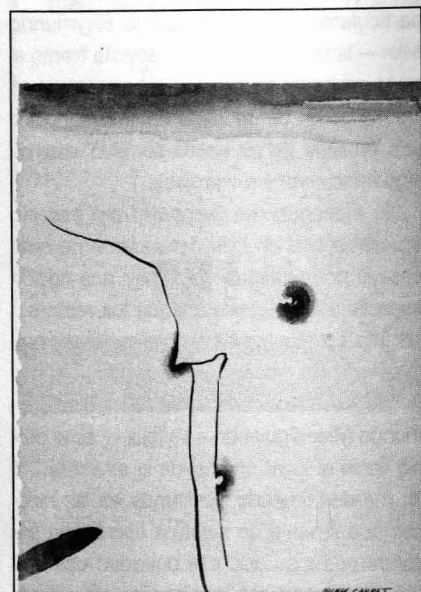
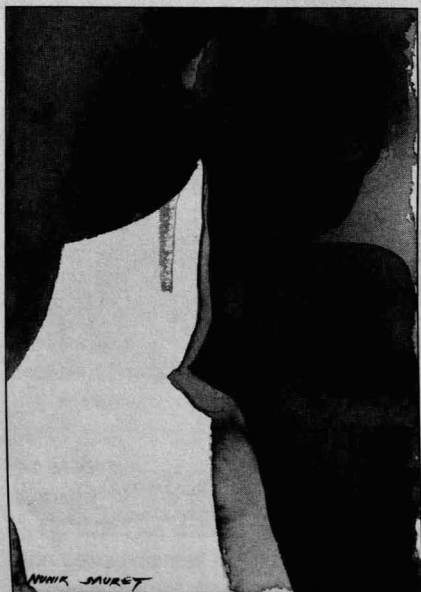
Todos y cada uno de los personajes de Javier Tomeo son como el marqués y Antonio: solitarios conversadores que inconscientemente se desnudan por medio de la palabra. Este escritor ha desarrollado como pocos uno de los estilos más adecuados en nuestro siglo: el monólogo dialógico. Ciertamente que este término resulta monstruoso, grotesco en cuanto a contradictorio. No obstante, define con claridad la tendencia de los solitarios a conversar hacia adentro. En *El cazador de leones* un mitómano seduce telefónicamente a una solterona y, hablando sin parar, reconoce su patología; en *La ciudad de las palomas*, Teodoro divide su pensamiento en un Yo reflexivo que le da instrucciones a un Yo activo para deshacerse del ejército de palomas.

El otro elemento indispensable en el encanto de Javier Tomeo se encuentra, claro está, en el absurdo. Para orillar a sus personajes al citado exhibicionismo, es precisa la situación límite (convertir a Samsa en insecto). Así, el narrador de *Preparativos de viaje*, un mediocre vendedor de muebles, debe introducir su mercancía a un país que no exis-

te, Benujistán; y Bautista debe entregar una carta insultante a un maniático. Lo insólito es, pues, la anécdota y el resto, el humor, la psicología y la soledad, tienen que salir por sí solos hasta conformar las pequeñas joyas literarias que son los libritos de Tomeo.

Hablar del Tomeo cuentista es otra historia. En fechas recientes, el aragonés se ha dado a publicar la escoria de su quehacer literario. Primero, publicó un par de cuentos en sendas antologías de este género: *Cuentos eróticos* y *Cuentos de terror*. En ninguno de estos casos Tomeo se graduó como cuentista. Por el contrario, demostró su incapacidad para sostener la anécdota en los espacios breves y, sobre todo, para reconstruir su humor en los campos del erotismo y el miedo. Poco después, Javier Tomeo tuvo el desacierto de escribir las diecisiete historias que constituyen su libro *Problemas oculares*, pobres metáforas de la miopía que se repiten y casi nunca alcanzan la armonía: los miopes de Tomeo juegan al pastelazo y caen en la simbología fácil de la realidad atrofiada.

Recientemente, los periódicos españoles dieron cuenta de una noticia tranquilizante; Tomeo ha vuelto al campo de la novela. Experto en derecho y criminología, Tomeo parece haber reconocido su incapacidad cuentística y ha decidido escribir la novela policiaca que siempre deseó publicar. Como lector de sus magníficas historias me atrevo a pensar que esta nueva novela será tan brillante como las anteriores; pero siempre existe el recelo, la preocupación de que ese lapso fallido del cuento en un escritor que ha alcanzado la fama internacional, haya puesto en él la misma semilla del fracaso que hizo de Patrick Süskind un escritor mediocre. ◇



Colaboradores

María Elena Altamirano Piolle (México, D. F., 1949). Se licenció como historiadora del arte por la Universidad Iberoamericana y realizó estudios de maestría en la misma especialidad en la UNAM. Se halla adscrita al Archivo Fotográfico del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Está por aparecer su libro *José Ma. Velasco: paisajes de la luz, horizontes de modernidad*, editado por El Equilibrista, en España (Impresora Turner), con presentaciones de, entre otros, Carlos Salinas de Gortari, Rafael Tovar y de Teresa, Graciela Reyes Retana, Roberto Hernández, Fausto Ramírez y Xavier Moyssén.

Héctor Orestes Aguilar (México, D. F., 1963). Ensayista, narrador y traductor. Ha sido becario de la Dirección de Literatura del INBA y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Fue coordinador editorial de esta revista entre 1987-1991. Colabora en diversas publicaciones periódicas. Ha traducido textos de Claudio Magris, Umberto Eco y Milorad Pavic, entre otros autores europeos. Escribe semanalmente la columna "La otra Europa", sobre literatura centroeuropea para *El Nacional*.

Carlos Álvarez Asomoza (México, D. F., 1951). Antropólogo con especialidad en arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es investigador del Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

Hernán de Jesús Becerra Pino (Tapachula, Chiapas, 1957). Sociólogo. Obtuvo la maestría en Estudios Latinoamericanos con especialidad en literatura por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Colabora en diversas publicaciones periódicas.

Enzo Bettiza (Spalato, Dalmacia, 1927). Fue corresponsal del periódico *La Stampa* en Viena y Moscú. También fue el experto sobre Europa centro-oriental del *Corriere della Sera*. Es uno de los mejores conocedores de las literaturas de aquella región. Sus libros *La otra Europa* y *La nueva cultura alemana* son obras muy representativas del "ensayo itinerante" centroeuropeo.

César Cansino (México, D. F., 1961). Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Florencia, Italia. Es catedrático-investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Profesora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en la Universidad Iberoamericana. Entre sus libros destacan: *Ernst Bloch. Sociedad, política y filosofía*, *Carl Schmitt: ensayos críticos*, *Liberalism in modern times* y *Leadership role in changing governments*.

Guillermo Fernández (Guadalajara, Jalisco, 1932). Poeta y traductor de italiano. Su primer libro fue *Las visitas*. Recientemente el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes reeditó sus libros *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Escribe sobre literatura italiana en diversas revistas, entre ellas *Tierra adentro* y *Casa del tiempo*. Tradujo las obras completas de Eugenio Montale, para una edición de la Universidad Autónoma Metropolitana de próxima aparición.

Jorge de la Luz (Toluca, Edo. de México, 1957). Estudió Filología Hispánica en Madrid e Historia del Arte en Barcelona. Fue becario del Instituto Nacional de Bellas Artes y del Centro Mexicano de Escritores. Poeta y traductor, colabora en diversas publicaciones periódicas. Dirige la revista mexicana *Hojas de sal*.

Claudio Magris (Trieste, ciudad hoy de Italia, 1939). Después de haber estudiado y enseñado germanística en Turín, es ahora profesor de la Universidad de Trieste. Colaborador habitual del *Corriere della Sera* y de los más importantes periódicos y revistas de Europa y América. Un estilo deslumbrante caracteriza a sus ensayos, en los que se funden la narrativa y la crítica literaria y cultural. Sus libros sobre literatura centroeuropea, especialmente de escritores austriacos del cambio de siglo, han contribuido de manera notable a difundir esta literatura. Se afirma que ha dado a la germanística una nueva dimensión. Sus obras *El Danubio* y *Otro mar* fueron publicadas en español en 1988 y 1992, respectivamente.

Nevia Manzi (México, D. F., 1966). Participó en los seminarios sobre literatura alemana impartidos por Claudio Magris en la Universidad de Trieste. Actualmente vive en México y trabaja como traductora.

Teresa Meneses (Cuautla, Morelos, 1964). Colabora con traducciones y artículos especializados en literatura italiana en *El Nacional*, *Casa del tiempo* y *El Dominical*, principalmente. Ha traducido textos de Alberto Moravia, Antonio Tabucchi, Claudio Magris, Norberto Bobbio, Pietro Citati y Umberto Eco, entre otros.

Eugenio Montale (Génova, 1896-Milán, 1981). Poeta. Representante de la llamada poesía hermética. Se afirma que la densa y rica textura de su poesía trae consigo el repudio de toda anécdota. Algunos de sus libros son: *Ossi di seppia* (1925), *Le occasioni* (1939), *La farfalla di Dinard* (1961), *Auto da fe* (1966), *Satura* (1971) y *Dal Diario 1971-1972* (1973). Entre los escritores italianos ha sido el único que vio publicada en vida la edición crítica de su poesía, preparada por Rosanna Bettarini y Gianfranco Contini (Ed. Einaudi, Italia, 1980). Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1975.

Ignacio Padilla (México, D. F., 1968). Colabora en el suplemento Cultural *Sábado*. Ha publicado dos libros de cuentos: *Subterráneos* y *Trénes de humo al bajo aljofbra*.

Armando Pereira (nació en Guatemala, Guatemala, en 1950. El origen de sus padres le permitió obtener la nacionalidad española). Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Es jefe de redacción de esta revista. Ha publicado, entre otros libros, *Deseo y escritura* (1985), *La otra memoria del cuerpo* (1985) y *Graffiti* (1989).

José Francisco Ruiz Massieu (Acapulco, Guerrero, 1946). Es egresado de la Facultad de Derecho de la UNAM, realizó estudios de posgrado en la Universidad de Sussex, Inglaterra. Es licenciado en historia por la Universidad Iberoamericana. Fue Oficial Mayor y subsecretario de la Secretaría de Salud. También se desempeñó como secretario general de Gobierno, como gobernador del Estado de Guerrero y como presidente de Cambio XXI. Fundación Mexicana, A. C. Actualmente es director general del INFONAVIT.

Umberto Saba (Trieste, 1883-Gorizia, 1957). Se formó en la Trieste *mitteleuropea* del imperio austro-

húngaro, encrucijada cultural en la que se entrecruzaban elementos servo-croatas, gitanos, judíos e italianos, en una coexistencia ya desde entonces muy difícil. Su comercio de objetos antiguos en Trieste fue a la vez un centro de reuniones artístico-literarias. Su obra, vinculada siempre a la circunstancia personal, se caracteriza además por el afán de claridad y concreción. Los temas dominantes de su poesía fueron las "cosas ligeras y vagantes" que observaba en su ciudad natal, de la cual se convirtió a la postre en su cronista lírico. En *Il canzoniere* (1945, 1948, 1957) recogió casi toda su obra poética.

Nunik Sauret (México, D. F., 1951). Artista plástica. Estudió en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura "La Esmeralda" del INBA. Su primera exposición individual tuvo lugar en la Galería Chapultepec del INBA, en la ciudad de México en 1969. Desde entonces ha presentado más de treinta exposiciones individuales en ciudades como Oaxaca, Monterrey, Puebla, Morelia, Culiacán, Medellín y Cali, Colombia y Panamá. Entre otros galardones ha obtenido, el Premio 1989 de Grabado de la Latin-American Graphic Arts Biennial, Museum of Contemporary Hispanic Art, Nueva York.

Scipio Slataper (Trieste, 1888-1913). Acaso el escritor más representativo de principios de siglo en la vieja capital adriática. Con su novela *Mi corso* (1912), da origen a una literatura de frontera en la que conviven elementos culturales provenientes de los mundos itálico, germano y eslavo.

Giani Stuparich (1891-1961). Ha sido llamado por muchos críticos "el último escritor triestino", ya que fue uno de los contemporáneos de Slataper y Svevo que sobrevivió hasta bien entrado nuestro siglo. Su obra en prosa refleja, efectivamente, una triestinidad "clásica", una visión de la literatura que es a un tiempo regional y supranacional, cosmopolita y arraigada en la vida de frontera.

Italo Svevo (1861-1928). Seudónimo de Ettore Schmitz. Murió olvidado como escritor. Su pseudónimo refleja el sentimiento desgarrador que lo acompañó —como a la mayor parte de los escritores triestinos— durante buena parte de su vida, producto de su condición italo-germana, *italo-suava*. Svevo, pionero de la novela psicológica en Italia, es el nombre más célebre de la literatura de Trieste. Sus obras *Senilidad*, *Una vida* y *La conciencia de Zeno* han sido traducidas a nuestra lengua.

Fulvio Tomizza. Obtuvo con su novela *Materada* (1960), el éxito que lo reveló, a los veinticinco años, como uno de los más sólidos baluartes de la literatura triestina contemporánea. Ha publicado relatos, novelas y obras de teatro. En 1965 recibió el premio Selezione-Campielo y sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas.

Julio Trujillo. Véase el número 508 (mayo de 1993) de la revista *Universidad de México*.

Dionisia Urtubees (México, D. F., 1957). Estudió danza en instituciones como el colegio adjunto al Ballet Nacional de México, la London School of Contemporary Dance y la Escuela de Martha Graham en Nueva York. Ha colaborado en publicaciones como *El Nacional*, *unomásuno*, *El Sol de México* y *La Jornada*.

Livia Veneziani Svevo (1874-1957). Conoció a Italo Svevo durante los funerales de su padre en 1892. Perteneció a una familia de comerciantes adinerados. Se casó con Svevo en 1896. Inspiró a Joyce en el personaje de Anna Livia Plurabelle en *Ulises*. ()



Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Humanidades
Dirección General de Fomento Editorial



Ediciones UNAM

JUSTO SIERRA. OBRAS COMPLETAS: EPISTOLARIO CON PORFIRIO DÍAZ Y OTROS

Sierra, Justo; Sierra de Peimbert, Catalina;
Barros, Cristina: Recopilación, notas y prólogo
1a. edición: 1993, 289 p.
Coordinación de Humanidades
Precio: N\$ 80.00

PABLO O'HIGGINS: HOMBRE DEL SIGLO XX

Celorio, Gonzalo: Presentación
1a. edición: 1992, 142 p.
Coordinación de Difusión Cultural
Precio: N\$ 100.00

COPA DERRAMADA, LA: ALREDEDOR DE LOS SONETOS DE AMOR Y DE DISCRECIÓN DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Fernández, Sergio
2a. edición: 1992, 206 p.
Coordinación de Humanidades
Precio: N\$ 40.00

RED DE LIBRERÍAS UNAM

■ LIBRERÍA CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

Orizaba y Puebla, Col. Roma
C.P. 06700 México, D.F. Tel. 207-9390

■ LIBRERÍA CENTRAL CU

Corredor Zona Comercial,
Ciudad Universitaria C.P. 04510
México, D.F. Tel. 622-0271

■ LIBRERÍA JULIO TORRI

Centro Cultural Universitario,
Ciudad Universitaria C.P. 04510
México, D.F. Tel. 622-7135

■ LIBRERÍA JUSTO SIERRA

San Ildefonso No. 43, Col. Centro
C.P. 06000 México, D.F. Tel. 702-3254
ext. 225

■ LIBRERÍA PALACIO DE MINERÍA

Tacuba No. 5 Col. Centro
C.P. 06000 México, D.F. Tel. 518-1315

50%
de descuento a
universitarios
en ediciones
UNAM

Información y ventas
Red de librerías
Dirección General de Fomento Editorial
Av. del IMAN No. 5 Cd. Universitaria,
México, D.F. C.P. 04510 Tel. 622-6572
Fax 550-7428



**RADIO
EDUCACIÓN**

XEEP 1060 KHZ
XEPPM-OC 6185 KHZ

Cultura con imaginación

DEL CAMPO Y DE LA CIUDAD

Un espacio abierto a la participación de los
grupos sociales, bajo la conducción
de Héctor García Robledo

Lunes

Productor: Ricardo Montejano

Miércoles

Productor: Marco Antonio Díaz

Jueves

Productor: Froylán Rascón

Martes

Productor: Alejandro López

Horario:

de 5:00 a 7:00 horas

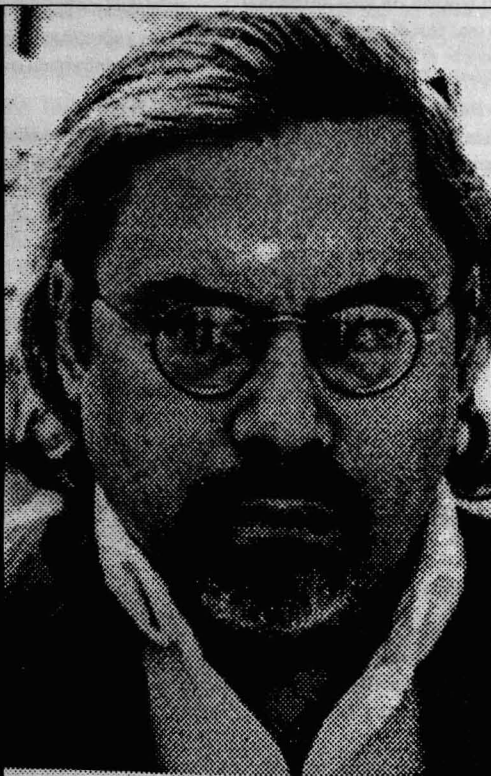
Viernes

Productor: Angélica Ferreira



SEP

VUELTA



MEA CUBA GUILLERMO CABRERA INFANTE

Desde que se publicaron los textos
políticos de José Martí, no ha habido
una compilación de escritos sobre la
política cubana con la importancia de
Mea Cuba – y no sólo para los cubanos.

N\$ 80.00

SOLICÍTALO A: EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.
TEL. 554 8810, 554 8811 FAX: 658 0074
GIROS: ADMINISTRACIÓN DE CORREOS 21,
CHEQUES A NOMBRE DE EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.
PRESIDENTE CARRANZA 210, COYOACÁN, C.P. 04000 MÉXICO D.F.



Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ha publicado:

Enero-febrero, 1992 ♦ 992-493

Praga. La ciudad mágica

Marzo, 1992 ♦ 494

Crítica de la novela
latinoamericana

Abril, 1992 ♦ 495

César Vallejo

Mayo, 1992 ♦ 496

Médicos para el futuro

Junio, 1992 ♦ 497

Individuo y sociedad

Julio, 1992 ♦ 498

Poesía chilena
contemporánea

Agosto, 1992 ♦ 499

Imaginería mariana

Septiembre, 1992 ♦ 500

Universidad y nación

Octubre, 1992 ♦ 501

Tenochtitlan

Noviembre, 1992 ♦ 502

Patrimonio cultural

Diciembre, 1992 ♦ 503

Cd. México 1950

Enero-febrero, 1993 ♦ 504-505

Poesía nicaragüense
de posguerra

Marzo-Abril, 1993 ♦ 506-507

(H)ay mujeres

Mayo, 1993 ♦ 508

Fundamentalismo
fantástico en la pintura
actual

Llame a los números 666 3749 y 666 3624
y acudiremos a tomar su suscripción
dentro del Distrito Federal.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* puede adquirirse en las siguientes librerías

♦ PARNASO COYOACÁN

Carrillo Puerto 2

♦ LIBRERÍA IBERO

Prolongación Paseo de la Reforma 880

♦ DISTRIBUIDORA MONTE
PARNASO

Carrillo Puerto 6

♦ LIBRERÍA GANDHI, S. A.

Miguel Ángel de Quevedo 134